

Cuando encuentres una rosa

Sonia M. Martín



Capítulo 1

Prólogo

Si no quisieran que entrara a la torre oeste, lo pondría en el contrato. O, al menos, eso se dijo Aysha mientras subía la empinada escalera. Sin embargo, era muy consciente de que lo estaba haciendo en medio de la noche, a hurtadillas, alumbrándose únicamente con la luz que emitía su móvil, porque ni siquiera se había atrevido a encender la linterna de este.

También se dijo que no era por cotillear. Era necesario para su trabajo. Si no sabía cómo habían recompuesto la torre oeste, ¿cómo iba a dejar igual la este? En los planos no aparecía, pero allí estaba, con una misteriosa luz encendida toda la noche.

Lo hacía porque era meticulosa en su trabajo. Al menos, era más fácil si lo pensaba así. No se sentía tan culpable por aquella incursión nocturna.

Se encontró con una enorme y anticuada puerta de madera y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no salir corriendo. El camino oscuro y tétrico hasta lo alto de la torre, sin adornos de ninguna clase, ni bombillas, no invitaban a quedarse precisamente.

Pero sabía que otro día quizá no podría escaparse de los empleados de la enorme casa para volver allí. Se llenó los pulmones todo lo que pudo y contuvo la respiración mientras empujaba la puerta, que chirrió como si llevase años sin abrirse. Pero no podía ser así, ¿no? Alguien debía encender la luz cada noche...

Y apareció por sorpresa. Ella retrocedió asustada y se golpeó con la barandilla de la escalera que tenía a su espalda. Su móvil cayó al suelo, iluminando tenuemente al hombre que la miraba con fiereza desde la puerta.

Apenas pudo distinguir sus rasgos, llevaba solo un pantalón corto y su enorme y ancha presencia parecía ocupar todo el hueco del marco de la puerta. Además, tenía el pelo largo y enmarañado y era imposible diferenciarlo de su barba.

—¡Largo de aquí! —rugió él, furioso, con un tono más similar a un gruñido animal que a una voz humana, antes de cerrar de un portazo.

Capítulo 2

1

Tres días antes

No tenía muchas esperanzas en aquel trabajo, pese a que parecía muy serio.

Cuando un par de días antes me habían llamado para que trabajase como arquitecta en una enorme casa señorial, con unas condiciones muy favorecedoras, casi había pensado que me tomaban el pelo.

Yo acabé mi carrera de arquitectura unos años atrás. No obstante, no tuve la oportunidad de ejercer de ello. Desde que tenía edad legal para trabajar lo hice para ayudar a mis padres. Y el último año de carrera mi madre enfermó gravemente. Por lo que no había tenido tiempo para buscar un empleo como arquitecta, no pude dejar mi trabajo como camarera, me limité a doblar turnos.

Así que cuando un señor muy formal me llamó para ofrecerme un trabajo como arquitecta con un pago muy generoso, solo pude preguntarme dónde estaba la cámara oculta. Me envió el contrato el mismo día y todo parecía en orden, legal. Incluso mis datos, por lo que deduje que no se habían equivocado de arquitecta.

Y, pese a que el contrato era para seis meses, solo con uno ganaría casi más que todo el año en la cafetería. Aquello no tenía ningún sentido. Pero tras el fallecimiento de mi madre, necesitábamos el dinero. Mi padre y yo estábamos al borde del desahucio, debíamos varias letras de la granja. Si el trabajo era verdad, solucionaríamos todos nuestros problemas con el primer pago y podríamos vivir cómodamente después durante un tiempo. Quizá incluso podría buscarme un trabajo mejor al acabar con aquel.

Mi jefe en la cafetería me conocía desde los dieciséis, así que cuando le comenté la oferta, me instó enseguida a aceptarla y me prometió que conservaría un puesto allí para mí si deseaba regresar.

Así que cogí un avión, para el que mi nuevo jefe, el señor Bill Millerfort, me envió el billete sin preguntar siquiera. Pareció dar por hecho que aceptaría y, a fin de cuentas, acertó. A la salida del aeropuerto iba directa hacia un taxi cuando un tipo trajeado me recogió con un Ferrari negro brillante. ¡Un Ferrari!

De nuevo, tuve la sensación de que se habían equivocado de persona. Mis padres tenían una pequeña granja a las afueras. Yo me crié entre vacas y gallinas. Lo más cerca de un Ferrari que había estado era... bueno, con nuestro viejo caballo, si es que eso cuenta.

Sin embargo, todo aquello empalideció cuando llegamos al lugar. Estaba rodeado por altas vallas tétricas y oscuras, además de maleza que impedía ver el interior, pero la casa, no era tal cosa. Era un castillo. Enorme, precioso, con dos torres altas y orgullosas y tejados en punta que se erguían como si quisiera hacer cosquillas a las nubes.

Me enamoré de inmediato del lugar, no sabía que en Inglaterra existieran casas tan magníficas y, mucho menos, que fueran el hogar de alguien y no un museo. El tipo trajeado me condujo al interior de la casa y el aspecto por dentro me encogió el corazón. Estaba claro que había sido un lugar majestuoso, pero le habían quitado toda su gloria. Los andamios, sacos y herramientas habitaban en cada centímetro libre del suelo. Y olía a polvo y suciedad.

El hombre pareció indiferente al desorden de alrededor y a las paredes a medio picar y me condujo por la casa, hasta un enorme comedor, que parecía tan deplorable como el resto. Salvo por la mesa en el centro que parecía entera, enorme y bien conservada.

—Espere aquí —me pidió el hombre, antes de abandonar el lugar por otra puerta.

Yo obedecí. Incluso iba a sentarme, pero la chimenea a un lado de la sala llamó mi atención. Estaba apagada, pese a que allí hacía algo de frío. A simple vista, me pareció inservible, cubierta de escombros por dentro y quizá incluso cegada, o esa sensación me dio. Sin embargo, era preciosa, o lo sería si no estuviera tan deteriorada. Aún se apreciaba la filigrana que la adornaba, de color... Tardé en darme cuenta de que no era dorada, era oro. Pasé un par de dedos por encima, para comprobarlo, y me llevé el polvo con ellos. Pero no me quedó duda. Aquella chimenea, de estar en buen estado, seguro que valía más que todas mis posesiones juntas.

—¿Qué opina?

Una voz fuerte y masculina a mi espalda me hizo darme la vuelta, como una chiquilla descubierta en una travesura. Reconocí su voz sin duda, de las conversaciones telefónicas.

Un hombre con el pelo blanco y un traje caro e impoluto (que también valía más que todas mis posesiones y las de mi padre, sin duda), entró a la sala. Era alto, mucho, y ancho, pese a que parecía algo mayor. Sin embargo, tenía un aura autoritaria e imponía respeto. No parecía estar cerca de jubilarse si quiera. Quizá era de los que morían con las botas

puestas. Si es que alguna vez había llevado botas y no elegantes zapatos de marca que brillaban incluso entre todo ese polvo.

Y tras él entró una chica, mucho más joven, con las manos llenas de papeles y una trenza negra y larga apoyada sobre su hombro, que llegaba fácilmente hasta su cadera. Tenía cierto parecido con el hombre, de alguna manera, pese a que él era blanco y ella tenía la piel de color almendra. Pero sus ojos, eran idénticos. Tenían la misma forma exacta y el mismo tono azul.

—La casa es preciosa, es una pena el estado en el que se encuentra.

—La obra interminable la llamamos. Siéntese, señorita Hill.

Me señaló una silla frente a ellos y obedecí de inmediato. Tenía ese aire autoritario de profesor severo o padre que imponía respeto. Ellos se sentaron después de mí y la chica esparció carpetas por toda la mesa.

—¿Cuánto tiempo llevan de obras? —cuestioné curiosa.

—Empezaron hace cinco años y nuestro arquitecto sufrió un accidente, así que las paramos durante un tiempo —explicó el señor Millerfort.

—Las hemos intentado retomar varias veces en el último año, pero los arquitectos nos han dejado tirados siempre... —siguió la chica, ganándose una mirada severa de él.

—Jade, no hace falta que asustes a la señorita Hill.

—No me ha asustado —la defendí, con cierta timidez.

Ella me dirigió una sonrisa enorme a la que le intuí cierto tono de orgullo o emoción. No hubiera sabido decirlo, pero su mirada, fija en mí e interesada, me asustaba más que saber que las obras habían parado varias veces.

—El caso, señorita Hill, es que no puedo permitirme más retrasos. Este lugar es un agujero negro de dinero y en el modo que está, nadie quiere comprarlo, créame que lo he intentado. El trabajo será suyo, si se compromete a que las obras hayan acabado en seis meses.

—¿Cree que entonces ganará dinero con una venta? El estado de este lugar es... —me contuve para no insultarlo—. No me malinterpreten, el lugar tiene un potencial increíble, pero está en muy mal estado.

—No me importa ganar dinero, ya no. Solo quiero dejar de perderlo y olvidarme de este lugar para siempre. ¿Lo podrá hacer en seis meses? Tendrá a todo el personal que necesite a su disposición. Ahora mismo hay

cinco empleados del hogar, que se encargan de mantener el orden en la parte actualmente habitable de la casa. Ellos se ocuparán de su comodidad y de la alimentación.

—Creo que podré hacerlo, pero necesito ver planos y saber muchas más cosas del estado del lugar. Es imprescindible para poder asegurarle nada. No quiero engañarle.

—Aquí tengo planos y todos los proyectos que elaboraron los anteriores arquitectos —explicó Jade, pasándome papeles y carpetas—. Me temo que no está muy ordenador, lo lamento.

—No importa.

—Dígame que lo hará —me pidió el señor Millerfort, con la esperanza brillando en sus ojos azules.

Eché un vistazo a los planos antes de responder. La casa era enorme, pero si de verdad podía tener a todos los empleados que quisiera... Debía ser posible, ¿no? Carecía de experiencia previa para poder estimar fechas, pero sabía que necesitaba el dinero.

—Lo haré —prometí.

—El contrato tiene dos cláusulas especiales que deberíamos comentarle antes de que firmase —me dijo Jade, mientras me pasaba dicho contrato.

—¿Cláusulas especiales? —Los miré con desconfianza.

El señor Millerfort miraba a su hija con mala cara, como si le molestase que le hubiera delatado justo cuando yo iba a firmar. Aquello no me gustó. Ya sabía yo que no podía ser tan bonito.

—Sí, la primera es sobre la fidelidad al proyecto. Durante los seis meses que dure este, no podrá salir de los terrenos y la casa —explicó Jade y me pareció algo nerviosa por primera vez.

—¿Perdone? ¡Eso es una locura!

—No es así, se le procurará cubrir cualquier necesidad —siguió él—. Así como si enferma, se le traerán los mejores médicos. No debe temer por ello. Pero si cruza la valla, será despedida de inmediato y deberá abonar la penalización, que básicamente, será igual al sueldo percibido hasta el momento.

—¡No pueden esperar de verdad que me pase seis meses aquí encerrada!

—Encontramos al último arquitecto borracho en el pueblo de al lado, señorita Hill —replicó el señor Millerfort, con cierto tono enfadado—. Se pasó diez días seguidos metido en el bar. No permitiré más retrasos en este proyecto. Ya me ha quitado tiempo, dinero, paciencia y un hijo. Si no está conforme, puede marcharse.

—Mi padre está solo y delicado de salud... —lo intenté sin ninguna energía.

—Podrá pagarle una enfermera si lo desea, yo le puedo dar el número de alguna muy buena —se ofreció Jade—. Puedo ir personalmente si lo prefiere, para explicárselo a su padre. Pero desde que firme el contrato, que será ahora. Tendrá que permanecer aquí. Aunque podrá hablar con él siempre que lo desee.

—¿Cuál es la segunda condición? —rumié más que preguntar. Aquello no me lo habían mencionado por teléfono y sentía que era una encerrona un tanto cruel.

—La torre oeste está finalizada —explicó el señor Millerfort—. Es lo único que se logró hacer hace cinco años. Entrar en ella está terminantemente prohibido. Sé cómo son los arquitectos y quieren cambiarlo todo una y otra vez. Esa torre está acabada y sellada y no tiene permiso para entrar.

—Está bien.

Eso era fácil de aceptar, al menos comparado con lo otro. ¿Cómo no iba a salir en seis meses?

—Con el dinero, podrá ayudar mucho más a su padre que con su presencia —me dijo Jade, con cierta simpatía y acabó de convencerme, porque llevaba razón.

Sin dinero perderíamos la granja y seguiríamos endeudados. ¿Cómo iba a mantener a mi padre si no? Él estaba delicado de salud, necesitábamos aquello.

Firmé el contrato y luego se lo devolví. No quería pensármelo más. No hacía aquello por mí, lo hacía por él. Me hicieron rellenar un par de papeles, con mis datos y mi cuenta bancaria y esas cosas y luego Jade me dio copias de todo y más papeles sobre las obras.

—Te presentaré al servicio —me ofreció la chica, poniéndose de pie sonriente.

Salimos juntas, yo con la sensación de que acababa de firmar una sentencia de cárcel o algo parecido. ¿Cómo no iba a salir en seis meses?

Era una locura.

—Él no es tan malo como parece —me dijo Jade, sacándome de mis pensamientos.

—¿Quién? ¿Tu padre? —dudé.

Sin embargo, no me respondió, se limitó a dirigirme una sonrisa misteriosa que me dejó con más preguntas aún. Luego empujó la puerta de la cocina, para presentarme al, como ella lo había llamado, servicio.

Capítulo 3

2

Tras la marcha de Bill Millerfort y Jade, el ama de llaves, la señora Bird me ofreció prepararme algo para cenar. Sin embargo, mi cabeza estaba en el secuestro o el encierro voluntario al que me había sometido y no tenía nada de hambre. Así que le pedí que me enseñase mi habitación, tras disculparme con el resto de empleados.

La señora Bird fue hablando sobre las esperanzas que tenía para aquel lugar, para que volviera a ser señorial, como cuando su abuela trabajaba allí. Pero yo no pude prestarle mucha atención, iba pensando en mis propios planes de reforma.

Jade me había dicho que, si acababa la obra antes de seis meses, me pagarían igualmente el sueldo prometido íntegro y podría marcharme, así que pensaba hacer aquello lo más rápido posible. No quería dejar solo a mi padre seis meses. Él me necesitaba.

—¿Se encuentra bien, señorita Hill? —me preguntó preocupada la señora Bird, quizá por mi falta de respuesta.

—Sí, sí. Ha sido un viaje largo y un poco abrumador.

—No se preocupe, querida. Al principio este lugar es así, pero después uno se acostumbra. Y, con un poco de suerte, conseguiré acabar esta obra.

—¿Suerte? —El resto de preguntas se agolparon en mi garganta mientras la señora Bird me señalaba la puerta de mi nueva celda... digo, habitación—. ¿Qué le pasó al resto de arquitectos?

—Me temo que el trabajo se les quedó grande —dijo, con tanta simpleza, que tuve claro que yo no sería suficiente para aquel lugar.

—¿Y al hijo del señor Millerfort? Dijo que lo había perdido... —recordé.

—Una tragedia. El señor William... Un buen hombre, una pena lo que le pasó... Si me disculpa, señorita Hill.

Se dio la vuelta para irse de nuevo por el pasillo, enjuagándose una lágrima que me hizo mirarla casi boquiabierto. No me podía creer que ese

señor William hubiera muerto allí. ¿Durante la obra, quizá?

En cualquier caso, no tenía tiempo para lamentarme por un desconocido. Entré a mi nuevo dormitorio, que estaba increíblemente limpio comparado con el resto de la casa y cerré tras de mí.

Incluso habían tenido el detalle de ponerme un escritorio enorme para que pudiera trabajar. Y parecía lo más nuevo del lugar, porque los muebles eran de madera vieja y pasada de moda, ajada por los años. Solo esperaba que no hubiera termitas ni nada parecido. Dejé todos los papeles sobre el escritorio, y me acerqué a mi maleta que ya estaba sobre la cama. Rebusqué entre mis cosas y saqué un coletero, para recoger mi pelo castaño en un moño que no me molestase al trabajar. Sin duda, tenía una larga noche por delante. Quizá debía solicitar una cafetera al día siguiente.

-O-O-O-

Me fui a dormir cuando solo debían quedar un par de horas para el amanecer. Era consciente de que debía descansar al menos un rato para rendir y, en cualquier caso, tenía una lista muy exhaustiva de cosas por hacer al día siguiente. Quería revisar la casa completa, no solo sobre los planos. Necesitaba hacerme una idea del estado del lugar.

Luego podría empezar a solicitar empleados y asignarles tareas. Acabaría aquella obra en un tiempo récord y volvería a casa, con dinero suficiente para evitar el desahucio y para vivir cómodamente. Y quizá, si hacía un buen trabajo, adquiriera algo de renombre y pudiera continuar ejerciendo mi profesión real. No tenía nada en contra de servir café y cerveza los viernes, pero aquello había sido mi pasión desde siempre.

Sin embargo, cuando me cambié el vestido elegante que me había puesto para dar una buena impresión en mi primer día de trabajo, por un pijama abrigado (porque en aquella casa hacía frío) y me metí en la cama, no pude dormir. Mi cerebro no dejaba de trabajar y voló en la oscuridad de la habitación a los planos. La ausencia de la torre oeste en ellos había llamado mi atención desde el principio.

Una cosa era que no quisieran que la tocara, pero ¿por qué no aparecía en los planos de la casa? Era extraño, cuanto menos, porque la torre este sí que aparecía y debían ser idénticas. Tenía los proyectos de cinco arquitectos anteriores, así como los originales y ninguno parecía haber

tratado de solucionar la falta de la torre oeste en ellos.

Giré en la cama, tratando de centrarme en otra cosa, o de dejar la mente en blanco. Pero me rendí después de varias vueltas. No lograba olvidar todo el trabajo que tenía por delante y, sobre todo, que querían que permaneciese seis meses allí.

Al día siguiente llamaría a mi padre para explicárselo. Había rechazado la oferta de Jade de ir personalmente, porque estaba segura que de hacerlo, mi padre pensaría que me habían secuestrado de verdad, y aparecería al día siguiente con el ejército en la puerta de aquel castillo.

Me levanté de la cama cuando acepté que no podría dormir y me envolví con el cubrecama. Pensé en coger los planos para seguir trabajando, pero, al final, me decidí por acercarme a la ventana. Era enorme y se abría directamente sobre un jardín descuidado. Sin duda, las ventanas era algo que merecía la pena conservar, pese a que quizá había que reforzar los cristales, hacerlos más gruesos para evitar el frío que se colaba por ellos. Ni siquiera quería imaginarme como sería aquello en los meses más fríos. A finales de septiembre ya parecía invierno.

Me di cuenta, mientras me sentaba en el antepecho de la ventana, envuelta hasta el cuello con la manta, de que pasaría las Navidades allí. Las fiestas siempre habían sido una fecha muy importante en mi vida, mis padres eran muy familiares y organizaban grandes cenas para mis primos y tíos. Había galletas caseras y muchos regalos fabricados a mano...

Una luz llamó mi atención, al otro lado del jardín descuidado. Al principio pensé que era un reflejo en mi propia ventana, pero yo no tenía nada encendido. Aquello provenía de una de las torres. La ventana de esta se veía desde la mía y dentro había una luz. Me levanté para ir a por los planos y comprobé cuál de las dos torres era la que se veía desde allí. Porque, fuera la que fuese, tenía una luz encendida en su interior.

—La torre oeste —murmuré para mí misma, tras encender la luz del escritorio y revisarlo.

¿Cómo era posible que hubiera alguien en la torre oeste? Y no solo eso, era tarde en la madrugada. ¿Por qué había alguien despierto allí? ¿Y si tenían encerrada a más gente? La paranoia ganó la batalla, porque de pronto me imaginé una celda con los anteriores arquitectos, que no habían satisfecho las demandas del señor Millerfort.

—Tonterías, Aysha, deja de soñar —me regañé.

Quizá solo era una luz de mantenimiento, de emergencia o alguien se la había dejado encendida. Eso era lo más lógico. La señora Bird mantenía las zonas habitables limpias, o eso me habían dicho. Quizá habían

limpiado esa tarde y se la habían dejado encendida. Pero ¿por qué no ponerla en los planos?

No lo entendía y para mí, no tenía sentido. Es decir, podía entender que no quisieran que la cambiase, aunque no del todo que ni entrase. La torre este debía ser igual que la oeste, ¿no? ¿Cómo iba a reconstruirla igual si no me permitían verla? Pero, pese a ello, ¿por qué no podía estar en los planos?

Decidí dejarlo correr e interrogar a la señora Bird al día siguiente sobre aquello. Después de todo, no averiguaría nada allí. Volví a meterme en la cama, pero la idea no me abandonó del todo.

Y esa noche soñé con torres misteriosas, que desaparecían cuando te acercabas a ellas y reaparecían cuando las mirabas de lejos. Dónde la gente que conseguía entrar, se quedaba atrapada para siempre...

-o-o-o-

Mi dormitorio tenía un baño privado muy bien equipado y también perfectamente limpio. Solo tenía un ligero problema: la enorme bañera no echaba agua caliente. Me lavé lo más rápido que pude, quejándome por el frío y me puse unos pantalones de montar, una sudadera polar y volví a recogerme el pelo en un moño, tras secármelo muy bien.

Aquel era mi atuendo de trabajar duro, lo que usaba en la granja antes de ir a trabajar, para limpiar las cuadras y recoger los huevos de las gallinas. En casa el trabajo empezaba antes del amanecer, así que no tuve dificultad para levantarme muy temprano ni para ponerme en marcha. En ocasiones, como cuando un animal se ponía de parto o enfermaba, dormía muy pocas horas. Así que era capaz de dormir tarde, madrugar y hacer mi trabajo con eficacia. Trabajaba seis días a la semana a doble turno en la cafetería tras acabar con el trabajo de granja. El trabajo duro no me asustaba.

Al contrario, era lo único que conocía. Así que cogí los planos enrollados bajo un brazo, mi cuaderno de anotaciones con el otro y me enganché mi bolígrafo favorito en el moño, para tenerlo a mano. Aún no había elaborado mis propios planos, pero lo haría tras hablar con el mayordomo, el señor Forks. Tenía que saber con qué recursos contábamos exactamente.

Al llegar al amplio comedor anexo a la cocina, el del servicio, los encontré desayunando. Al parecer, allí la gente madrugaba mucho, pese a

que no debían tener tanto que hacer. El noventa por ciento de la casa estaba en obras y dudaba que se encargasen de ello mucho.

—Siéntate, querida, te traeré algo para desayunar —me ofreció la señora Bird.

Yo iba a rechazarlo amablemente, pero mi estómago traidor rugió con fuerza. El día anterior, con los nervios del empleo nuevo no había podido comer nada en toda la jornada y me había saltado la cena, así que estaba hambrienta.

—Gracias —respondí con suavidad, apilando todos mis papeles en una mesa en la esquina.

Me dije que era un momento genial para averiguar los secretos del lugar. Los empleados eran mayores en su mayoría, salvo la chica de la limpieza, la señorita Brown que parecía más joven incluso que yo. El chef Wilson vino con la señora Bird, cargando una fuente de tostadas francesas. Y el señor Page, que se encargaba del mantenimiento de la casa, me sirvió zumo de naranja, antes de servir al resto de una jarra enorme.

Solo cinco empleados. Si la casa estuviera en su máximo esplendor, sería imposible que tan pocas personas lo mantuvieran en buen estado. Por eso la mayor parte de la casa estaba tan mal.

—Me gustaría tratar algunos temas tras el desayuno, señor Forks —expresé.

—Por supuesto. La señorita Jade nos ha ordenado ayudarla en todo lo posible, al parecer, consideran que esta vez acabarán las obras. Debe haberlos impresionado mucho con su talento, señorita Hill —respondió él, con tono amable.

Era realmente viejo, con arrugas por la cara y una nariz enorme, pero parecía un abuelo agradable, así que sonreí sin pensármelo mucho. No estaba segura de por qué los Millerfort habían elegido contratarme a mí, pero no iba a exponer mi falta de conocimientos ante ellos. No quería que tuvieran dudas.

—Esperemos hacer de este lugar algo habitable. —Me limité a decir, antes de coger una de las tostadas—. ¿No hay calefacción?

—No, uno de los arquitectos quiso poner suelo radiante y eliminó las viejas calderas —explicó la señora Bird.

—¿Y cómo pasan el invierno? Las chimeneas están cegadas, ¿no?

—A principios de noviembre viene alguien para arreglarlas. Se cierran a primeros de marzo, otra vez. Sin embargo, los inviernos aquí son fríos, querida.

—Horribles —añadió la señorita Brown—. ¿Recuperará la idea de los suelos calientes? A mí me gustaba la idea de no pisar un témpano helado cada mañana.

—Es algo caro, creo.

—El dinero no es un problema para los Millerfort. El señor William tenía unas ideas tan geniales —me dijo, con cierto tono soñador y los ojos brillantes—. Iba a convertir este lugar en un hogar de nuevo.

—Debía ser alguien magnífico, solo he oído cosas buenas de él —tanteé, porque aquel era uno de los temas que me producían más curiosidad.

—El mejor —añadió la señora Bird, con los ojos aguados de nuevo—. Una pena, una pena —repitió, con un sollozo.

—Venga, no abrumes a la señorita Hill —la regañó el chef, palmeando la mano de la anciana.

—Podéis llamarme Aysha. Después de todo, vamos a pasar mucho tiempo juntos. —Probé la tostada entonces y solo pude abrir mucho los ojos—. Esto está delicioso, chef Wilson.

—Gracias, es un placer tener paladares nuevos a los que deleitar —me dirigió una sonrisa que resplandeció blanca en contraste con su rostro oscuro.

—¿Y qué hay de la torre oeste? —solté, sin darle más vueltas.

Todos dejaron de comer para mirarme, entre sorprendidos y algo más que no supe interpretar. ¿Cautelosos, quizá?

—Está sellada, no debemos ir allí —me dijo finalmente la señorita Brown.

—Pero ¿por qué?

—El señor Millerfort dice que está acabada, no quiere que la toquemos —explicó el señor Forks—. Y no es asunto nuestro, señorita Hill.

—Por supuesto. —Evité poner los ojos en blanco—. Salvo porque no aparecen en los planos, por lo que no sé cómo debo recomponer la torre este.

—No te preocupes, hazlo como sepas. Nadie espera que queden igual
—negó la señora Bird—. ¿Alguien quiere más zumo? ¿Un té? ¿Café?

Yo negué con la cabeza y acabé de desayunar en silencio. Estaba claro que no querían hablar de aquello y a mí me hizo sentir aún más curiosidad. ¿Por qué cerrarse en banda respecto a aquel espacio? Sinceramente, esperaba que dijeran que era una tontería, no que me olvidase de ello. Quizá una broma sobre las manías del señor Millerfort y una visita guiada.

Y ¿por qué si nadie podía ir a ella, había una luz encendida dentro?

Capítulo 4

3

Debía reconocer, que me sorprendió la eficacia de los empleados de la casa. Quizá los había menospreciado, pero en cuanto los vi en movimiento, me arrepentí de ello. Todos parecían saber exactamente qué hacer con solo un par de palabras. Y no dudaban en ello.

El señor Forks, el señor Page y yo mantuvimos una conversación muy profesional y no tan larga como yo había temido. Todo fueron facilidades desde que les conté mi proyecto de iniciar las reformas desde el sótano. Y tras las explicaciones y que les enseñase los planos del primer arquitecto, que quería hacer un poco más óptimos, pero aprovechando todo lo que me gustaba de ellos, me llevaron a ver la casa en detalle.

Empezamos por el sótano, que era una estancia enorme que olía a humedad y que estaban usando de almacén. Jade me había hecho saber que querían un diseño moderno y actual. Por lo que no querrían ninguno de esos muebles. Una casa nueva, había mencionado. Así que lo primero era limpiar aquello. Y descubrir de dónde venía el olor a humedad, solucionarlo e instalar un sistema nuevo de calefacción que fuera efectivo para calentar un lugar tan grande.

Necesitaríamos fontaneros, electricistas, cristaleros y muchos otros tipos de especialistas. Fui apuntando todo en mi cuaderno, antes de dejar el sitio. La primera planta era lo que peor estaba, parecía que todos los arquitectos habían intentado empezar las obras por ahí y cada uno había intentado hacer algo diferente, quizá en un intento de impresionar al señor Millerfort. Habían tirado muros y tratado de levantar otros. En consecuencia, la mayoría de salas del piso inferior, estaban mal delimitadas. La zona de la cocina y las dependencias de los sirvientes, que estaban debajo del ala este, parecían no haber sido tocadas desde el siglo dieciocho, cuando se habían construido la casona, en contra de la moda de la época, por cierto. Y, en consecuencia, eran espacios estrechos, de piedra gris, fríos y feos.

Habría que reubicar a los empleados arriba, dónde estaba mi dormitorio, para poder arreglar aquel desastre. Y, por último, la planta superior. Los dormitorios eran amplios y anticuados como todo lo demás. Habían hecho un intento muy pobre de conducir cañerías hasta allí. En la mayoría de habitaciones se veían desde fuera y solo llegaban las de agua fría. Por no hablar de los materiales, que dejaban mucho que desear. Habría que tirar las habitaciones. Además, todas tenían baño privado, lo cual evitaría. Quizá se podían hacer dormitorios más funcionales, con un baño para

cada dos o tres.

—¿Quiere ver la torre este? —me preguntó el señor Forks tras revisar el resto.

Yo había asentido, con la emoción apretándome el estómago. Quizá podría hacerme una idea de cómo era la otra torre, viendo la este. Sin embargo, la decepción me golpeó como un saco.

En lo alto de la torre, tras lo que me parecieron un centenar de escalones, encontré una habitación enorme, pero completamente vacía. Sin ningún tipo de mueble y con una sola ventana casi en el techo.

—¿Para que se usa esto? —cuestioné.

—No creo que se haya usado nunca, señorita Hill.

—¿Y qué hicieron con la otra torre? —pregunté confusa.

—Acondicionarla solamente —me dijo, pero se dio la vuelta para salir de allí y me pareció que mentía.

¿Por qué no iba a poder verla si solo era un espacio limpio y vacío? No, debía haber algo más. Un secreto que todos compartían y que no querían decirme a mí. Pero la curiosidad empezó a convertirse en una necesidad. Ya no era solo que quisiera verlo. Es que necesitaba hacerlo.

En cualquier caso, no me dieron oportunidad de preguntar nada más. Tras decidir cómo hacerlo, volvimos a sentarnos para acordar el número de empleados que serían necesarios y ultimar los detalles.

El resto del día lo pasé encerrada en mi nueva habitación para mejorar los planos que había elegido seguir. Estaban bastante decentes y sería mucho más fácil que rehacerlos de cero. Solo tenía que cambiar la planta de los dormitorios para hacerla más habitable y acogedora. Y ampliar la entrada principal, para que fuera majestuosa, al igual que el resto de la casa. Era lo primero que la gente vería, debía hacerte querer vivir ahí, no salir corriendo como en la actualidad.

Además, como proyecto personal me marqué arreglar el jardín. Nadie me había pedido que hiciera nada con el exterior de la casa, pero no serviría de nada que la casa fuera preciosa si el jardín seguía cubierto de malas hierbas.

En cualquier caso, aquello iba después, lo primero era el interior. Así que trabajé de nuevo hasta bien entrada la madrugada, parando solo cuando

la señora Bird me trajo unos sándwiches y un refresco a medio día.

Al irme a dormir, cuando apagué la luz para meterme en la cama, el reflejo de la torre me llamó de nuevo la atención. Me acerqué a la ventana, para comprobar que la luz volvía a estar encendida, aunque había estado apagada hasta poco rato antes. Me había asomado varias veces en pequeños descansos, con la curiosidad inevitable de un misterio.

Salí de allí con el pijama, sin pensarlo mucho, sin embargo, cuando bajé las escaleras para ir a resolver el misterio de la torre oeste, me encontré de frente con el señor Page. Que parecía estar haciendo inventario de todo lo que había tirado por allí de obras anteriores.

—¿Necesita algo, señorita Hill? —cuestionó el hombre.

—No, no, daba una vuelta para poder dormir —mentí, antes de volver hacia mi habitación.

Al parecer, colarme en la torre no iba a ser fácil.

Decidí dormir y ya buscaría cuando podía escaquearme para ir a resolver el misterio. En cualquier caso, cuando la casa estuviera llena de trabajadores, no podrían vigilar la torre con tanta atención.

Y con aquella idea, me dormí la segunda noche en cuanto me tumbé en la cama.

-o-o-o-

Me pareció que amanecía demasiado temprano, pero me puse en marcha sin protestar. El día anterior había hablado con mi padre, pero le llamé de nuevo antes de ir a desayunar, tras arreglarme con agua helada una vez más.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó preocupado, justo después de saludarme.

—Claro, sabes que no me asusta el trabajo duro, papá —me reí un poco, para sonar más relajada—. ¿Por qué borrarías una torre de los planos? —pregunté curiosa, echando un vistazo al plano abierto que tenía sobre mi escritorio.

—¿Una torre? —preguntó sorprendido—. Pero ¿dónde estás?

—En una casa muy grande. Parece un castillo, papá, aunque lo hicieron a destiempo. Ni siquiera se me ocurre por qué alguien gastaría tanto dinero en hacer algo que ya sería anticuado en su momento y es tan frío, que es imposible calentarlo. Hoy llegarán los primeros empleados. Espero tener la calefacción en marcha antes de que empiecen las nevadas.

—Seguro que lo consigues, si alguien puedes, eres tú —me alentó—. Y ahora ve a trabajar, que no piensen que eres una vaga —bromeó, antes de romper a toser.

—¿Estás bien? —me preocupé, cuando logró calmarse un poco—. ¿Necesitas algo? ¿Te estás cuidando?

—¿Quién es la hija y quién el padre? —se quejó un poco—. Estoy bien, no debes preocuparte, solo divertirme.

—Lo haré —prometí, antes de colgarle.

Llevaba razón en que no debía llegar tarde justo el día que empezarían a llegar trabajadores. Sin embargo, comprobé que sí que me había retrasado en cuanto bajé al piso principal. Al menos dos docenas de hombres altos y fornidos iban de aquí a allá, cargando con muebles viejos y basura varia.

—Buenos días, señorita Hill —me saludó el señor Forks—. Hemos empezado vaciando el sótano, tal como nos indicó. La señora Bird la espera para el desayuno. Después le presentaré al señor Mechon, el capataz de la obra, para que le ponga al día de lo que hacer.

—Desayunaré después, señor Forks, primero trabajemos duro —pedí, porque yo pretendía hacer aquello rápido, no retrasarlo más.

El señor Forks me dirigió una sonrisa enorme, que no supe interpretar muy bien, pero que me contagió y le hizo un gesto a uno de los obreros para que nos acompañase a la sala dónde había firmado el contrato. Debía ser el comedor familiar, que estaba claro que nadie usaba para comer desde hacía años.

—Señor Mechon —presentó el señor Forks—. Ella es la señorita Hill, encargada de este proyecto.

El señor Mechon me dirigió una sonrisa enorme y blanca, que contrastó con su cara manchada de polvo. Además, tenía el pelo largo y negro recogido en una coleta a su espalda y los hombros anchos. Sus brazos musculosos sobresalían bajo su camiseta rota de manga corta, adornados con tatuajes. Definitivamente era un hombre acostumbrado al trabajo

físico.

—Llámeme Gerald, señorita Hill —me pidió, sin borrar su sonrisa.

—Encantada, Gerald. Yo soy Aysha —aclaré, un poco cansada de tanta formalidad.

—Bien. Cuénteme como pretende llevar a cabo su proyecto. Hemos pasado por muchas ideas en los últimos años, pero me temo que ninguna ha llegado a buen puerto.

—Puede dejarnos solos, señor Forks, seguro que tiene mucho que hacer —invité a irse al mayordomo. Al parecer, Gerald llevaba allí mucho tiempo y pensaba interrogarle.

El hombre dudó un poco, pero al final nos dijo que iba a coordinar a los obreros y asegurarse de que vaciaban bien el sótano.

—Creí que esa momia no se iría —resopló Gerald, recostándose un poco en la silla. No me gustó mucho su salida de tono, pero extendí el plano que llevaba en la mano sobre la mesa sin recriminárselo.

—¿Estuviste presente con los anteriores arquitectos?

—Desde el primer día que empezaron las obras —aseguró.

—¿Reconstruiste la torre oeste? —Me miró con una ceja alzada y cierta suspicacia y me arrepentí de haber sido tan directa—. Quiero poner la torre este igual, pero no aparece en los planos.

—Oh, no sabría que decirte. Fue un proyecto personal de William, él se encargó de arreglarla.

—¿Y nadie le ayudó?

—Sí, usó algunos de mis obreros, pero me temo que no me interesaba mucho, así que no intenté ver cómo estaba la cosa. Me temo que la casa es muy grande y es imposible estar en todo, Aysha. Seguramente, como reconstruyas la torre este, estará bien.

Me limité a sonreír. ¿Acaso nadie entendía lo que era la simetría? ¡Cómo mínimo debía ser igual en esencia, aunque lo rellenasen de cosas diferentes! «Lo que fuera», no era suficiente. No quería hacer un trabajo a medias. Necesitaba que estuviera perfecto.

—Será mejor que nos pongamos manos a la obra —atajé el tema—. Te

explicaré cómo quiero que esté todo. Empezaremos por el sótano.

-0-0-0-

El resto del día fue agotador. Aparecieron a la vez el fontanero y el cristallero a la vez y tuve que ir de arriba abajo con uno y otro para encargarles todo lo necesario, midiendo y dibujando sin parar. Paré diez minutos para comer y luego, recibí a un carpintero que iba a elaborar los muebles nuevos a medida. Estaba segura de que era pronto para aquello, pero pudimos encargarle los muebles de la cocina, para que empezase a trabajar cuanto antes.

Y mientras un grupo acababa de vaciar el sótano, Gerald puso a otro a vaciar la cocina. Y el servicio de la casa se encargó de trasladar sus cosas al piso superior. Haríamos aquello mientras el fontanero se encargaba de colocar un sistema de calefacción en el sótano.

El primer problema llegó a media tarde. El olor a humedad del sótano, era porque se colaba agua del exterior. Debía venir del jardín, así que nos pasamos el resto de la tarde picando desde dentro y desde fuera, para reforzar aquello y poder secarlo e impermeabilizarlo.

A la caída del sol se fueron todos los obreros y yo me dejé caer en la cama agotada, pero con un suspiro satisfecho. Avanzábamos rápido porque la gente era eficiente. Había mucho por hacer aún, muchísimo, pero al menos, el sótano estaba vacío y también la cocina. Tuvimos que habilitar una sala al otro lado de la casa para que hiciera las veces de cocina y comedor, así como de despensa, hasta que esta estuviera finalizada. Pero la cosa marchaba viento en popa.

Y estaba tan cansada, que no pude dormir. Sé que suena contradictorio, pero era así. Quizá la emoción tenía mucho que ver en aquello. En cualquier caso, estaba segura de que el resto de empleados estarían tan agotados que dormirían ya.

Tal vez no hubiera un momento mejor para echar un vistazo a la torre oeste... Me volví a poner ropa abrigada y salí de allí, de puntillas para no hacer ruido. No quería que me pillasen de nuevo.

En un momento de calma el día anterior había releído el contrato. Ahora que estaba más tranquila quería ver qué había firmado. Sin embargo, me sorprendió comprobar que no ponía nada de la torre oeste, ni una sola palabra. El contrato decía que no podía salir de allí. Lo cual, por cierto, tenía claro que no debía ser muy legal. Pero no iba a discutirlo, porque

necesitaba el dinero.

¿Y por qué no lo habían puesto en el contrato aquello de la torre oeste también? Más misterios que añadir a la lista. En cualquier caso, nadie me paró cuando crucé la puerta que daba a dicha torre. Y empecé a subir las escaleras, tras un vistazo paranoico alrededor. Entendiendo la linterna del móvil en el proceso.

La puerta de lo alto de la torre estaba entreabierta, chirrió cuando la empujé. Temí que alguien me oyese y, entonces, un tipo apareció en el hueco, sobresaltándome tanto que estuve a punto de gritar.

Era un tipo enorme, alto, ancho y con solo unos pantalones viejos que parecían quedarle enormes. De su rostro no logré identificar nada, porque la barba y el pelo parecían ocultar todos sus rasgos, pero sus ojos brillaron entremedias y no fue una mirada agradable.

—¡Largo de aquí! —me gritó, cabreado y me cerró la puerta en la cara, de un portazo.

Yo corrí escaleras abajo, con la mano en el corazón, que latía desbocado. No paré hasta llegar a la calle. Cuando la enorme puerta de madera doble se cerró a mi espalda, salté en el sitio y dio un gritito.

Luego no pude evitar una carcajada, apoyando las manos en mis rodillas para intentar encontrar oxígeno de nuevo. ¡Menudo susto me había dado ese tipo! Ahora me sentía idiota por haber salido corriendo así.

Pero ¿quién era él? ¿Vivía encerrado en esa torre? Debía sentirse tan solo... ¿Por qué el resto no me habían dicho que alguien vivía allí? ¿Y por qué hacerlo? La casa era enorme. ¿Por qué recluirse en una sola torre?

Capítulo 5

4

A la mañana siguiente, los problemas siguieron uno tras otro. Desde que salí de mi habitación antes del amanecer no paré de ir de un lado a otro solucionando complicaciones.

Un obrero se machacó un dedo; el de las tuberías rompió una sin querer y tardamos media hora en dar con la llave de paso, porque había tres diferentes y dos más que no servían para nada; el de los muebles de cocina apareció a medir antes de que sacásemos los anteriores y un policía trató de pararnos la obra. Por suerte, el señor Forks apareció con todos los permisos cuando yo estaba a punto de parar todo y esconderme en un armario para no tratar con más problemas...

Y después de aquello, la señora Bird apareció con un móvil viejo y grande en la mano y me lo tendió con cara de circunstancias.

—Es la señorita Jade —me dijo—. Quiere hablar contigo.

Yo salí fuera de la casa, porque allí había tanto ruido que no oía nada. Había estado dando órdenes a Gerald sobre que sus obreros no siguieran haciendo cosas peligrosas sin el equipo correspondiente. Aunque me pareció que no me hacía ni caso.

—¿Sí? —pregunté, tragando saliva con nerviosismo.

¿Podría saber que había entrado en la torre? ¿Iba a despedirme?

—Hola, señorita Hill. Solo quería saber cómo iba todo. Te he llamado al móvil, pero no me has respondido.

Como si fuera un flash, me vino a la cabeza el último lugar exacto en el que había visto mi móvil: el suelo, en lo alto de la escalera de la torre.

—Oh, me lo habré dejado en el dormitorio —mentí, temblorosa—. Tenemos tantas cosas que hacer, que no he tenido tiempo de preocuparme de llevarlo encima.

—No pasa nada. La señora Bird está muy impresionada con su trabajo, señorita Hill.

—Lláname Aysha —pedí.

—Claro, Aysha. ¿Cómo lo llevas todo? ¿Necesitas algo?

—La verdad, me preguntaba por qué la torre oeste no aparece en los planos. Sé que no debo tocarla, pero hace que me pregunte si falta algo más en estos.

—Pues... —Me pareció que dudaba un poco y oí movimiento al otro lado y una puerta cerrarse—. Los planos de la torre oeste estarán en la torre oeste. Pero todo lo demás aparece en los planos que te entregué.

—Sinceramente, me preocupa la simetría. Quisiera reconstruir la torre este como la oeste.

—Ya me imagino. ¿Qué tal si voy la semana que viene y vemos como hacerla? Yo la vi acabada, quizá pueda ayudarte, y conseguirte esos planos.

—Eso sería perfecto.

Y lo sería de verdad, si no fuera porque yo iba a volver allí en cuanto colgase a recuperar mi móvil. Pensaba descubrir quién era el extraño peludo antes de una semana. Pero Jade quizá podía conseguirme los planos correctos, y eso sería un detalle.

—¿Algo más que necesites?

—No, creo que de momento no. Hemos empezado a reconstruir por la zona de servicio y la cocina. Además del sótano. Me gustaría que hubiera calefacción antes de que llegue el invierno.

—Sí, es una prioridad —se rio un poco—. Nos vemos en unos días, Aysha.

Devolví su móvil a la señora Bird antes de volver a la torre. Nadie trató de pararme. Supuse que, si alguien se percató de que andaba por allí, dio por hecho que iba a supervisar las obras o lo que fuera. En cualquier caso, llegar a la puerta de la torre fue muy fácil.

Las escaleras estaban casi tan oscuras como la noche anterior, pero pude ver que había ventanas cegadas con cartones. ¿Por qué? Alguien parecía empeñado en hacer de esa torre un lugar inhóspito. Subí despacio, con el corazón laténdome con fuerza por la emoción de estar haciendo algo prohibido.

Arriba el ruido de las obras llegaba amortiguado. Casi parecía el único lugar de la casa que podía estar en paz. Busqué por el suelo mi móvil, palpando con las manos por si acaso, aunque casi veía, pero no estaba

allí. ¿Lo habría cogido ese hombre?

Llamé a la puerta con los nudillos. Después de la presentación de la noche anterior no me parecía lo más apropiado volver a abrir por mi cuenta. Pero nadie respondió. ¿Y si no estaba? La luz se encendía por la noche, quizá durante el día no había nadie. No se me ocurría por dónde podía salir, pero quizá lo hacía antes del amanecer y por eso yo no lo había visto. Tal vez era un ocupa o algún tipo de invitado del señor Millerfort. Quizá trabajaba allí y simplemente no le gustaba socializar.

En cualquier caso, no debía haber nadie, porque no abrieron, ni recibí más gritos. Así que empujé la puerta. Debía tener el móvil allí, lo habría visto tras echarme y lo habría recogido. O eso esperaba al menos. Lo necesitaba. Si mi padre me llamaba y no lo cogía, se preocuparía.

Esperé con precaución tras abrir, pero tampoco apareció entonces. Así que puse un pie dentro de la sala. Lo primero en lo que me fijé, fue que entraba un montón de luz desde una claraboya en el techo, que se habría directamente al cielo desde todos los lados, formando un tejado anguloso y picudo que apuntaba al cielo.

Lo siguiente que noté, fue el desorden. Las paredes, todas salvo una, estaban cubiertas de librerías hasta el techo y repletas de libros. La pared restante se abría en un balcón que debía dar directamente al jardín exterior y a mi ventana más allá de este. En ese momento estaba cerrado, así que no logré ver mucho. El resto de la sala, parecía una habitación adolescente, casi. Había ropa y mantas tiradas por el suelo, libros descolgados y pedazos de papel por aquí y allí. Además de una bandeja con restos de comida, un ordenador portátil a su lado y una cinta de correr y un banco de pesas más allá.

Tardé en verle a él. Quizá porque casi se camuflaba entre todo el desorden, o porque la habitación, incluso pese al desorden, era preciosa. Estaba dormido entre lo que en un principio había considerado un montón de mantas solo. No era una cama, solo una manta tendida en el suelo y un par más sobre él, cubriéndole hasta la cadera.

Me acerqué despacio, con cautela y algo de miedo, por si me pillaba hurgando en sus cosas. Parecía mucho más relajado que la noche anterior, claro que no era raro, porque no estaba gritando. Pero tenía el mismo pelo despeinado y enmarañado y la barba larga cubriendo hasta su pecho casi y en todas direcciones. Aun así, sus rasgos tenían algo agradable, quizá porque estaba completamente relajado.

Dormía con un brazo tras su cabeza y el otro en su pecho desnudo. Tal como me había parecido la noche anterior, estaba cubierto de músculos marcados. Pese a que parecía bastante descuidado en su aspecto general,

su cuerpo parecía acostumbrado al ejercicio.

«¿Quién eres?», me pregunté, sin atreverme a expresarlo en alto. Sin embargo, hubiera dado igual que lo hubiera gritado, porque fue como si me presintiera. Abrió los ojos más azules que yo había visto jamás y me miró fijamente. Al principio, pareció no comprender lo que veía. Luego se puso de pie y se irguió todo lo alto que era (que era mucho), delante de mí.

—¡Largo de aquí! —me gritó, igual que la noche anterior.

—Busco mi móvil, no quería molestar.

—¡Lárgate! ¡Fuera! —insistió.

Yo retrocedí un par de pasos, pero no me dejé amedrentar por él, que a todas luces era lo que quería.

—¡Me voy! —repliqué—. Pero no porque me des miedo. Es porque creo que es tu dormitorio y quizá sea inapropiado, señor gruñón.

—¿Señor gruñón? —resopló, como si no se creyera que le había insultado.

—Bueno, no creo que estés siendo muy educado. Yo también sé gritar, pero no voy haciéndolo por ahí... ¿Has visto mi móvil, por cierto?

—¡Lárgate! ¿Tú me hablas de educación cuando te has colado en mi casa?

—¡He llamado a la puerta! —me defendí, subiendo un poco el tono.

Vaya, sí que gritaba después de todo, pero es que me sacaba de mis casillas. De verdad era un maleducado.

—¡Fuera! —gritó de nuevo.

Salí al rellano, con un suspiro. Era intratable. Me giré al llegar fuera, para preguntarle de nuevo por el teléfono, pero me cerró la puerta, otra vez, en toda la cara.

—¿Has visto mi móvil?! —pregunté, llamando con los nudillos a su puerta.

—¡No! ¡Lárgate, entrometida!

—¡Maleducado!

Esta vez no me respondió, así que volví a bajar los escalones con un suspiro. Sin embargo, no iba a asumir que había perdido el móvil. Tendría que seguir otra estrategia para recuperarlo. Dormía de día, al parecer. ¿Podría colarme mientras lo hacía para buscarlo?

Sabía que estaba mal, pero de verdad que necesitaba el aparato. Me encontré con Gerald, que me llevó a una de las salas vacías para discutir sobre un problema que al parecer les había surgido mientras picaban.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada, en realidad. Me pareció la única forma de quitarte a esa águila de encima... Menuda vigilancia. Ni que fueras su hija.

—Aquí todos son muy amables —me limité a replicar. Aún estaba nerviosa por el encuentro con ese... ese animal. Y que insultase a la señora Bird que había sido muy buena conmigo, me mosqueó un poco—. ¿Qué querías entonces?

—Los chicos y yo salimos a tomar algo todos los viernes. No me lo perdonarían si no consiguiera que nos acompañases. —Me guiñó un ojo oscuro, con cierta diversión.

—Me temo que no tomo nada, Gerald —me disculpé, tratando de salir de allí.

—Al menos puedes salir a divertirte, ¿no?

No quise decirle que no podía salir de la casa. Me parecía tan estúpido aún... Así que busqué una excusa creíble que me dejase en mejor lugar que ceder al chantaje por unos billetes.

—Tengo que rehacer todos los planos, me temo que no tengo tiempo. Quizá para la próxima, cuando llevemos el trabajo más avanzado.

—Te tomo la palabra —aseguró.

—Por supuesto —mentí, antes de salir de allí.

—¡Señorita Hill! —La limpiadora, la señorita Brown, se acercó a mí corriendo y cogió aire al llegar, como si llevase un rato tras de mí.

Gerald aprovechó ese momento para salir de la puerta tras de mí y ella nos miró bizqueando un poco. Como si estuviera escandalizada porque hubiéramos salido de la misma habitación. El capataz, sin embargo, nos

dirigió una sonrisa y se alejó silbando.

—Encontré esto mientras limpiaba. ¿Es tuyo? Llevo todo el día buscando al dueño.

Sacó mi móvil y me lo tendió. Yo la miré casi boquiabierta. Pero no era posible. Estaba segura de haberlo perdido en la torre... ¿Acaso la señorita Brown limpiaba por allí?

Tiré de su mano y entré con ella en la sala de la que acababa de salir con Gerald. Ella me miró sorprendida, pero no se quejó.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, porque yo era mucho más humilde y familiar que llamar señorita Brown a una chica que parecía tener la misma edad que yo, o menos.

—Grace —respondió, con cierta timidez.

—Vale. ¿Te importa que te llame así? Tú puedes llamarme Aysha.

—Claro, cómo quieras, Aysha. —Lo pronunció con cierta familiaridad y supe que tanta formalidad a ella también le quedaba grande.

—¿Dónde has encontrado mi móvil?

—En un pasillo, mientras limpiaba. —Apartó la mirada incómoda, como si mintiese.

—Pues menuda sorpresa, porque me lo dejé en la torre oeste —confesé, sin asomo de dudas.

Si alguien se iba a chivar de que había incumplido las reglas, seguro que era el tipo maleducado de la torre y no la pobre limpiadora.

—¡Has ido a la torre oeste?! —medio gritó, sorprendida de verdad—. ¿Qué hay allí? Chad y yo creemos que mucho oro. ¿Estamos en lo cierto? Montañas y montañas de dinero...

—¿De dónde has sacado el móvil entonces? —dudé.

Estaba claro que no sabía que míster simpatía vivía en la torre.

—La señora Bird me pidió que te lo diera y que dijera que lo había encontrado limpiando. No lo entendí mucho, pero aquí dan órdenes muchas veces que no comprendo.

—¿Quién es Chad? —cuestioné, porque supuse que Grace de verdad no

sabía nada.

—El hijo de la señora Bird. Es un niño —explicó, sonrojándose un poco de nuevo, aunque tampoco lo entendí.

Pero si era un niño, no me interesaba. Estaba claro que el señor maleducado era un adulto hecho y derecho. Aunque con todos los libros que tenía, ya podía haber aprendido un poco de educación.

En cualquier caso, sabía algo más de él. Tenía comunicación directa con la señora Bird, que había tratado de despistarme. ¿Por qué? ¿Qué secreto ocultaban?

—Pero Aysha, ¿hay oro? —cuestionó.

—No, está vacía, lo siento.

No quise delatarle, por algún motivo. El hombre oculto en la torre debía estar oculto por algo. Apreté el hombro de Grace con cariño antes de salir de allí para volver al trabajo. Ya había perdido mucho tiempo con aquello.

¿Qué me importaba a mí quién fuera él? Tenía que acabar aquel trabajo y volver a mi casa con mi padre. El misterioso desconocido maleducado, podía seguir siendo un misterioso desconocido maleducado...

Sin embargo, los misterios, los puzles y las cosas sin respuesta, siempre me habían atraído como la luz a las polillas. Una parte muy pequeñita de mí, sabía que no podría seguir durmiendo tranquila hasta que averiguase quién era él y por qué vivía en aquella torre. Y, sobre todo, por qué el señor Millerfort me quería lejos de él. ¿Qué sentido tenía?

Capítulo 6

5

El fin de semana fue muy tranquilo. Los obreros descansaban, así que pude dedicarme a rehacer los planos. Aún no me decidía con el piso de los dormitorios. Al principio me había parecido buena idea que no hubiera tantos baños, pero si mejorábamos las cañerías sí que podríamos darle cabida.

Los planos que había elegido, del otro arquitecto, para seguir en el sótano y la planta baja había resuelto los problemas de cañerías. Pero no entendía por qué hacer tantos dormitorios con baños individuales. ¿Qué idea tenía para la casa?

Me pasé todo el fin de semana encerrada en la habitación haciendo diferentes esbozos para la planta superior. Salí solo para comer y lo hice rápido. En cualquier caso, la cocina estaba desarmada, así que no había posibilidad de grandes comidas. Además, el servicio parecía cansado por la obra y no estaban tan habladores como al principio. Y eso que no llevábamos ni una semana. Pero claro, ya tampoco había agua caliente para ellos y sus dormitorios estaban desbaratados. Estaban pasando la peor parte. No era raro que estuvieran más cansados que yo. O quizá más malhumorados. Quizá temían que yo dejase la obra a medias, como mis antecesores y se quedasen sin dormitorios.

El lunes llamé a Jade, su número se había quedado guardado en mi móvil de su anterior intento de contactar conmigo. Así que decidí preguntarle qué idea tenían para la casa. Quizá era algo que debía haber considerado al principio, pero no me pareció que pensarán darle ningún uso más que de hogar familiar, aunque fuera para venderlo como tal. Pero aquellos planos... No eran los de una casa para una sola familia.

—¿A que te refieres? —me preguntó Jade, cuando le expresé mis dudas.

—Decidí seguir uno de los planos que me diste, para simplificar el trabajo —expliqué—. Pero no entiendo la planta superior del todo. ¿Por qué meter tantos baños?

—¿De quién son los planos que elegiste? —dudó, antes de disculparse con alguien al otro lado y cerrar una puerta tras de sí.

Al parecer esa mujer se pasaba día y noche trabajando, porque estaba

claro que la había interrumpido haciéndolo.

—No están firmados. Ninguno de ellos —expliqué—. Quizá las firmas de todos los arquitectos quedaran en la parte de la torre oeste que han cortado —le dije, sin poder evitar la pulla.

—Es posible —se rio, como si no le molestase mi burla—. ¿Cuál es la pregunta exactamente?

—¿Cómo queréis vender la casa? ¿La idea es buscar a una familia forrada o darle algún tipo de uso comercial? Quizá como hotel pintoresco. Lo tiene todo, la verdad.

—Sinceramente, Aysha, yo no quiero vender la casa. Es cosa de mi padre. Hazla como tú consideres que es más apropiado. Confío en tu criterio —expresó—. Al final, no podré ir esta semana, pero te prometo que iré la próxima. ¿Podrás encargarte de todo hasta entonces?

—Descuida —suspiré un poco, porque no me había ayudado en absoluto.

Así que tras el desayuno de aquella mañana y que reanudasen la obra, decidí ir a conseguir los planos de la torre por mí misma. Estaba segura de que había algo más en todo aquello que yo no estaba entendido y quería poder ver el plano entero, con el trozo que me faltaba.

Me aseguré de que los obreros supieran lo que tenían que hacer, que los montadores estaban armando los muebles de la cocina y que el de la caldera estaba colocando las tuberías nuevas, mientras los hombres de Gerald retiraban las viejas, antes de ir con paso firme hacia la torre oeste.

Sin embargo, al subir un par de escalones, oí pasos y un instinto primario me impelió a esconderme. No quería que me descubrieran allí, aún sentía que estaba haciendo algo malo, pese a que solo pretendía poder hacer bien mi trabajo. Me agaché bajo el hueco de las escaleras y esperé hasta que los pasos me rebasaron. Me asomé lo justo para ver a la señora Bird salir de la torre con una bandeja en las manos. ¡Mentirosa! Ella había fingido no saber lo que había en la torre...

En cualquier caso, supuse que tenía sus motivos, como un contrato abusivo y quizá cierta integridad. En cualquier caso, esperé un par de minutos prudentes antes de subir las escaleras. La música rock fue lo primero en recibirme, cuando solo había llegado a la mitad de las escaleras. Luego oí el ruido de la cinta de correr, entre la música. Al parecer, el señor quién fuese, sí que hacía ejercicio.

No quería llevarme un nuevo grito, así que golpeé la pesada puerta de madera con la palma de la mano, para llamar su atención. Tuve que

repetir tres veces para que la música parase y entonces repetí, para que supiera que estaba esperando.

La puerta no se abrió, tal como yo esperaba, pero dejé de oír la cinta de correr también y los pasos pesados del hombre se acercaron a la puerta.

—¿Te has olvidado de algo, señora Bird? —preguntó, con el tono más amable que le había oído nunca.

—No, soy Aysha Hill —expliqué, con algo de timidez. Era raro que no me estuviera gritando, la verdad. Sin embargo, se hizo el silencio absoluto al otro lado de la puerta—. No quiero molestar. Sé que le diste mi móvil a la señora Bird y te lo agradezco mucho. Es muy importante para mí. —El incómodo silencio al otro lado siguió intacto—. Quería pedirte los planos de la torre oeste. Me han dicho que están aquí. Los necesito para la torre este.

—Aquí no están —rumió, con algo parecido a un gruñido, pero sin gritar.

—Bueno, ¿podrías asegurarte? Después de todo tienes la única biblioteca de este sitio. Quizá estén por ahí, entre libros o papeles —insistí, con un suspiro—. Es una pena que no haya libros en el resto de la casa, créeme que he buscado. Me cuesta muchísimo dormir sin leer nada.

—En el pueblo hay una librería —replicó, algo más calmado.

—Ya. Quizá le pida al señor Forks que me compre algún libro... —suspiré, apoyando la mano en la puerta, sin pensarlo mucho—. Mis padres tienen una biblioteca casi tan grande como la tuya, ocupando prácticamente cada rincón del piso superior. Es mágico. ¿No crees?

—Solo son libros —gruñó de nuevo.

—No es verdad. Son miles de vidas, sueños y esperanzas. Además de recuerdos. Mi madre me enseñó a leer. Solíamos sentarnos juntas cuando era una niña, para leer juntas.

—Pues pídele que te envíe algunos de esos libros —bufó, o gruñó, lo que fuera.

—Mi madre murió.

—Lo siento. —Me pareció que su voz sonaba más cerca, como si él también se hubiera apoyado en la puerta—. La mía también.

—¿Por eso vives ahí?

—Baja tres escalones —me ordenó.

—¿Qué?

—¡Haz lo que te digo, señorita Hill! —medio gritó, pero de una forma más civilizada.

—Sí, señor malhumorado —resoplé, antes de obedecer.

Conté tres en alto, para que supiera que lo estaba haciendo, y volví a girarme hacia la puerta cruzándome de brazos. De verdad que no entendía por qué tanta ceremonia. Él no tardó en abrir la puerta y dejó caer algo con fuerza al suelo. Luego la cerró de nuevo, cuando apenas logré ver más que su brazo desnudo.

—Ya tienes lo que quieres, ahora lárgate y no vuelvas —ordenó.

Yo me acerqué a ver lo que había tirado. Era un libro viejo con los lomos gastados, parecía que lo habían leído mil veces. Y, enganchado entre las hojas, había un plano doblado malamente. Lo saqué emocionada para comprobar que era la torre oeste.

—¿Quién eres? —pregunté a la madera. Pero esta vez, supe que no obtendría respuesta. Así que me fui de allí, porque estaba claro que el desconocido no me quería cerca.

¡Por fin tenía el plano de la torre oeste! Corrí a mi habitación y dejé el libro sobre la mesilla, con suavidad, antes de ir al escritorio. Apoyé el plano junto al resto de este, para ver la imagen completa. No podía creerme que al final estuviera viendo la imagen completa.

No era el plano original, era la variación del arquitecto, del mismo que estaba siguiendo para el resto de la casa. El cual, tal como yo había sospechado, estaba firmado por el arquitecto en la esquina inferior de la torre. William Millerfort.

En cualquier caso, aquello era ideal, por fin sabría cómo reconstruir la otra torre, que no aparecía modificada en ninguno de los planos. Y todo aquello logró darme ideas para el piso superior. Ninguno de los arquitectos anteriores se había molestado en tocar la torre este, pero yo quería hacer el mejor trabajo posible.

Así que saqué mis bolígrafos, el plano dónde yo estaba trabajando, me recogí el pelo y empecé a trabajar.

-0-0-0-

A media tarde tuve que salir a comer algo, porque me dolía el estómago del hambre. No había parado a medio día, así que llevaba sin comer desde el desayuno. Sin embargo, cuando llegué al piso de abajo, parecía haber mil problemas esperándome.

Así que cogí una manzana al pasar por la cocina improvisada y seguí a Gerald para que me explicase todo lo que iba mal.

—Al cocinero no le gusta la cocina nueva —me dijo, llevándome a esta. Los muebles estaban casi puestos ya.

—Tonterías, me ayudó a elegirlos —resoplé un poco.

Pero no tardé en ver al chef quejándose con uno de los montadores, del orden de los muebles o algo parecido. Pasé de Gerald y me acerqué a él.

—¡Yo no elegí esto! —me aseguró el chef Wilson en cuanto me oyó acercarme.

Al parecer, todo el mundo podía gritarme en aquella casa. Tuve que mirar alrededor, para ver el problema. Los muebles no estaban en el orden correcto, pero al menos parecían del material apropiado.

—¿Y el plano? —dudé, tratando de mantener la calma.

—¡Aquí no hay quién cocine! Pretenden que vaya de un lado a otro para hacer las cosas. Un mono podría haber diseñado la cocina mejor —siguió enfurruñado el cocinero.

—¿Recuerdas que nos sentamos a hacer un plano? ¿Dónde está?

—Lo tendrá ese inútil. —Señaló al tipo al que le había encargado la cocina y que estaba dando órdenes a sus hombres para recoger sus cosas y marcharse.

—¿Dónde crees que vas? —pregunté.

—Ya está todo montado, hemos acabado —replicó.

—Estoy segura de que no habéis acabado. Los muebles no están en el orden que pedimos.

—Las medidas estaban mal, los hemos encajado como hemos podido.

—Mis medidas eran perfectas —repliqué cabreada—. ¿Dónde está el plano?

Lo vi finalmente, arrugado entre herramientas varias. Tuve que pasar a su lado para recogerlo y lo extendí sobre una encimera que estaba prácticamente en medio de la cocina. Saqué el metro del cinturón del hombre y empecé a medir muebles, para comprobar que no coincidían con mis anotaciones.

—Yo no medí mal, no es mi culpa que lo hayáis hecho mal. No vamos a pagar hasta que los muebles correctos estén en su lugar. Deberías mirarlo, en lugar de inventártelo.

Le devolví el plano y el metro y me crucé de brazos. Sabía que yo no necesitaba gritar, como parecía ser la norma allí, para llevar razón. Sin embargo, debía haber supuesto que no iba a acceder tan fácilmente.

—¿Pretende que desmontemos los muebles, fabriquemos unos nuevos y los volvamos a montar?

—Sí, exactamente eso pretendo.

—¿Y quién pagará eso?

—El que haya sido incapaz de seguir unas medidas básicas. Lo comprobaste conmigo, tomamos las medidas dos veces. Las anotaste tú y yo. Te entregué mis medidas. No tienes excusa. Puedes hacerlo o dejarlo así, pero en ese caso, no te pagaremos nada.

—El trabajo está hecho, no puedes pretender que se ajuste al milímetro a tus planos, que eran bastante imprecisos. Quiero hablar con el jefe del proyecto —me ninguneó.

—¿Y el señor Forks? —Me giré en busca del hombre, que siempre parecía andar cerca cuando había problemas. Y allí estaba, junto al chef—. Que se lleven sus muebles si quieren, pero cancela todos los pagos a esta empresa. Buscaremos otra.

—Claro, no hay problema —me aseguró el mayordomo.

—No, espera, llegaremos a un acuerdo. Conservaremos la mayor parte de los muebles y moveremos el resto. Solo tendremos que rehacer dos o tres —me ofreció el montador.

—Quiero que trabajéis toda la noche si es necesario, pero mañana a medio día esto tiene que estar acabado —ordené, más por imponerme que

porque hubiera tanta prisa.

—Claro, señora —aceptó el hombre, pero con los dientes apretados.

—¿Puedes encargarte de supervisarlos personalmente, Gerald? O es demasiado pedir...

—No te preocupes, ya me lo devolverás con una copa. —Me guiñó un ojo, que me incomodó ligeramente, porque trataba de dar un aspecto más profesional, pero me limité a asentir.

Luego salí de allí, porque no quería que se les ocurriera una nueva excusa para no arreglar su error. Menudo cara dura que me culpaban a mí...

Gerald me había comentado que había un par de problemas, pero como se quedó en la cocina, supuse que el resto podían esperar hasta el día siguiente. En cualquier caso, sus obreros se estaban yendo ya. A mí se me había quitado el hambre, pero pasé por la cocina improvisada para servirme una copa de té.

La señora Bird estaba allí, preparando la cena para los demás. Supuse que porque el chef estaba ocupado gritándome a mí. En cualquier caso, no quise darle más vueltas. Sin embargo, solo había sacado la tetera, cuando me miró sorprendida.

—¿Qué haces, querida?

—Servirme té. —Moví la tetera, por si aquello le daba más pistas.

—Ve a la salita, yo te lo llevo.

—En realidad, pensaba irme a leer un rato a mi habitación, antes de dormir —expliqué, sonrojándome un poco por la procedencia de mi libro.

—Ve, ve, yo te llevo el té.

Prácticamente me sacó a empujones de allí, así que me fui a mi habitación. ¿Quién entendía a aquella gente? Un día eran los más amables del mundo y al siguiente me echaban a empujones. ¿El hombre de la torre le habría dicho algo? No, seguramente ya me habrían «regañado» por mi aventura. Debía pasar algo más. Quizá solo trataba de ser amable, aunque de un modo demasiado agresivo para mi gusto.

En cualquier caso, me fui a mi habitación y me cambié la ropa por el pijama, me recogí el pelo en una trenza, me envolví en una manta y me senté en el antepecho de la ventana con el libro entre las manos.

Estaba deleitándome con el olor a libro viejo, cuando la señora Bird llamó a la puerta, antes de entrar. Se acercó a mí con una bandeja en las manos y la dejó en la mesita baja a mi lado, moviéndola un poco para que no tuviera que levantarme. Además del té me había puesto unas pastas, que agradecí sinceramente.

—¿Quieres algo más, querida?

—No, gracias.

Desvié la vista sin pretenderlo a la ventana de la torre y todas las preguntas para las que ahora sabía que ella tenía respuestas que no me daría, acudieron a mi mente.

—Que aproveche —me deseó, antes de girarse para salir.

Y a mí se me escapó la pregunta antes de poderla pensar.

—¿Cómo murió William Millerfort?

La señora Bird me miró de nuevo y yo sentí que me sonrojaba. ¿Me había extralimitado? La curiosidad me podía en cualquier caso. Había visto sus diseños tanto que sentía que le conocía.

—El señor William no murió, querida —me dijo, ligeramente desconcertada.

—Yo... pensé... —No logré unir dos ideas y traté de hacer una lista de todo lo que sabía de él. ¿No había dicho el señor Millerfort que su hijo había muerto? No... Dijo que lo había perdido. Yo había rellenado el hueco—. ¿No murió? ¿Qué le pasó entonces?

—El señor William tenía mucha energía y le gustaba que las cosas fueran perfectas. Él empezó la obra de este lugar. Nadie sabe muy bien lo qué pasó, pero creemos que subió a un andamio para arreglar un desperfecto en el muro. Se cayó de él. El señor William... no está bien, jamás volvió a ser el mismo. —Se le aguaron los ojos una vez más y salió de allí, tras disculparse.

Me quedó muy claro que quería mucho al señor William, así que no insistí y dejé que se fuera. Sin embargo, la idea no me abandonó, mientras me tomaba el té y las pastas, con la vista clavada en la torre, que tenía la luz encendida ya.

Y la idea se coló en mi mente antes de que pudiera detenerla. ¿A quién protegería el señor Millerfort prohibiendo la entrada a la torre? ¿Por qué quería acabar la obra que había empezado su hijo? ¿Por qué no le importaba el dinero si pretendía venderla? Incluso en el estado que

estaba, de venderla, sacaría más dinero que reformándola y vendiéndola.

¿Era posible que el malhumorado habitante de la torre fuera William Millerfort?

Capítulo 7

6

No pude evitar una sonrisa orgullosa cuando autoricé al señor Forks a pagar a los montadores de la cocina. Habían acabado en plazo, de alguna forma, incluso arreglando los muebles que estaban mal. Y el chef paseaba encantado de un lugar a otro, acariciando el mármol y metal nuevo y moderno.

—¡Esto sí es una cocina, Aysha! Buen trabajo —me felicitó, besándome las mejillas con fuerza.

Menudo cambio respecto a los gritos de la noche anterior. En cualquier caso, respondí con una sonrisa aún más grande, a su emoción.

—Para estrenarla, podrías hacernos un pastel —sugerí bromista.

—El más delicioso que puedas imaginar. ¿De qué lo quieres? ¿Fresas?

—Sería genial —me reí un poco—. Te ayudaré a traerlo todo desde la cocina falsa.

El resto de la tarde lo pasamos dando paseos al otro lado de la casa para ordenar la nueva cocina y cuando acabamos, ayudé al chef a preparar el pastel. En la granja siempre cocinaba con mis padres y aquello tenía un aire familiar y emotivo. Al que el chef le quitó hierro contándome anécdotas de cuando el señor William solo era un niño que se colaba por las noches a robarle el chocolate de la despensa.

—¿Cómo es él? —cuestioné, curiosa.

—Diferente a su padre —se limitó a decir el chef.

—¿Es buen hombre? —curioseé.

Yo quería saber más del desconocido de la torre y confirmar si era William Millerfort.

—Creo que eso, Aysha, depende de a quién le preguntes. —Me dirigió una sonrisa misteriosa. Aunque agradecí que al menos me tutease.

—Te pregunto a ti.

—Era un jefe autoritario. Sabía cómo quería las cosas y lograba imponer sus órdenes con facilidad. —Asintió un poco, antes de meter el pastel al horno. Yo me encargué de limpiar la harina de las encimeras nuevas—. Pero no era cruel, ni un sádico. Pedía cosas posibles. Una vez trabajé con un señoritingo alemán, que me hacía trabajar hasta que me sangraban los dedos. Como si mi comida se mereciera tal despropósito.

—¿Y quién diría algo malo del señor William? —curioseé.

—Supongo que la gente que no le tenía aprecio —se rio un poco, restándole importancia—. A esto le queda un rato. Seguro que tienes cosas mejores que hacer que mirar como sube la masa, Aysha.

—Claro, iré a asegurarme de que todo sigue en orden en mi ausencia —bromeé, antes de salir de la cocina.

El de las tuberías seguía trabajando, ya había cambiado todas las del sótano y las de la cocina, por suerte. Ahora estaba con los baños del servicio. Mientras, los hombres de Gerard, tiraban un par de muros que íbamos a eliminar para hacer el comedor mucho más espacioso, al igual que la sala de baile, que Jade se había empeñado en que conservásemos.

Y yo había sido inflexible en mantener la chimenea del comedor, pero arreglándola y embelleciéndola. Gerard estaba en ello personalmente en ese momento, puliendo y limpiando las filigranas de oro. Me dirigió una mirada cuando me oyó entrar y dibujó una sonrisa en su rostro manchado de polvo.

—¿Te imaginas? Oro en la chimenea... —bromeó un poco, poniendo mala cara.

—Es preciosa —me reí—. Pero toda mi casa podría mantenerse un año con el precio de la chimenea.

—¿No te parece una locura? Naces unos metros más acá o más allá y tu vida es un infierno o... bueno, tienes oro en la chimenea.

—No cambiaría a mi familia ni por todo el dinero del mundo, Gerard —reconocí con sinceridad.

—Pero aquí estás. Sin verlos —replicó—. Por dinero.

—Touché —acepté, porque no podía discutir eso—. Pero solo serán unos meses y podré ayudar mucho a mi padre.

—Debes echarlo de menos —me dijo, parando un momento de pulir, pero

luego siguió.

—Sí, lo hago. Mi padre es todo lo que tengo.

—Venga ya. —Esta vez paró del todo, dejó las herramientas y se giró hacia mí—. Eres preciosa, joven e inteligente. Debe haber alguien más...

Me sonrojé sin pretenderlo. Trabajaba a doble turno y mi vida en la granja ocupaba cualquier atisbo de tiempo libre. Y durante la mayor parte de mi vida, me había esforzado por estudiar y había sacado mi carrera con muy buenas notas. Yo no había tenido tiempo ni antes, ni durante, ni después, para preocuparme de tener «otra gente». Toda mi vida social consistía en la que me facilitaban los libros. Vidas mágicas, únicas y fugaces, que desaparecían después, aunque siempre guardaban un poquito de sí dentro de mí.

—Será mejor que vuelva a mi trabajo, señor Mechon —repliqué incómoda, saliendo de allí de nuevo.

No paré de caminar hasta llegar a mi habitación. Ni siquiera sabía cómo iniciar ningún tipo de conversación que no fuera laboral, como para imaginar algún tipo de interacción romántica. Me abracé al libro que había devorado la noche anterior y me dejé caer en la cama. Era una pena volver a estar sin nada para leer. Los libros eran el mejor objeto en el que depositar confianza, pues nunca traicionaban.

Debí quedarme dormida, abrazada al libro, porque cuando volví a abrir los ojos, todo estaba oscuro. Me levanté asustada de la hora que sería. ¡Había descuidado mis deberes! Dejé de nuevo el libro sobre la mesilla y corrí hasta el comedor de servicio. El resto estaban allí cenando, así que me senté entre ellos como si no acabara de despertarme de una siesta larguísima.

—Pareces relajada. ¿Es por haber acabado la cocina? —bromeó la señora Bird.

—Debe ser eso. Creo que incluso me he dormido un poco —reconocí.

—A este ritmo, ¿cuándo crees que acabarán las obras? —cuestionó el chef, que parecía repentinamente satisfecho con el resultado.

—En una semana solo hemos acabado la cocina —le recordé—. Me gusta creer que no tardaremos seis meses, pero no podría asegurarlo. Depende de los inconvenientes que surjan.

—¡Seguro que nada te detiene, Aysha! —celebró el chef—. ¡Debisteis ver como asustó al tipo que montaba la cocina! Yo creo que se lo hizo encima. —Se partió de risa, antes de narrar al resto de forma muy exagerada mis

palabras para con el hombre.

Supe sin lugar a dudas que allí tendría un defensor, hiciera lo que hiciese. Y estaba bien saber que tenía a alguien al lado, para apoyarme.

-0-0-0-

El siguiente día, a media tarde, aún no había surgido ningún problema, y yo estaba casi aburrida, así que hice un cartel enorme, en el que escribí con letras mayúsculas y bonitas: «días sin incidentes». Luego hice dos filas de números recortados del cero al diez y las enganché debajo.

Dejé marcado un día y corrí a buscarle un sitio visible. Al final, me decidí a ponerlo en lo alto de la escalera principal. Así se vería desde la puerta. Y desde las habitaciones con asomarte. Parecía el lugar más céntrico. Gerald apareció cuando estaba colgándolo y me ayudó, porque era, al menos, una cabeza más alto.

—Eres encantadora —aseguró, cuando se separó para ver el resultado—. Deberías hacer otro para los accidentes laborales —bromeó.

—¿Qué dices? Tus obreros están empeñados en machacarse los dedos. No pasaríamos del cero —le piqué un poco, divertida.

—Llevas razón —lo aceptó enseguida, asintiendo un poco—. Yo me voy ya, he mandado a los chicos a casa. Mañana nos vemos, Aysha.

—Esta mañana.

—Y no me olvido de que me debes una copa —me recordó, mientras bajaba las escaleras.

—Claro, más adelante —me libré.

Fui directa a la cocina, a por algo para cenar. Pero no llegué a esta, antes de encontrarme al resto saliendo de allí, abrigados hasta el cuello.

—¿Dónde vais? —curioseé.

—Un antiguo empleado de la casa se va a trabajar fuera del país y han organizado una fiesta de despedida en su honor —explicó la señora Bird—. ¿Quieres venir? Es en el pueblo.

—No, creo que me quedaré tranquila —sonreí, para evitar un suspiro.

No me hubiera importado nada salir de la casa un rato, pero no quería incumplir el contrato ahora que parecía que todo volvía a ir sobre ruedas.

—Tienes comida en la despensa y alguna cosa preparada ya en la nevera —explicó el chef, antes de salir de la casa.

—Pasadlo bien —les deseé, antes de que cerrasen la puerta y me dejaran sola completamente.

No, sola no. Con el hombre de la torre.

Corrí hasta la cocina y abrí la despensa. ¿Qué había dicho el chef de que William le robaba chocolate? Di con una tableta, la cogí y serví dos tazas de té. Lo puse todo sobre una bandeja y fui hacia la torre. Paré en mi habitación, para coger el libro acabado y luego subí las escaleras con precaución, para no verter nada en la absoluta oscuridad.

Sujeté la bandeja con una mano al llegar arriba y golpeé la puerta un par de veces. Esta vez no había música, pero hubo movimiento al otro lado. ¿Por qué la señora Bird no podía decirme que estaba allí? Y ¿por qué habría dicho que no estaba bien?

Las preguntas, en lugar de reducirse, iban en aumento. No dejaban de surgirme nuevos interrogantes al respecto de él.

—¿Qué quieres, señorita Hill? —cuestionó la voz que ya empezaba a conocer al otro lado de la puerta.

—Tengo té y chocolate. Y quería devolverte tu libro.

—Puedes dejarlo ahí —ordenó, más que pedir.

—Yo también quiero té y chocolate —aclaré—. Es para compartir.

—No comparto mi comida —replicó—. Cómetelo tú.

—Es una tableta entera de chocolate. No puedo comérmela sola. Vamos, señor Millerfort. ¿Puede rechazar el chocolate?

Hubo un minuto entero de silencio y tuve que cambiar el peso de una pierna a la otra para poder mantener la bandeja estable. Se me empezaba a antojar demasiado pesada.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó finalmente, en un susurro, pero

muy cerca de la puerta.

—Eres William Millerfort, ¿no? Creo que el señor Millerfort padre no dejaría vivir aquí a otra persona. Le conozco poco, pero creo que le he calado bien.

—Lárgate, esto no tiene nada que ver contigo —gruñó de nuevo.

Y sentí que había retrocedido varios pasos. Sin embargo, no lo había negado. Al final, opté por sentarme. Me empezaba a temblar el brazo. Había llenado demasiado los tés. Partí la tableta de chocolate en dos y removí mi bebida caliente.

—Esto huele de maravilla, William —le tenté—. No sé si te desagradó yo o las visitas en general, pero prometo comer en silencio, sentada aquí fuera.

Abrió la puerta solo un poco y me miró por el hueco. Como si quisiera comprobar si lo que yo decía era verdad. ¿Qué le habría pasado para ser tan desconfiado? Me pareció que se planteaba quitarme el chocolate y volver dentro. Pese a su enorme presencia, parecía un niño pequeño, asustado de una extraña.

—Siéntate conmigo —pedí—. ¿Podrías prestarme otro libro?

—¿Ya te lo has leído, o es que no te gusta?

—Lo devoré en una noche, William.

—No me llames así —ordenó.

—Es tu nombre, ¿no?

—Lo fue —murmuró, incómodo.

Pero se sentó. No abrió la puerta entera, solo lo justo para poder coger la taza de té y el chocolate, sacando el brazo por el hueco. No pude evitar sonreír, porque de alguna forma, aquello era una victoria.

—El libro me encantó, pero no pareces de los que leen romance —le piqué un poco, tendiéndole su mitad del chocolate.

—¡No es romance! Es una aventura. ¡Hay acción y espadas!

—Y el chico y la chica se quedan juntos —me reí.

—Eso no lo convierte en romance —gruñó, muy bajito.

—Llevas razón. Pero lo es por otros motivos, William. ¿Cómo prefieres que te llame? La verdad es que a mí lo de señorita Hill no me gusta. Prefiero Aysha.

—No creo que sea apropiado —replicó.

—¿Qué nos llamemos? Bueno, por teléfono quizá no —bromeé y percibí una sonrisa muy pequeña, que ocultó enseguida—. Pero la gente tiene nombre por algo.

—Para que puedas incordiarlos, supongo —replicó, antes de dejar de nuevo la taza de té vacía—. William está bien, pero no esperes que yo te llame Aysha.

—¿Por qué? —resoplé, tendiéndole el libro antes de que se levantase.

—Es inapropiado —insistió.

—¿Puedo elegir el libro? —pedí.

—No.

Me cerró la puerta en la cara, como solía ser costumbre, pero volvió a abrirla poco después, para pasarme una pequeña pila de libros.

—A la velocidad que lees, tienes para una semana, al menos —se burló ligeramente.

—Te veré entonces, Will —repliqué, cargándolos en la bandeja.

—¡No es necesario! Seguro que de aquí a una semana consigues libros en otra parte... —lo intentó, pero yo le ignoré mientras bajaba las escaleras.

Podía decir lo que quisiera, pero pensaba volver a por más libros. Me había divertido tanto en ese pequeño rato compartido, que ni me había dado cuenta de que me había quedado helada por estar sentada en el suelo. Si no era por libros, ya se me ocurriría otra excusa para compartir un té.

Dejé los libros en la habitación y bajé a llevar la bandeja a la cocina. Luego volví a sentarme en el antepecho de mi ventana, arropada y elegí uno de los libros al azar.

No pude evitar mirar hacia la torre, la luz estaba encendida y la figura de William se recortó contra esta, cuando se asomó al balcón. Me pregunté si

él podría distinguirme también, sentada allí.

—Descubriré tus secretos, William Millerfort —prometí, al silencio de la noche y las estrellas que brillaban entre nosotros.

Capítulo 8

7

Cambié el número tres por el cuatro, en el cartel que yo había creado sobre días sin problemas y me uní a los aplausos que estallaron a mi alrededor. Todos lo celebraron como si hubiéramos acabado la obra, cuanto menos. Y no pude evitar partirme de risa.

—¡Hemos batido el récord! —lo celebré, cuando el aplauso estaba parando, y se volvió a reactivar.

—Enhorabuena —me felicitó Gerald, divertido, pasando un brazo sobre mis hombros.

Yo me solté con disimulo, le dirigí una sonrisa y me metí entre la gente para ir a la cocina. Hacía algo más de una semana que había colgado el cartel, pero llevábamos cuatro días sin incidentes que retrasasen la obra, y como era viernes y el final de la jornada, al menos tendríamos dos días tranquilos más. Sin duda, era para celebrarlo. Y a todos parecía encantarles la idea.

—¿Qué es? —La voz de Jade me hizo saltar un poco en el sitio.

Ni siquiera la había visto entrar a la casa, pero no era raro, allí siempre entraba y salía la gente libremente. Quizá debíamos empezar a tener algún tipo de cuidado. En cualquier caso, acepté su abrazo como saludo y le hice un gesto para que me siguiera a la nueva cocina.

—Motivo a la gente para que arreglen los problemas sin acudir a mí —bromeé.

—Pues podrías hacerme otro cartel de esos para mi despacho —pidió, con el mismo tono.

—Tachán —celebré, cuando entramos a la cocina.

Pareció dudar un segundo, pero finalmente abrió mucho los ojos y la boca, para mirar alrededor.

—Este sitio es increíble, Aysha.

—Bueno, el chef Wilson me ayudó mucho para hacerla óptima y he

seguido los planos de tu hermano —me quité mérito, sonrojada.

—No creo que William le hubiera dedicado tanto tiempo a la cocina —se rio un poco—. Lo has hecho tú, y es impresionante. ¿Cómo va el resto?

—Despacio.

—Pero sin incidencias —bromeó ella.

—Creo que arreglan las cosas corriendo para no fallar. Pero reviso todo, por si acaso —expliqué, con más seriedad— Han surgido un par de cosas, pero nada grave. La caldera nos está dando algunos problemas, pero porque la instalación es muy vieja. Intentamos aprovechar algunas cosas anteriores, pero al final, fue un error y tuvimos que volver a tirar una pared. Eso fue hace cuatro días, desde entonces avanzamos sin problemas.

—Me alegra oír eso. ¿Por qué no te vas a cambiar de ropa y salimos a tomar una copa? Creo que quiero conocerte mejor.

—No puedo salir de la casa —murmuré dudosa. ¿Aquello era algún tipo de trampa?

—Eso fue cosa de mi padre, Aysha. Cuando cumplí edad suficiente para fijarme en chicos, a mí también trató de encerrarme. Sé lo desesperante que es. Bajemos al pueblo a tomar algo.

—¿Sin despidos? —quise confirmar.

—Después de lo que has hecho aquí, no podría despedirte ni aunque quisiera —aseguró—. Voy a ver a William, tú mientras quítate la ropa de trabajo. Nos vemos en media hora en la entrada.

—Claro.

Espera. ¿Había dicho que iba a ver a William como si tal cosa? Ya podría haber aparecido la semana anterior para quitarme todas las dudas. Subí a mi habitación con ella, que se desvió hacia la torre con una sonrisa llena de secretos. Yo entré y abrí el armario. De verdad que no iba a hacer nada más. Pero tras sacar un vestido de corte profesional, no pude evitar tirarlo a la cama e ir a la torre tras ella. ¡Quería...! No sabía qué. Sin duda, aquello sería motivo de despido. Pero necesitaba oír... Saber.

Subí despacio por las escaleras oscuras, y, por una vez, agradecí que allí no hubiera luces. Estaba a mitad de camino, cuando oí el golpeteo en la puerta, así que reduje la velocidad para que no me oyesen y me quedé a

la distancia suficiente para verlos, oculta en las sombras.

—¡Ahora no, señorita Hill! —gritó William desde dentro.

Se acababa de chivar sin querer de que yo había estado allí y me mordí el labio, nerviosa ante la idea de que Jade pudiera despedirme de verdad por aquello. Siempre podía justificar que en mi contrato no ponía que no podía ir allí, ¿no?

—Tus rayos láser no funcionan, hermanito —replicó Jade.

La puerta se abrió de golpe, sin embargo, ella no hizo intento de entrar, ni de saludar de forma cariñosa a William. Pese a que a mí me daba besos y abrazos cada vez que me veía. La señorita Millerfort solo sonrió y se cambió la larga trenza de un hombro al otro.

—¿Qué haces aquí, Jade?

—Venir a ver a mi hermano favorito.

—Ese es Lorcan... —replicó él, pero ya conocía muy bien su voz para saber que estaba bromeando.

—Es verdad. Quería ver al segundo favorito, entonces —bromeó ella—. Mírate, casi pareces humano de nuevo. ¿Qué tal la maldición del hombre lobo?

—¿Has venido a reírte de mí?

—No. ¿Quieres que te corte el pelo o te afeite? —Dio un paso hacia él y extendió la mano, pero se quedó parada enseguida, no tuve muy claro por qué—. Perdona. Así que... ¿la señorita Hill?

—Ya me parecía que era cosa tuya. ¿Crees que no recibo suficiente tortura o esperas que salte desde la torre para heredar?

—Eso es cruel, William. Creo que Aysha es encantadora y deberías ver el trabajo que está haciendo... —Silbó impresionada y no pude evitar una sonrisa orgullosa.

—¿Tú también? La señora Bird aprovecha para echarme la charla sobre todo lo que hace esa muchacha. No sé qué le veis, la verdad, no me parece diferente al resto de arquitectos que nuestro padre ha contratado.

—Pues si no la ves diferente, es que llevas demasiado tiempo aquí, William. Es una mujer, una de verdad —se burló un poco—. Deberías darle

una oportunidad.

—¿Para qué?

—Sabes que papá no venderá la casa si vuelves a salir de la torre.

—Sé que nuestro padre no puede vender la casa mientras yo esté en esta torre.

¿Aquello era una especie de protesta? ¿Estaba de huelga? No, debía haber mucho más que yo no alcanzaba a ver.

—Parece que te has olvidado de la cabezonería de los Millerfort. O de que el resto de los Millerfort somos tan cabezotas como tú. Te venderá como complemento si le retas.

—Es posible —aceptó con un gruñido.

—Deberías planteártelo sinceramente. Ese Gerald va detrás de Aysha. No querrás que se te adelante...

William soltó algo a medio camino entre un gruñido, un bufido y un ruido de desagrado.

—Creo que hacen una pareja genial, la verdad. El envidioso y la entrometida. Pueden tener quince hijos si quieren —resopló de nuevo.

Podía ofenderme por lo de entrometida, pero, a fin de cuentas, estaba espiando una conversación privada con su hermana. Algo de razón llevaba, ¿no?

—Algún día te arrepentirás de seguir ahí, solo.

—Quizá. Pero no ha llegado ese día aún. ¿Gerald se está ocupando de la obra?

—Sí. ¿Celoso?

—No. Me preocupa. No lo quiero en mi casa.

—No será tu casa hasta que salgas de esta estúpida torre, William.

—¿No tienes nada mejor que hacer? Adiós, Jade.

—Hasta dentro de cinco años, cobarde —replicó ella, y me pareció un poco picada.

William se limitó a darle un portazo en la cara, y me alegró que yo no fuera a la única a la que se lo hacía. Bajé entonces, tratando de no hacer ruido. Sin embargo, la voz de Jade me hizo parar en seco antes de llegar a la puerta de la torre.

—No hace falta que te escabullas, Aysha.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté avergonzada.

—Porque soy un poco bruja. —Llegó hasta mí y se colgó de mi brazo—. Y porque yo habría hecho igual. No deberías tener en cuenta las palabras de mi hermano, es un poco ciego.

—¿Por qué no sale? —Aproveché mi buena suerte para tratar de sonsacarle información.

—Eso debería contártelo él, si quiere hacerlo. Pero yo te invito a las copas.

-o-o-o-

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó Jade cuando entramos al atestado bar del pueblo.

Habíamos bajado desde la mansión en su Ferrari rojo y sentí que todo el mundo la miraba en cuanto cruzamos las puertas del sitio. Que era muy pequeño y parecía reunir a todos los habitantes del pueblo dentro. Quizá huyendo del frío que hacía fuera y aprovechando para despejar la mente después de una semana de duro trabajo. La mitad de mis obreros estaban allí.

—Un refresco —pedí, con cierta timidez.

Nunca había bebido alcohol, salvo una bebida deliciosa que hacía mi padre en la granja, parecida a la cerveza caliente.

Jade se sentó en uno de los taburetes como si llevara toda la vida yendo a ese bar, se quitó el abrigo marrón de aspecto caro, cruzó las piernas enfundadas en medias transparentes y llamó al camarero con un gesto. El hombre estuvo a su lado medio segundo después, mientras ella se recolocaba la trenza.

Yo me di cuenta de que estaba mirándola casi boquiabierta. Tenía una gracia y una elegancia natural que ya quisiera tener yo. Me senté a su

lado y recé por no caerme del alto taburete.

Jade pidió y el camarero nos sirvió enseguida, un refresco y una cerveza, que dejó delante. Yo quería abordar de nuevo el tema de William, pero no estaba muy segura de cómo hacerlo.

Le di un trago a mi refresco mientras rememoraba en mi cabeza todo lo que había escuchado. Al final, me decidí por lo más inocente que habían mencionado.

—¿Quién es Lorcan?

—Otro de mis hermanos cabezotas —resopló un poco, pero me pareció ligeramente divertida.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Mi padre solo sabe hacer dos cosas bien, Aysha. Convertir en oro todo lo que toca y tener hijos. No creo que ni él sepa cuantos tiene. ¿Cincuenta, cien? —me pareció que exageraba—. La mayoría no compartimos madre, así que es difícil saber. Yo conozco a unos quince, pero a saber. ¿Tú tienes hermanos?

—No. Debió ser emocionante crecer con tantos hermanos.

—Sin duda lo hubiera sido —me dirigió una sonrisa poco seria—. Pero me temo que no lo hice. Mi padre siempre se encargó de la manutención de todos nosotros, pero nunca fue un padre muy aplicado. Seguramente fui la que más tiempo pasó con él. Mi madre murió, así que no le quedó mucho más remedio que criarme él.

—Lo siento.

—No pasa nada. No la conocí apenas. ¿Qué pasa con William? Tienes que darme detalles, Aysha. —Me pareció que trataba de cambiar de tema, así que no insistí con su familia.

—Quería ver cómo era la torre oeste para reconstruir la este igual —me disculpé—. Además, reconozco que sentía cierta curiosidad. El primer día me dio tal susto que hasta perdí el móvil...

Le conté cada uno de mis encuentros con su hermano, porque me parecía justo. Después de todo, ella me había defendido y era muy agradable conmigo. Se partió de risa cuando le conté que me había colado en su habitación y me miró fascinada cuando le dije que habíamos compartido té y chocolate.

—Hablas de él y no parece mi hermano —me dijo, cuando acabé—. Creo que le haces bien.

—La señora Bird me dijo que había sufrido un accidente.

—Así fue —asintió, sin entrar en detalles.

—Cuando me dijiste que no era tan malo... hablabas de él, ¿no? Tú ya sabías que iba a colarme en esa torre.

—¿Sabes por qué te elegí, Aysha? No eres la que más experiencia tienes, ni la que mejores notas sacabas en la carrera, aunque sacases muy buenas notas...

—No lo sé —reconocí.

Yo llevaba preguntándome desde que me habían llamado.

—Tuve el placer de leer alguno de tus trabajos de la universidad. La gente hablaba de detalles técnicos, pero tú hablabas del alma de las cosas. Su espíritu. Lo que transmitía. La magia de las construcciones. Hasta ahora, solo había oído a una persona hablar así de piedras.

—A William —adiviné—. Elegí sus planos, creo que tenemos unas ideas similares en cuanto a construcción. Aunque no entiendo del todo lo que pensaba para el piso superior. Por más que lo miro...

—Deberías preguntarle.

—No le he ido a ver en una semana. Creo que le molesto.

—Tonterías. Le encantas.

—Mientes —me reí un poco, mientras ella pedía otra ronda.

—Sí. Pero no te imaginas el bien que le has hecho, Aysha. ¡Me ha abierto la puerta! ¿Sabes el tiempo que hacía que no veía la cara de mi hermano...? Seguramente desde antes de ese accidente. Y hoy ha abierto la puerta y ni siquiera se ha dado cuenta.

—Y luego te la ha cerrado en la cara. Como me hace a mí —suspiré un poco.

—Inténtalo. Háblale de los planos. Por favor. Me lo debes, por incumplir el contrato —me pareció que bromeaba.

—No ponía nada de la torre oeste —me defendí, con una risa.

—Pero estás fuera de la casa.

—Tramposa —me quejé—. Lo intentaré.

La verdad es que me moría de ganas de tener una excusa para ver a William y si resolvía mis dudas con sus planos, era un dos por uno mágico. Empecé a formarme una idea sobre cómo hablarle de aquello y no pude evitar sonreír. Entonces me di cuenta de que Jade me miraba curiosa y tosí un par de veces para disimular.

—¡Al final has venido! —Gerald, ligeramente borracho, pasó un brazo sobre mis hombros, que me hizo poner los ojos en blanco—. Ponle una copa a la señorita Hill, yo invito —pidió al camarero.

—Ya estamos en paz —aseguré, cuando el camarero me sirvió una copa de dudosa pinta que no pensaba beber.

—¡Qué va! Un baile.

Tiró de mi mano y no me quedó más remedio que seguirle a la pista. Le dirigí una mirada de disculpa a Jade, que se encogió de hombros y cogió la copa que me acababan de servir.

—En realidad, estaba de reunión con la jefa, Gerald —intenté librarme.

—Seguro que puede esperar. Ya es hora de que los Millerfort aprendan cosas terrenales, como la paciencia —se burló un poco.

Habían apartado las mesas del sitio y una banda local tocaba en una esquina, haciendo que la gente saltase y bailase en perfectos bailes sincronizados que yo no conocía. Sin embargo, no me costó seguirle el ritmo y giré por la pista pasando por los brazos de los obreros y sin parar de reír.

En cierto momento me crucé con Jade, que reía sujetándose a los brazos de unos y otros. Así que dejé de sentirme mal por haberla dejado sola y disfruté aún más de aquello. Sin duda, necesitaba divertirme un poco.

Cuando acabó la canción me encontré con una copa nueva en la mano y bebí para pasar la sed provocada por el ejercicio. Aquello sabía fuerte y me quemó al bajar por la garganta. Sin embargo, sabía a frutas y cuando Gerald me pasó otra copa, la cogí sin dudar.

Aunque cuando empezó una nueva canción, la dejé a un lado olvidada y

volví a bailar entre todos.

La fiesta se alargó hasta la madrugada, pero el tiempo se me pasó volando. Y cuando anunciaron que iban a cerrar, me sentí hasta mal. No me extrañaba nada que el anterior arquitecto se hubiera pasado tres días seguidos allí.

—¿Te acerco a casa? —me ofreció Gerald, pasando un brazo sobre mis hombros de nuevo.

—No, voy con Jade.

Salí del local con él, porque estaba saliendo todo el mundo y casi nos empujaron un poco. Gerald tiró de mi mano para apartarme de la acumulación de gente y se agachó ligeramente sobre mí. Yo me aparté a tiempo para que depositase sus labios en mi mejilla, que debía estar completamente roja.

—Buenas noches, Gerald —me despedí, antes de correr hasta Jade, que salía colgada de los brazos de dos de los obreros más jóvenes.

—Pensé que te habías ido —me dijo la chica, pasando de ellos y aferrándose a mí.

No me pasó desapercibida la mala mirada que le lanzó a Gerald, que tampoco parecía guardarle mucha simpatía a la morena. Otro misterio a resolver, supuse, pero no sería esa noche. Estaba agotada.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —pregunté a Jade, cuando subimos a su coche.

—Me voy mañana —respondió, mientras aceleraba el deportivo de vuelta a la mansión. Me pareció muy seria—. Deberías tener cuidado con Gerald, no es trigo limpio.

—Hace bien su trabajo —le disculpé un poco.

—Aun así, sé lo que pretende, le conozco bien.

—¿Y eso? —dudé.

—Trató de liarse conmigo, hace años. Cuando William empezó las obras.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Simplemente no me parece de fiar. Ni siquiera entendí por qué mi hermano se empeñaba en que siguiera trabajando con él. Aunque por lo general, no entiendo a ninguno de mis hermanos —se rio un poco,

aparcando delante de la mansión.

—¿Por qué no sale de esa torre? —insistí. Quizá había bebido lo suficiente como para confesar.

—Estoy segura de que lo averiguarás, Aysha. Buenas noches.

Me dejó sola, así que me fui a mi habitación a descansar y pensar.

Sentía que aquel castillo estaba lleno de misterios y, la verdad, me moría por resolverlos todos.

Capítulo 9

8

El domingo antes de la hora de la comida, bajé a la cocina. El día anterior se había ido Jade y yo había pensado mucho en William. ¿Debía hacer caso a su hermana y tratar de acercarme a él? Sin embargo, mientras miraba los planos, lo había decidido sin querer. Quería que me contase sus planes para la segunda planta. Aún no tenía claro como quería hacerla y tal vez, él podía ayudarme.

—¿Me ayudas a preparar un pícnic? —pedí al chef, que me miró dudoso.

Estaba preparando el menú para toda la semana, pero paró de cocinar para prestarme atención. Por suerte, no había nadie más allí.

—¿Un pícnic? ¿Sabes el frío que hace?

—No voy a ir fuera —me reí un poco, aunque no pude evitar el calor que invadió mis mejillas.

Pensé que preguntaría más, sin embargo, sacó una cesta de uno de los armarios y empezó a dar vueltas por la cocina para llenarla.

—Él no va a aceptar esto —me dijo de pronto.

—¿Cómo sabes...? —pregunté, turbada y sonrojada.

—Tienes el brillo en los ojos de quién va a tener una cita y llevas preguntando por el señor William desde que llegaste. No hace falta ser un genio... ¿Vino?

—Claro. Y no es una cita, voy a hablar con él sobre sus diseños para el piso superior.

—Ya, pues suerte para que te abra la puerta...

Se encogió de hombros, metiendo unos táperes de lo que tenía preparado para la semana y una botella de vino, con dos tazas en la cesta.

Yo no discutí con él, pero tenía muy claro que me iba a abrir la puerta. Ya lo había hecho antes, ¿por qué iba a ser diferente? Y la última vez me había quedado en el rellano, pero no pensaba repetir para helarme el culo.

—Aquí tienes, caperucita —bromeó—. Cuando el lobo te dé un bocado en el culo, puedes venir a compartir esa comida conmigo.

—Saldrá bien, negativo. ¿Acaso no te conseguí la mejor cocina del mundo? —repliqué, risueña.

—Llevas razón. Si te lo propones, William Millerfort caerá rendido a tus pies. ¡Espera! Un postre.

Metió un táper más en la cesta y luego un bote de nata montada. No quise preguntar qué era, ya lo descubriría. Yo recogí un mantel de cuadros antes de salir de la cocina y pasé por mi habitación a por los libros que ya me había leído y los planos de la casa.

La torre me pareció incluso más oscura de lo normal. Ya me encargaría de que el sol volviera a entrar por esas ventanas, me daba igual lo que William dijera. ¿Qué necesidad había de que aquello pareciese una cueva?

Llamé con los nudillos cuando llegué arriba y esperé. Sin obtener respuesta. ¿Era posible que se hubiera ido? No, seguramente no. Insistí más fuerte y esta vez oí pasos pesados al otro lado.

—¿Qué?! —gruñó, malhumorado.

—Tengo que hablar contigo —le dije, mordiéndome el labio.

—Hoy no estoy de humor, señorita Hill —aseguró.

—Es sobre tus planos de la casa, William. —Una sonrisa traviesa que él no pudo ver se dibujó en mi cara y usé mi mejor tono inocente—. No entiendo por qué querías tirar esos dos muros de carga. ¿No crees que la casa se vendría abajo?

Me abrió la puerta de un tirón y yo me esforcé por ponerme seria. Me miró de arriba abajo y no pude distinguir lo que pensaba de mí entre tanto pelo por la cara. Me tendió una mano después y por un segundo, pensé que me estaba invitando a coger la suya. Sin embargo, entendí que pretendía que le diese los planos justo a tiempo para no sujetarle.

—No, así no —me negué.

—¿Así cómo? —preguntó, frunciendo su cara peluda en un gesto desconcertado.

—Sí quieres ver los planos, lo haremos comiendo. —Moví la cesta.

Me cerró la puerta en la cara, con tanta fuerza, que tuve que cerrar los ojos y todo. Al menos el chef se había equivocado, ¿no? Me había abierto la puerta. Estaba a punto de darme la vuelta, cuando la puerta se volvió a abrir.

—No me creo que haya tirado ningún muro de carga —se negó.

—Pues ya ves. La verdad es que me han hablado maravillas de ti, pero creo que al final, solo eres humano —me burlé.

—¿Por qué no comes tú y yo reviso los planos? —sugirió.

—No, así no —repetí.

—¡Está bien! —me gruñó—. ¡Siéntate!

—¡No! —le gruñí yo también. Si se creía que solo sabía gritar él...

—¿No?

—No.

Me di la vuelta y bajé dos escalones. No pensaba irme de verdad, pero ya era hora de que él quisiera mi presencia, aunque fuese, bueno, por ver los planos.

—¡Espera, señorita Hill!

—Aysha.

—Quiero ver el plano, señorita Hill —se encabazonó.

—Y yo compartir una deliciosa comida del chef Wilson contigo, pero no sentada en la puerta como un perrito rebelde —me quejé—. Puedes bajar al salón conmigo a comer, o dejarme pasar.

—Es inapropiado —aseguró.

—Pues vale. Buenos días, señor Millerfort.

—¡Pasa, maldita sea! —se quejó, apartándose de la puerta.

—Gracias. —Le dirigí mi mejor sonrisa, pasando a su habitación/casa o lo que fuera—. Traigo estos libros para devolverte, ya me los he leído. Son

geniales, tienes un gusto muy parecido al mío.

—Elegí los más ñoños para ti —me gruñó de nuevo, malhumorado, cerrando la puerta de un portazo. Al menos, esta vez me quedé dentro.

—¿No tienes mesa para comer? —dudé.

—No. ¿No era un pícnic?

Extendí el mantel en el suelo, en el centro de la torre, al lado de las mantas que él usaba de cama. Ni siquiera tenía colchón, pero no quise analizar mucho sus condiciones de vida. Al menos aquel lugar tenía un baño completo.

Dejé la cesta en el centro del mantel y me senté a un lado. Él se puso una camisa blanca fina y se sentó en la otra punta, tan lejos que tenía el culo fuera de la tela y eso que era grande. Yo no comenté nada al respecto.

—Los planos.

—Entre el primer plato y el segundo.

—Eso es chantaje —aseguró, mientras yo sacaba cosas.

—No es verdad. Yo tengo algo que quieres y tú puedes hacerme un poco feliz.

—¿Por qué te importa una mierda estar aquí? —resopló, molesto.

Una vez más me pareció un chiquillo pequeño, tratando de salirse con la suya.

—Me causas curiosidad —reconocí.

—Como un mono en un zoo.

—No. Como un ser humano en una jaula. ¿Por qué no sales? —curioseé.

—Te lo diré si evitamos la comida.

—Eso es chantaje, señor Millerfort —me reí—. Pero no necesito que me lo digas, la verdad. Prefiero averiguarlo sola.

—Como no... —murmuró.

Dejé uno de los táperes delante de él y me cogí el otro. Luego repartí servilletas y cubiertos. Abrí la tapa para encontrarme una especie de pastel de carne. Lo probé, ante la atenta mirada de William, que parecía

estar deseando que me largase de allí.

—¿Por qué te molesto tanto? —cuestioné, cuando él cedió un tanto y abrió su táper de alguna clase de ensalada de pasta.

—No eres tú. —Alcé la mirada hacia él cuando lo dijo, pero él tenía la vista fija en su comida—. Es todo el mundo.

—No entiendo por qué alguien se recluiría voluntariamente en una sola torre, pudiendo vivir en esa magnífica casa.

—Odio las obras —aseguró, pero no me lo creí.

—Pues quizá debiste hacerte médico y no arquitecto —bromeé, y se le escapó una pequeña sonrisa—. Además, no es la casa, porque te habrías ido ya. Es algo más. No sales de la torre nunca...

—Vale ya —pidió.

—Está bien. No has tirado ningún muro de carga, era una treta —confesé, ligeramente divertida de nuevo. Él puso los ojos en blanco.

—Ya lo sabía...

—¿Sí? Entonces debías tener ganas de comer conmigo. ¿Quieres?

Le acerqué mi táper, moviéndome en el mantel para quedar más cerca de él, que se alejó como si yo oliese mal.

—Quería asegurarme. Hace mucho que dejé de mirar esos planos.

—Si no estás aquí voluntariamente... Sé la clase de contratos que hace tu padre. ¿Te ha prohibido salir? —medio bromeé.

—¿De qué hablas? ¿Qué contrato te ha hecho?

—No quiere que deje la casa hasta que acabe la obra —reconocí, sonrojándome un poco. No me había atrevido a decírselo a nadie, pero él tenía algo que me hacía confiar.

—¿Está loco? Por Dios, deberías denunciarle.

—No está tan mal. Además, Jade vino a librarme una noche a escondidas —bromeé.

—Aun así, deberías denunciarle, seguro que mi hermana te representa

—me dirigió una sonrisa muy pequeña.

—Entonces, ¿no estás aquí obligado?

—Soy agorafóbico —confesó, mirando a la cesta, como si estuviera avergonzado por ello. Quizá incluso se había sonrojado, aunque era difícil decir, porque tenía todo ese pelo por la cara...

—Oh.

De todos los motivos que me habían pasado por la cabeza, nunca se me hubiera ocurrido... Eso explicaba por qué no salía. Y por qué le molestaba la gente. Debía sentirse agobiado...

—Lo siento mucho, Will. Me iré si te molesto. Pensé que solo... No sé. Eras un poco huraño —reconoció, mientras cerraba el táper para dejarle solo.

—No importa, señorita Hill. Acabemos de comer —pidió, con suavidad.

—En realidad, sí que tengo los planos —le dije, cuando empezamos a comer de nuevo. Él se limitó a mirarme con una ceja alzada, en silencio—. Estoy siguiendo tus planos para reconstruir la casa. Era más rápido que rehacerlo entero y lo tuyo se ajustaba muy bien a lo que yo quería —expliqué.

—Vamos a tener que dividirnos tu sueldo, en ese caso —me dijo, pero intuí una sonrisa.

—Me parece justo —acepté—, pero no podría darte nada hasta dentro de un mes. Este sueldo se lo voy a mandar íntegro a mi padre y...

—Era broma, señorita Hill. Me parece bien que los uses, a fin de cuentas, es lo que yo quería para este lugar.

—Pero no entiendo la planta superior —expliqué—. Pensé que podrías echarme una mano con ella. ¿Qué pretendías que fuera el lugar? Los dormitorios no parecen óptimos para una familia. ¿Pensabas construir un hotel?

—Era la idea —asintió un poco—. ¿Qué te ha dicho mi padre que hagas?

—Lo que me dé la gana —me reí un poco—. No me han puesto condiciones. Salvo que no salga de la casa y que no viniera a la torre oeste.

—Así que has incumplido las dos condiciones —se rio un poco—. Quizá

debería hablar con mi padre.

—Quizá. Pero entonces la obra no acabará nunca —bromeé un poco. De alguna forma, sabía que no iba a delatarme—. ¿Por qué un hotel? —insistí.

—No dejas nada pasar, ¿eh?

—Es que, si yo tuviera una casa así, lo último que haría sería meter desconocidos para que la estropeasen. ¿Y si me roban el oro de la chimenea? —pregunté divertida, sirviendo el vino en las dos copas.

Le di un trago muy corto, porque nunca había bebido vino, pero resultó ser delicioso. Aun así, me lo tomé con precaución, no fuera a subírseme a la cabeza.

—¿A quién le importa el oro de la chimenea? —me dijo, burlón.

—A los que no lo tenemos.

—Ya decía yo. ¿Una familia humilde?

—Crecí en una granja —confesé, sin ninguna vergüenza—. Tú tienes más oro en la chimenea, pero yo tengo más gallinas.

—Y las gallinas se comen, pero el oro no, así que eres más rica que yo —bromeó él, con la primera sonrisa real que le había visto desde que le conocía—. Tampoco te dejes impresionar por las chimeneas, son de mi padre.

—Pero te dejó construir lo que quisieras aquí.

—Mi madre trabajaba para mi padre, manteniendo esta casa cuando aún era impresionante. Tuvieron un... Dios, no sé ni como describirlo. No quiero pensar en mis padres de esa forma. —Se estremeció sinceramente y no pude evitar reírme—. El caso es que mi padre se largó antes de que yo naciera. Es su modo de actuar, en realidad. Sin embargo, dejó a mi madre al mando de la casa. Ella tenía grandes planes para el sitio, quería hacer un hotel. Creo que, en el fondo, siempre se consideró solo una empleada y quiso seguir atendiendo clientes. Era feliz haciendo feliz a los demás.

—¿Y qué pasó? —pregunté. Sin querer me había inclinado hacia él. Era fascinante oírle hablar con tanto amor de su madre.

—Creo que nunca se atrevió a pedirle a mi padre que le construyera el hotel. Alquilaba las habitaciones y eso, pero no en plan profesional. Desde que tengo uso de razón recuerdo haberle prometido que me sacaría la

carrera de arquitectura y se lo construiría yo. Ella esperó, pacientemente. —Me miró un segundo, pero luego alzó la vista al techo. Tenía los ojos aguados—. Murió un año antes de que yo pudiese empezar la carrera.

—Lo siento mucho, Will —murmuré.

Él se levantó, con los dientes apretados y se alejó de mí. Le dejé en paz unos segundos, para que se recompusiese, porque parecía avergonzado por su muestra de humanidad.

Se acercó al pequeño balcón de la torre y, al final, no pude contener más. Me levanté y fui hasta él. Apoyé la mano con suavidad en su espalda, sobre la camisa y le acaricié consoladora.

—Construiremos un hotel del que se sienta orgullosa, Will —prometí.

Se dio la vuelta hacia mí, muy rápido. Pensé que iba a pedirme que me apartase, pero sujetó mi mano, que se había quedado en el aire, muy cerca de él y la apoyó sobre su pecho. Sentí su corazón latir a toda prisa, con fuerza.

—Creo que nadie me ha tocado en cinco años —murmuró.

—¿Qué cambió? —pregunté, en el mismo tono bajo—. Antes salías, ¿no?

—No lo sé. Estaba tratando de enyesar un defecto en la pared y me desperté en mi habitación, con un médico delante y un dolor horrible de cabeza. Dijeron que había sido un accidente, pero no lo recuerdo —explicó, sin subir el tono—. Al principio, tras eso, me quedé días en la habitación. Pero me sentía mal todo el tiempo. Luego quise volver al trabajo. Estábamos acabando la torre, quedaban por poner las ventanas. Así que subí aquí. Al intentar irme, me empecé a encontrar realmente mal. Y desde entonces, no he podido abandonar este lugar. Al principio lo intenté, una vez me desmayé en medio de las escaleras. Jade se encargó de que una fila de psicólogos y psiquiatras me trataran. Me dieron charlas, pastillas, me hicieron hablar sobre toda mi vida... Pero nada funcionó. Y fue a peor. Ya ni siquiera soporto que la gente entre aquí, generalmente.

—Siento haberme puesto pesada.

—No importa, pero vuelvo a necesitar espacio personal.

Señaló mi mano, que seguía sobre su corazón, así que le solté y me aparté un par de pasos. Di una vuelta alrededor, para darle la espalda y dejar que se tranquilizase. Aproveché para revisar los libros.

—Coge los que quieras —me indicó.

—Me los llevaría todos.

—Pues adelante, yo estoy harto de verlos —se rio sin muchas ganas.

Le miré un poco, aunque él se había ido de vuelta al mantel y me daba la espalda. Yo acaricié un par de tomos con los dedos.

—Prefiero llevármelos poco a poco, así tengo una excusa para volver a molestarte —bromeé.

—Sí, no vaya a ser que me dejes en paz... —rumió, pero supe que no le molestaba tanto como le gustaba fingir.

—¿Podemos ver esos planos? —pedí, sentándome de nuevo—. Creo que el chef ha metido algo de postre, pero la verdad es que me muero de ganas por trabajar. Si queremos que sea un hotel... Debemos pensar como orientarlo. Sé que querías un baño por habitación, pero quizá es una pérdida de espacio. Yo haría las habitaciones un poco más pequeñas, con baños compartidos.

—A la gente no le gusta compartir baño —se negó.

—No vienes hasta aquí para tener un baño individual, Will. Vienes por el campo, el aire fresco, lo pintoresco del lugar, las actividades que vamos a inventar y para descansar... Hace poco una compañera de la carrera me mandó fotos de un hotel, en el que el baño formaba parte de la habitación —pensé en alto—, ¿y si hacemos algo así? El retrete y el lavabo separado por una pared/puerta opaca de cristal del resto de la habitación. Y unas duchas comunitarias, como vestuarios... No sé, no me convence. Tenemos que sacar metros de algún lado.

Abrí el plano a nuestro lado y cuando le miré a ver por qué no respondía, me lo encontré mirándome con una sonrisa. Apartó la mirada al sentirse descubierto y sacó el postre de la cesta. Eran fresas, a las que roció con nata antes de pinchar una.

—¿Tú que piensas? —pregunté, observando el plano del piso superior. Ahora que sabía qué tenía que ser, lo veía más fácil.

—Que no me necesitas —se rio un poco—. Tienes un millón de ideas.

—¡Oh! Debo cambiar la planta inferior... Mierda, me van a matar.

—¿Por qué?

—Ya había construido la pared para hacer el comedor más pequeño y crear una sala de estar... Pero si vamos a albergar gente, hace falta espacio para que todos puedan comer. Tendremos que tirar la pared. —Chasquéé la lengua—. Aun así, usaremos este espacio que no sabía para que usar, del piso inferior, para crear una sala de estar, con una pequeña biblioteca y unos sofás cómodos. Oh, y en el sótano montaremos un gimnasio. A la gente le gusta ejercitarse. —Le miré sonrojándome un poco, porque estaba claro que era lo que él se dedicaba a hacer allí gran parte del tiempo.

—En el sótano va la caldera.

—Sí, pero pondremos una pared y una puerta con llave. La nueva caldera es muy pequeña hay hueco de sobra.

—¿Por qué no podemos el gimnasio en la otra torre? La gente que va a hacer ejercicio no debería molestarse por subir escaleras y allí puede haber unos pequeños vestuarios. Deberías dejar el sótano para cuestiones de mantenimiento y almacenaje —sugirió.

—Es una idea genial.

Me moví para robarle una fresa, con los dedos y me miró un poco mal, pero me dejó hacer, aunque no me quitó la vista de encima. Yo gemí, porque estaban muy ricas y luego me lamí la nata de los dedos.

—Aun así, tengo que tirar el muro del comedor. Gerald me mata, me preguntó mil veces si estaba segura de poner un muro ahí.

—Gerald, ¿eh? —preguntó, ligeramente burlón. Y no entendí del todo que pasaba con él.

—Sí, es el capataz de la obra —le dije, aunque él ya lo sabía, estaba segura.

—Vale, pásame tus planos. ¿Qué más muros ha construido? A ver cuantos puedo tirarle...

Me dirigió una sonrisa pícaro, que me hizo soltar una carcajada. ¡Menudo hombre! Que era capaz de enfadarse como un chiquillo y bromear como si no hubiera nada malo en el mundo.

—No vas a tirarme la obra —me negué, alejando el plano de él.

—Solo dos muros —pidió, amagándome por la derecha y quitándome el plano por la izquierda, de un tirón muy rápido.

—¡Que no! —me partí de risa, tratando de alcanzarlo.

—Espera, quita —ordenó y obedecí de inmediato, no quería incomodarlo—. Vaya, has hecho un buen trabajo con la planta inferior —me felicitó.

—Gracias, seguí tus planos.

—Pero los has mejorado. Mi padre estará impresionado.

—A tu padre no le importa ni un poco esta casa.

William suspiró y extendió el plano a un lado de nuevo, pasando las manos por encima para quitarle las arrugas.

—¿Quieres que diseñemos mejor el piso superior? —me ofreció, con cierta timidez de nuevo.

—Me encantaría —prometí, con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 10

9

Las últimas dos semanas fueron una locura. Pero una locura de las buenas, de esas que acabas agotada en la cama, pero con una sonrisa. Había ido prácticamente cada tarde con William para decidir al milímetro los planos de la casa. Y cuando acabamos eso, empezamos a elegir muebles y decoración con revistas y muestras que había estado pidiendo a diferentes empresas.

Y las obras marchaban a pasos de gigante. Estábamos ya a mediados de noviembre, pero, aun así, era muy optimista con los tiempos. Pese a que aún no estaba acabada la planta inferior y la superior no estaba ni empezada. Sin embargo, las cosas iban teniendo otro color y sabía que montar los muebles sería mucho más rápido que tener que tirar y levantar paredes, enyesar y pintar, que siempre alargaba el proceso por los tiempos de secado.

Además, llevábamos diez días seguidos sin incidentes, tras encontrar goteras en la torre este que, por otro lado, avanzaba también. Y como supervisar todo aquello, encargarme de los planos y la decoración y demás no me parecía suficiente trabajo, pedí al señor Forks que llamase a una cuadrilla de jardineros.

En ese momento, paseaba entre la maleza que estaba casi helada para dar órdenes. Quería que aquello estuviera despejado, cuanto menos limpio, antes de que empezase a caer la nieve. No quería que la mala hierba estropease la visión de la preciosa casa.

Señalé un lugar cerca de la casa por el que quería que hicieran un camino de piedra para llegar a la parte de atrás, dónde aún estaba pensando qué poner para atraer gente, cuando algo llamó mi atención. Fue solo un movimiento fugaz, por el rabillo del ojo, quizá porque de forma inconsciente estaba vigilando la torre oeste. William se había asomado y tenía los brazos apoyados en la barandilla. Llevaba una sudadera con capucha y parecía serio.

En realidad, no habíamos hablado de nada personal en esas dos semanas. Pese a que habíamos compartido mucho tiempo, nos habíamos limitado a las cosas de trabajo. Yo tenía mil preguntas que hacerle, claro, pero no quería incomodarle. Sentía que su vida ya era difícil allí encerrado. Debía sentirse tan solo... Y a la vez no tenía forma de remediarlo. Y yo quería

ayudarle a salir de las sombras.

—¿Aysha? —La voz de Gerald a mi espalda me hizo girarme—. Tienes que ver esto.

Eché un vistazo a mi espalda, pero William ya había desaparecido del balcón. Le hice un gesto a Gerald, pedí a los jardineros que empezasen y seguí al capataz dentro de la casa. Me guio hasta la torre este, dónde estaban dividiendo la habitación para construir los vestuarios.

—Creo que esto provocaba la humedad —me dijo él, antes de tirar de un par de ladrillos.

Yo di un grito y me aparté cuando un esqueleto cayó justo a mis pies. Me tapé la boca y observé los huesos, con los ojos muy abiertos. Por suerte, no me costó reconocer los restos animales. Debían ser de un perro, no de una persona.

—¿Por qué? —pregunté.

—No lo sé, estaban emparedados. Este sitio está maldito...

Le miré mal, porque solo le faltó escupir y santiguarse.

—No digas tonterías, Gerald. Tiene un collar, era el perro de alguien. Debió morir, pero ¿por qué emparedarlo y no enterrarlo con todo el patio que hay?

—No creo que estuviera muerto cuando lo emparedaron, señorita Hill —me dijo uno de los obreros, que tenía un ladrillo lleno de arañazos en la mano.

—Dios mío.

Volví a cubrirme la cara con las manos y las lágrimas me escurrieron sin pretenderlo. Quizá porque yo había crecido entre animales y no entendía cómo alguien podía hacerle algo tan cruel a un pobre perro. Me arrodillé al lado de los restos y le quité el collar con suavidad.

—Traeré una manta, lo enterraremos detrás —le dije a Gerald.

—Seguro que fue William, era rarito ya desde niño.

—¿Lo conociste de niño? —curioseé, guardándome el collar en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Sí, claro, todo el mundo conoce a los Millerfort. Dicen que su padre les hace exámenes de ADN a las parejas de sus hijos, para asegurarse de que

no cometan incesto —se burló.

—Puedes ahorrarte los detalles editoriales, Gerald —aseguré, antes de salir de allí.

Le dimos un entierro digno al perro que, según su collar, se llamaba Pepper. No quise involucrar al servicio de la casa, porque no quería más historias sobre quién lo habría emparedado vivo (por no hablar de que podía ser uno de ellos), así que, con ayuda de los obreros y un par de jardineros, le dimos descanso al pobre animal.

Luego quise olvidarme del perro, pero... ¿Y si había sido William de verdad? No es que fuera un ejemplo de estabilidad mental, por cierto. Además, a veces parecía perder el control... Nunca es que hubiera hecho nada más que gritar, que yo supiera. Aun así, la idea no me abandonó del todo. ¿Y si realmente no era agorafóbico y su padre le tenía allí encerrado porque temía que hiciera daño a alguien?

No, eso era una tontería. Me regañé a mí misma, pero pedí a los obreros que vinieran conmigo a la torre oeste. Iba a destapar las ventanas de una vez, porque ahora la oscuridad del lugar, me ponía un poco de los nervios. ¿Por qué tenía que tenerlas tapadas si lo alto de la torre tenía todo el techo abierto al cielo?

—Quitad los cartones que cubren las ventanas —les ordené, cuando llegaron hasta mí con una escalera modular enorme.

Por algún motivo, estaba cabreada. Después de todo, solo conocía a una persona que viviera en una torre. Vale que el perro había aparecido en la contraria, pero... Gerald llevaba razón en que era raro, ¿no?

—¡Señorita Hill! —Su aullido desde lo alto de la torre me secó la garganta y los dos obreros pararon para mirarme.

—No es nada, seguid —ordené de nuevo.

—¡Aysha Hill! —gritó de nuevo.

Al final, decidí que no era muy justo que me quedase allí abajo, porque él no podía llegar, así que subí los escalones de la torre. Pero me quedé a cinco escalones de distancia. No me había asustado de verdad en ningún momento antes. Ni con sus gritos, ni sus portazos. Pero a aquel perro le habían emparedado vivo...

—¿Qué pasa, señor Millerfort?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. ¿Y ahora soy señor Millerfort?

¿Puedes subir aquí? No quiero hablar a gritos.

—Pues menuda novedad —resoplé, sin mucha animosidad.

—¿Qué te pasa? —insistió y para mi sorpresa, salió de la habitación, solo un paso, pero allí estaba.

Erguido sobre mí. Con cinco escalones de distancia yo parecía David enfrentándose a Goliat. Así que subí hasta su lado y entré a la habitación. Prefería que los obreros no nos escuchasen hablar, la verdad. Suficiente incómodo era todo. Cerró la puerta tras de sí, al volver a entrar, pero lo hizo con suavidad.

—Estaba harta de que la torre estuviera a oscuras —me disculpé.

—Ya, podías haber avisado antes de meter a gente aquí... —suspiró, sin ganas de discutir.

—¿Qué le pasó a tu perro? —cuestioné.

—¿Que perro? —dudó, frunciendo el ceño.

—Pepper.

Pareció sinceramente desconcertado un momento, incluso se acarició la barba con ademán pensativo. No estaba segura si estaba sorprendido por mi pregunta o de verdad aquel perro o no era suyo o no lo recordaba.

—¿Cómo sabes de Pepper? —preguntó finalmente.

—¿Qué le pasó? —insistí.

—Era el chucho de mi hermano Lorcan. Se lo regaló mi madre, porque a mi hermano le encantaba salir a explorar por ahí y pensó que con un perro grande estaría seguro. Creo que en algún momento renunció a tratar de controlar a ese crío —sonrió un poco, con cierta nostalgia.

—Pensé que no erais hermanos de madre —cuestioné.

—No lo somos, pero la madre de Lorcan no lo quiso criar. Cuando nació, se lo dejó a mi padre en la puerta y desapareció. Mi padre que, como ya sabrás, no es el mejor padre del mundo, se lo dio a mi madre, porque solo tenía dos años menos que yo, y pensó... no sé, que nos llevaríamos bien. Mi madre le cuidó como si fuera su hijo.

—¿Y qué le pasó al perro?

—Estuvo unos dos años con Lorcan, iban juntos a todos lados. Reconozco que a veces me molestaba querer jugar con mi hermano y que estuviera con ese animal. Solía gruñirme cuando me pegaba con mi hermano. Y un día, simplemente desapareció. Supusimos que se había largado y que volvería, pero jamás lo hizo. Lorcan se pasó un mes entero llorándole y mi madre trató de traer otros animales, pero nunca fue igual.

Que confesara tan abiertamente celos del perro me puso un poco sobre aviso. No quería creerle, me había pasado tanto tiempo con él, allí, queriendo conocerle mejor. Pero ¿y si era verdad?

—Ya, pues lo he encontrado —repliqué, sacando el collar del perro del bolsillo trasero.

—¿Dónde estaba? —Cogió el collar y lo revisó, como si no se lo creyese.

—En la torre este.

—Tonterías, la puerta siempre estaba cerrada. ¿Cómo iba a estar allí? Además, estoy seguro de que lo buscaríamos, aunque las torres estuvieran selladas hasta que yo empecé las obras.

—Estaba emparedado, no se perdió, señor Millerfort —expliqué—. Emparedado vivo.

—Dios mío.

William se dejó caer en las mantas que hacían las veces de cama, llevándose una mano a la cara. Me pareció que incluso empalidecía un poco, pero con tanto pelo, era difícil saberlo.

—¿Quién iba a hacer algo así?

—Pues... —No me atreví a acusarle directamente, pero clavó en mí sus ojos azules y supe que me había entendido perfectamente.

—¿Crees que yo emparedé al perro de mi hermano?

—No lo sé —reconocí—. No te conozco, y has dicho que estabas celoso.

—¡Joder! No me puedo creer que... Lárgate —ordenó.

—Espera, William, no es justo. Es tu casa, has dicho que estabas celoso. Gerald...

—Ah, Gerald —me interrumpió—. Pues bien, él sabrá quién fue, de celos

sabe mucho.

—Lo siento, Will. —Me senté a su lado, dándome cuenta de que le había ofendido de verdad—. Me ha afectado mucho. —Las lágrimas me empañaron la vista—. He crecido con animales, toda mi vida. Me han enseñado a respetarlos, amarlos, cuidarlos. Y los ladrillos estaban llenos de arañazos. No puedo imaginarme como se sentiría.

—Lo sé, lo siento. No lo pienses. —Me rodeó con un brazo y me dio un beso en el pelo—. Nunca jamás le he hecho daño a nadie, Aysha. Y me molestaba que le hiciera más caso a Pepper que a mí, pero me alegraba que alguien le cuidara y protegiera. Su madre le abandonó y por mucho que mi madre le quisiera, no era su madre. Y nuestro padre nunca fue un padre para ninguno. Quería a ese perro y salí durante días a buscarlo. Puedes preguntarle a la señora Bird. Una noche me perdí mientras lo buscaba, estuve a punto de sufrir una hipotermia. Por suerte mi padrastro me encontró antes de que fuera grave. ¿Qué has hecho con él?

—Enterrarlo en el patio. Pensé que se merecía un lugar donde descansar.

—Si alguna vez conoces a Lorcan, no se lo digas —suplicó, apartándose de mí, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que me estaba abrazando.

—Pero ¿quién sería entonces?

—Trabajaba mucha gente por aquí, Aysha, además, ya te dije que mi madre alquilaba las habitaciones. Yo tenía unos diez años por ese entonces y fue el momento de más éxito del sitio. Pudo ser cualquier loco. No tengas miedo.

—No voy a volver a tapar las ventanas de la torre —declaré, cruzándome de brazos testaruda, mientras él se apoyaba en un estante más allá.

—Está bien. Lo soportaré.

—Tengo que volver al trabajo.

—¿Cómo va el piso inferior?

—Esta semana traerán todos los muebles. Cometí el error de decírselo a tu hermana, creo que está montando una fiesta para el fin de semana, dice que hay que estrenarlo por todo lo alto.

—Claro, destrozándonos los muebles nuevos —bromeó—. ¿Cómo va a dar una fiesta si el piso de arriba no está completo?

—Pondrá seguridad en la escalera —me reí un poco—. No sé, ¿intentarás ir? —pedí, sonrojándome un poco.

—¿A una fiesta con mucha gente? Claro, ¿dónde hay que firmar?

—Tenía que intentarlo. —Me encogí de hombros—. Y tú también deberías intentarlo.

—Deberías volver al trabajo —me regañó.

Me reí un poco, pero salí de allí, obviando el hecho de que había llegado allí para acusarle de matar a un perro y había acabado invitándole a un baile, o algo así.

—¿Cuándo vendrá Jade? —me preguntó, cuando llegué a la puerta, como si de pronto se le hubiera ocurrido.

—No lo sé. ¿Por?

—Porque se va a poner pesada. ¿Puedes decirle que no estoy? —bromeó.

—Lo intentaré, pero tengo la sensación de que no va a colar.

—Tenía que intentarlo —me imitó, mientras yo salía de allí.

Capítulo 11

10

Me miré poco convencida al espejo de mi habitación. Llevaba un vestido largo hasta los pies, negro y de un material similar al terciopelo, que arrastraba ligeramente por el suelo. Y se ajustaba demasiado a mis curvas no muy pronunciadas, con un escote elegante y no demasiado exagerado, que me realzaba lo justo el escaso pecho.

Jade, que me observaba con los ojos azules brillantes de emoción. Se acercó tras dejarme que me mirase un buen rato, para hacerme a la idea del vestido, y me hizo sentarme en una silla. Dejé que me recogiese el pelo en un moño en la nuca, con algunos tirabuzones castaños fuera, enmarcándome la cara.

—¿Por qué no subes a pedirle a Will que baje? —sugirió, cuando acabó de arreglarme—. Seguro que mi tonto hermano no puede resistirse a ese vestido —bromeó un poco.

—Ya le invité, no creo que vaya a bajar. —Me encogí de hombros—. No creo que yo vaya a bajar.

—Tonterías.

Cogió mi mano, sin darme tiempo a quejarme y tiró de mí para llevarme a la planta de abajo.

Habíamos conservado la sala de baile original prácticamente igual. Yo no había dejado de quejarme de que faltaban metros para todo lo que queríamos poner, pero no había podido cambiar ese lugar. Era precioso. Así que nos habíamos limitado a ampliar las ventanas, que ahora eran una pared entera que daba al exterior y a decorar el resto con detalles dorados, que no de oro, porque yo no estaba loca. El suelo era de madera y había una enorme lámpara de araña. Además, con motivo de la fiesta, habíamos colocado una larga mesa a cada lado, abastecidas con comida y bebidas.

No me esperaba a tanta gente allí, cuando entré, apenas logré ver nada. Reconocí a la mayoría de los obreros y supe que todo el pueblo había subido a cotillear. Jade dio un par de palmaditas en el aire emocionada, yo estuve a punto de correr hasta la torre para esconderme con William.

—Tomemos algo —me sugirió, tirando de mi mano otra vez.

Yo me dejé llevar, segura de que necesitaba tomar algo. Jade sirvió dos copas de champán de las muchas que había para la ocasión por allí. Le había dicho que aquello acabaría con todo nuestro presupuesto, pero se había limitado a reírse de mí, así que no insistí. A fin de cuentas, pagaban ellos.

—Vaya, estás increíble, Aysha.

Gerald apareció de algún lado, con un traje de chaqueta que no llegaba a quedarle del todo bien. Era algo pequeño para él y tenía una mancha de yeso en la cara que acababa de sacarle de contexto.

—Jade tiene muy buen gusto —aseguré, aceptando su mano para dar una vuelta sobre mí misma.

—Ten cuidado, Mechon, vale más que todas tus posesiones —le cortó Jade, algo borde.

—No me impresiona el precio de la tela —se burló él.

—¿Quién habla de la tela? —replicó ella fría, antes de perderse entre la gente.

—Menudos humos —se quejó Gerald, cuando ella se perdió entre la gente—. ¿Quieres bailar?

—No creo que pueda, tengo miedo de pisar el vestido, o caerme de los tacones, o cualquier otra cosa ridícula.

—Vamos, yo te sujetaré.

Tiró de mi cintura y me molestó un poco que insistiese, porque le había dicho que no. Aun así, decidí no montar un espectáculo delante de todo el mundo y me acabé la copa de champán de un trago, antes de dejarme llevar.

Conseguí librarme de él cuando la banda, en la que apenas había reparado al entrar, porque estaban en una esquina de forma discreta, cambió de canción. Otro de los obreros me pidió bailar y yo giré por la sala con él. Vi a Jade reírse con otro de los muchachos, así que decidí escaquearme de la fiesta. Seguramente no se diese ni cuenta. Sin embargo, no llegué a la puerta, cuando otro obrero me ofreció una copa, y me pareció descortés rechazarle.

Sabía el efecto que producía en esos obreros. Se pasaban casi todo el día encerrados en la casa, y solo yo y la señorita Brown éramos jóvenes y

solteras. Así que la mayoría ya me habían hecho algún comentario fuera de lugar, que no había tomado en cuenta. La señorita Brown, por lo que había oído, solía entretenerlos más tiempo que yo. En cualquier caso, me daba igual. Era joven y bonita, podía hacer lo que quisiera.

Yo solo estaba allí por trabajo, no pretendía nada más. Aunque tras la tercera copa por compromiso que no pude rechazar, con las mejillas ardiendo por efecto del alcohol, reconocí, para mí, que William tenía algo especial. Desde hacía unas semanas, cada vez que leía un libro, le ponía su rostro a todos los sexis personajes masculinos.

Y durante las noches, soñaba con él. En la mayoría de los casos, aparecía en mi habitación en medio de la noche para besarme apasionadamente. Y por las mañanas, me despertaba avergonzada de mis propios deseos, desconocidos hasta entonces.

Di una vuelta más con un obrero que me había sacado a bailar, antes de apoyarme en una pared tratando de recobrar el aliento. Pronto descubrí que aceptar todas las invitaciones por compromiso, iba a ser interminable. Gerald apareció de algún lado y me tendió una copa, que bebí de un trago para quitarme la sed. Me abrasó la garganta al bajar y me di cuenta de que tenía alcohol en ese momento.

Traté de dejar el vaso sobre la mesa, pero parecía moverse, así que acabó estallando en el suelo. La gente que estaba más cerca de mí, aplaudió enardecida por la fiesta.

—¡Tendrás que poner el cartel a cero, jefa! —gritó alguien.

Yo me reí un poco y me agaché a recoger los cristales, pero Gerald me paró a tiempo de evitar que me cortase.

—¿Qué haces? —me regañó, antes de llamar a la señora Bird que estaba por allí tratando de limpiar la pobre.

—Tengo que ir al baño —mentí, para salir de allí, cuando no me dejaron ayudar a limpiar de nuevo.

—Te acompaño —se ofreció, sin preguntar, Gerald.

—No, sabré ir sola al baño, creo. —Me partí de risa una vez más y estuve a punto de caerme de los tacones.

Tuve que disculparme con un par de chicos que me pararon por el camino, pero respiré aliviada nada más cruzar la puerta de la sala de fiesta. Me quité los tacones al empezar a subir las escaleras y pasé de largo mi habitación. Quería... No estaba segura. Había bailado con muchos chicos

esa noche, pero no con el que yo deseaba hacerlo.

Golpeé la puerta de lo alto de la torre oeste con la palma de la mano y no paré hasta que Will me abrió, con el ceño fruncido. Abrí mucho los ojos al verle.

—Dios, Will —murmuré.

Se había afeitado, aunque seguía llevando barba de un par de días, y se había peinado el pelo rubio y largo hasta los hombros. Además, llevaba unos pantalones de traje, zapatos, una camisa blanca y una corbata aflojada. Estaba increíble. Ya sospechaba que debajo de toda esa barba había un tipo guapo, pero me quedé sin respiración de lo atractivo que era.

—Hola a ti también, señorita Hill —resopló un poco, como si le ofendiera que no dejase de mirarle de arriba abajo.

Yo intenté dar un paso hacia él, y me tropecé con mis propios pies. Se me escapó un resoplido que se convirtió en una carcajada, mientras él me rodeaba con sus brazos fuertes y musculosos para evitar que acabase de boca contra el suelo.

—Estás borracha —me acusó.

—Y tú estás... como una persona.

—Gracias —dijo sarcástico.

—¿Ibas a bajar a la fiesta?

—Lo he intentado, te lo prometo, pero no he podido —murmuró, incómodo.

—No importa, es un rollo. Baila conmigo.

Entré a la sala y cerré la puerta. Luego lancé los tacones a un lado y sujeté sus manos para girar en un baile muy descoordinado.

—No es buena idea, Aysha —me dijo, cohibido.

—Es inapropiado, seguro, señor Millerfort —me reí un poco, pasando los brazos en torno a su cuello—. No seas tan cerrado.

—¿Y cómo quieres que sea? —Señaló alrededor, como si aquella sala le definiera.

—Baila conmigo —supliqué.

—Espera.

Me soltó y se alejó. Temí que fuera a echarme, pero tecleó un poco en su portátil, antes de quitarlo de en medio del suelo y una canción lenta empezó a sonar. Luego volvió a mi lado, se quitó los zapatos, los tiró con mis tacones y apoyó las manos en mis caderas.

—Solo una canción —pedí, apoyando la cabeza en su pecho. Quizá era incómodo para él, pero para mí era muy agradable, cálido, perfecto.

Sin embargo, no se quejó. Se movió con cierta torpeza, pero supuse que no había bailado mucho en los últimos años. Y, en cualquier caso, aunque hubiera estado pisándome me habría encantado aquello. Aunque no lo hizo, porque no levantó los pies del suelo, solo se contoneó.

—¿Te enseñó a bailar una oveja? —se metió conmigo, cuando acabó la canción y empezó la siguiente.

Yo solté una carcajada, pero no me solté de él. Si él no rompía el abrazo, yo no podría hacerlo.

—Mi madre disfrutaba bailando. Ponía música mientras limpiaba la casa, cuando yo hacía los deberes. Acabábamos pasando de las tareas y bailando junto a nuestra chimenea, que no tiene oro, pero da calor igual —expliqué con suavidad y los ojos ligeramente húmedos.

—Lo siento —me dijo, cuando alcé la cabeza hacia él. Pasó un pulgar por mi mejilla y se llevó la humedad con él—. Creo que se ha acabado la canción.

—Una más —supliqué, haciéndole sonreír—. No pareces el mismo.

Solté una de mis manos que tenía tras su nuca, para acariciarle la barba que pinchaba ligeramente. Parecía mucho más joven, relajado y humano ahora.

—Ya —murmuró.

—¿Te incomodo?

—No del todo.

—Está bien. Porque ahora voy a incomodarte más.

Me puse de puntillas para apretar mis labios contra los suyos. Al principio solo fue un roce, no pensaba llevarlo más allá, pero pronto me pareció

insuficiente y mi lengua salió al encuentro de la suya, en un baile mágico y privado.

Me había besado con un par de chicos en la universidad, pero no tenía nada que ver con aquello. De pronto un calor muy agradable me recorrió entera y me sentí mejor que nunca, como si flotase. Mi mano aún estaba sobre su mejilla y nuestros cuerpos unidos por todos los puntos posibles. Casi fue como si pudiéramos fundirnos en uno. Y me sentía como si realmente fuera líquido a punto de desbordarme.

Will me apretó con fuerza contra él, profundizando el beso y haciendo que la sensación se multiplicase. Y, tan rápido como empezó, me separó de él. Me quejé con un gemido.

—Estás borracha, no voy a aprovecharme de ti —me regañó ligeramente.

—Quiero esto —aseguré, poniéndome de puntillas otra vez.

Pero esta vez se apartó de mí, dando un paso atrás y convirtiéndome en una sólida piedra sin su contacto. Di un paso más hacia él, pero William se alejó de nuevo.

—No, señorita Hill. Será mejor que vuelvas a la fiesta o a tu dormitorio.

—No.

Me senté en el suelo, enfurruñada. No quería irme a dormir y no quería volver a esa estúpida fiesta. Además, todo daba vueltas y no estuve segura de poder bajar las escaleras sin hacerlo rodando.

—¿No? —me preguntó él.

—No quiero volver, me portaré bien, pero deja que me quede —supliqué—. ¿No hace mucho frío aquí?

William se acercó al balcón y cerró la puerta. Ni siquiera sabía por qué la tenía abierta a esas horas, porque fuera hacía un frío horrible.

—Quédate, toma. —Me dejó una manta al lado y él se sentó lo más lejos de mí que pudo y se puso el portátil sobre las piernas.

Yo me envolví con la manta y me tumbé sobre el «colchón» formado por más mantas. Sin embargo, no dejé de tiritar. De pronto estaba helada, pero estaba segura de que era porque él hubiera roto el beso y pareciera tan dispuesto a dejarlo pasar.

Apagó la luz lo que me pareció una eternidad después, pero que solo debían haber sido unos minutos. Sentí un tirón en la manta y me rodeó

con un brazo, metiendo el otro por debajo de mi cabeza, para que me apoyase sobre él.

—No puedes enfadarte por no querer aprovecharme de ti —aseguró, pegando su pecho a mi espalda—. Además, tengo demasiados problemas, Aysha. Sé lo que te parece el extraño en la torre, pero no te convengo. Deberías olvidarte de mí.

—¿Y dejar que sigas siendo el solitario tipo de la torre para siempre? No me conoces, William, pero no lo permitiré. Y no porque tenga ninguna idea romántica, es que me parece inhumano no ayudarte.

—Tengo que dejar de darte esas novelas —gruñó contra mi oído, haciéndome reír—. Y ahora duérmete.

Me moví para apretarme contra él y le oí gemir. Sin embargo, no dijo nada, así que yo tampoco lo hice y me decidí a dormir. Estaba cansada después de todo el día de trabajo y la fiesta. Además, todo seguía dando vueltas.

Capítulo 12

11

Me desperté al sentir un cosquilleo en los labios. Traté de apartarlo con una mano y entonces algo me pinchó la punta de los dedos. Abrí los ojos extrañada, para encontrarme de frente con una mirada azul.

—Shhh —me pidió William.

Y yo obedecí, aún confusa por el sueño y más dormida que despierta. ¿Qué hacía durmiendo con William? Los recuerdos de la noche anterior volvieron de golpe, al igual que apareció un terrible dolor de cabeza, cuello y espalda. ¿Por qué ese hombre no podía tener una cama normal?

En cualquier caso, me olvidé de ello en cuanto se inclinó sobre mí. Rozó mis labios con mucha suavidad, haciéndome cosquillas y supe que eso era lo que me había despertado. ¡William Millerfort me estaba besando!

No profundizó en realidad, pero se quedó unos segundos inclinado sobre mí, aplastándome ligeramente con su peso. Sin embargo, no tenía queja, quería quedarme allí para siempre. Sin duda, era el mejor despertar de mi vida.

—¡Will! —Un grito, seguido de un aporreo en la puerta, rompió el momento perfecto.

Él se apartó de mí como si de pronto se hubiera dado cuenta de que estábamos en la cama besándonos y se levantó casi de un salto. Yo suspiré y me senté en el suelo, masajeándome el cuello.

—¿Quieres que salte por el balcón? —bromeé, porque se había quedado mirando la puerta sin llegar a abrir, aunque como estaba de espaldas a mí, no sabía qué cara tenía.

—No digas tonterías —resopló un poco.

—¡Venga ya! —insistió el tipo de la puerta, al que no reconocí—. Abre, tío.

William acortó la distancia hasta la puerta finalmente, cuando yo me estaba poniendo de pie, y abrió sin muchas ganas. Un tipo tan grande como él se le lanzó prácticamente encima. Por un segundo, temí que se estuvieran peleando, pero me di cuenta de que el recién llegado le estaba abrazando. Si es que eso se podía llamar abrazo. Parecía haber atrapado

al pobre William entre sus garras de oso.

—Ya vale, Lorcan —pidió William y reconoció el nombre de su hermano.

Lorcan le soltó, dando un paso atrás. Recorrió con la vista a William y luego brevemente la sala, antes de pararse en mí. Me pareció poco sorprendido por mi presencia, la verdad, por lo que supuse que Jade le había puesto al día. Sin embargo, dedicó unos segundos larguísimos a observarme de arriba abajo.

Yo hice lo mismo con él, claro. Era tan alto como William, pero un poco menos musculoso, o quizá era la sensación que transmitía su traje caro, muy caro. Iba erguido, con una sonrisa blanquísima y el pelo castaño engominado perfectamente de punta.

Noté, sin necesidad de que lo expresase, cierta arrogancia en su expresión y en sus ojos, tan azules como los de sus hermanos y su padre. Parecía la persona que decoraría su casa con chimeneas de oro y, no solo eso, parecía saber que estaba por encima del resto. La verdad, no me gustó.

Aunque, juzgar por su gesto, tampoco estaba encantado con que una granjera compartiese cama (o suelo en este caso) con su hermano.

—Vaya, Will, ya veo que estás en plena recuperación —se burló Lorcan, golpeándole sin ningún cuidado el estómago.

—Si me disculpáis...

Ninguno trató de detenerme, así que salí de la habitación.

—¿Puedes traernos el desayuno? —me pidió Lorcan, cuando llegué a la puerta.

—No es del servicio —se negó William, cuando yo estaba ya fuera.

Me planteé quedarme a escuchar, pero cerraron la puerta en cuanto estuve fuera. Las paredes y la madera era tan gruesa, que supe que sería un sinsentido. Así que decidí ir a cambiarme. No quería que la gente me viera con el vestido de fiesta y se hiciera ideas equivocadas.

Pasé por mi habitación para ponerme unos vaqueros y una sudadera. Era sábado, así que no tenía mucho que hacer. Se suponía que William y yo revisaríamos los planos de la planta superior, porque el lunes empezaríamos esa obra y quería estar segura de que todo estaba bien, pero quizá con su hermano allí no era buena idea.

Al final me decidí a ir a buscarles el desayuno de verdad. Así podría

enterarme de qué pasaba en la torre, ¿no? Aunque fuese un poco.

La señora Bird estaba preparando un par de bandejas con café y tostadas francesas, por lo que deduje que ya le habían pedido a ella que lo subiese.

—¿Quieres tomar algo, querida? —me ofreció.

—Una tostada estará bien. ¿Te ayudo a subirlo? —sugerí, mientras cogía la tostada y me la comía rápidamente.

—Claro.

—¿Habéis visto a Lorcan? —preguntó Jade, entrando también a la cocina—. Me han dicho que ya estaba aquí, pero no sé dónde se ha metido.

Me giré para mirarla, con la bandeja en la mano. Tenía mala pinta, con ojeras marcadas y la trenza medio deshecha. Además, llevaba el vestido de la noche anterior aún.

—Está en la torre —repliqué, sin poder ocultar del todo mi desagrado por Lorcan.

—¡Ah! Mi hermanito ya se ha presentado, ¿eh? —bromeó ligeramente—. Pon desayuno para dos más, señora Bird. Vamos a pasar un rato en familia.

—¿Para dos más? —dudé, temerosa de lo que estuviera pensando.

—Sí. Dos. ¿Qué te ha dicho ese bobo?

—Nada, en realidad. Es que me duele la cabeza.

—Ya.

No me pareció que se lo creyese del todo, por suerte la señora Bird acabó de llenar aún más las bandejas, y Jade cogió la otra. Me hizo un gesto para que la siguiese y me planteé salir corriendo en la dirección contraria. Pero claro, iba cargada así que, seguro que acababa de boca contra el suelo antes de poder librarme de aquello, que me parecía incomodísimo. ¿Qué pintaba yo entre los tres hermanos?

—Jade, yo... —lo intenté, pero me cortó antes de poder disculparme.

—No seas tonta. Eres mi amiga, punto.

Cerré la boca y no me quejé más. Ella no se molestó en llamar a la puerta de la torre y yo me quedé fuera. Sonrojada.

—Genial, pasad todos —dijo William, sarcástico.

—No parecía que la chica te molestase mucho antes —se burló Lorcan.

—Ya, ella no es la que me molesta —aseguró, mirando mal a sus hermanos.

Y yo me sentí muy feliz. ¡No le molestaba! Casi era como si flotase en una nube de alegría pura.

—¿No le has oído? Tú no molestas, pasa —me llamó Jade.

Yo la seguí poco convencida y, cuando se sentó en el suelo con la bandeja delante, me agaché para dejar la otra al lado.

—Venga, hace siglos que no nos reunimos todos, sentaos —pidió ella.

—Yo tengo que ir a...

—No te vayas —me pidió Will, lanzándome una mirada cargada de emociones que no entendí del todo.

—Está bien —murmuré, antes de sentarme al lado de Jade.

William se sentó a mi otro lado y Lorcan, que volvió a lanzarme una mirada que destilaba clasismo, se sentó enfrente. Me pareció que ninguno de los tres encajaba del todo sentado en el suelo, porque los tres llevaban aún trajes y vestidos caros. Pero no dije nada. De hecho, no pensaba intervenir.

—¿No tenéis negocios propios que atender? —curioseó William, y me pareció que los echaba de una manera muy poco disimulada.

—Padre quería saber cómo iban las obras, así que me ha mandado a vigilar —explicó Lorcan—. Al parecer, cree que a Jade le cae bien ese arquitecto nuevo y no confía en su opinión, así que me ha hecho coger un avión para espiar.

Me di cuenta entonces de que no sabía que yo era el nuevo arquitecto. ¿Quién se creía entonces que era? Me sonrojé al pensarlo. ¿Creería que era simplemente la amante de William o algo parecido?

—Yo he venido a hacer una fiesta —resumió Jade bromista—. Y sí que me cae bien el nuevo arquitecto. —Sus ojos azules lanzaban chispitas de

diversión—. Es muy bueno, ¿no crees?

—Sí, ha hecho un buen trabajo con la planta inferior, y Grace me ha dicho que ya hay calefacción. Sin embargo, creo que ha malgastado demasiado espacio en una sala de baile. Como si estuviéramos en la Edad Media... —se burló.

—Dudo que en la Edad Media hubiera salas de baile, por mucho que las pongan en las películas —repliqué, luego le di un trago al café, para callarme la boca.

¡Yo no quería meterme en aquella reunión familiar! Y menos atraer la atención de Lorcan, que clavó en mí sus ojos azules. Me di cuenta de lo diferentes que eran los ojos de los tres hermanos, aún siendo del mismo color. Los de William siempre parecían cautos, preocupados, ocultos tras barrotes. Los de Jade destilaban amor y diversión. Los de Lorcan eran fríos. O, al menos, esa sensación fue la que me transmitió.

—Pues a mí me parece muy necesaria —me defendió Jade—. ¿Quién es Grace, por cierto?

—La señorita Brown —respondió William—. A tu hermano favorito le encanta visitarla cuando finge venir a verme a mí.

—Es maja. —Se encogió de hombros, indiferente.

—¿Y no te ha hablado del nuevo arquitecto? —cuestionó Jade, aún divertida con el tema.

—No hablamos demasiado, hermanita —aseguró.

Y yo fingí beber de nuevo para que no vieran mis mejillas sonrojadas. ¡Menudo desvergonzado!

—Entonces, permíteme que te presente al nuevo arquitecto, hermanito —se burló Jade—. Aysha Hill.

—¿En serio? —Me miró burlón—. ¿Eres la arquitecta?

—Eso dice el contrato que firmé —repliqué.

—¿Y ese contrato, por casualidad, incluía meterte en la cama de mi hermano?

Esta vez no pude hacer nada para que no vieran mi cara completamente roja. Y tuve claro que parecía que había hecho algo horrible, pese a que no era así. Boqueé un poco como una idiota, y busqué a William para que

le dijese algo a su hermano.

—Sabes que sí —me «defendió» él, mirando a su hermano con una sonrisa divertida—. En la letra pequeña. ¿Podemos acabar el desayuno ya? La arquitecta y yo tenemos que revisar los planos de la planta de arriba.

—¿Ahora lo llaman así? —se burló Lorcan.

Yo decidí que no tenía que soportar sus tonterías, así que me disculpé y salí de allí. Oí a Jade reñir a sus hermanos desde las escaleras, pero no paré para comprobar que les decía. Me daba igual.

Lorcan era un idiota y William tanto como él por permitir que su hermano me hablase así. ¿Por qué no desmentía la idea que se había hecho sobre mí? Quizá no debía importarme, pero lo hacía.

Pasé por la cocina a por un cubo, que llené de agua y jabón, y unos trapos y fui a limpiar algunos marcos de puertas, que el día anterior había dejado a medias por culpa de la fiesta. Habían dado la última capa de pintura y estos se habían manchado. La señora Bird me aseguró que limpiar aquello no era competencia mía, pero yo me sentía mejor si podía ayudar.

Al menos, la planta inferior ya no estaba cubierta de escombros y herramientas. Por desgracia, el piso superior era el más complicado de todos. Allí había muchísimo trabajo por hacer. Estaba segura de que se complicaría más de lo que imaginaba siquiera.

Lorcan apareció cuando iba por el tercer marco de puerta, frotando con brío y tratando de sacar todo mi cabreo con aquella acción, para no tirarle el trapo a la cara.

—¿Podemos hablar, señorita Hill? —pidió.

—Depende. ¿Esa conversación versará sobre lo que hago o dejo de hacer en mi tiempo libre, señor Millerfort? —me burlé, sin mirarle siquiera. Así era más fácil replicarle.

—Quizá. Mi hermano tiene una casa genial, ¿no crees?

—Magnífica —acepté sin más, porque era la verdad.

—Y una cuenta de banco igual de genial.

—De eso no sé nada, y no me interesa.

—Venga ya, es un ermitaño, aburrido... —Lorcan se acercó a mí y sujetó mi mano para que parase de limpiar. Yo le miré, sin saber que

pretendía—. Nunca te llevará de viaje, ni a cenar fuera, ni siquiera será capaz de salir a recoger el periódico. Estoy seguro de que una chica como tú, necesita ciertas atenciones que mi hermano será incapaz de ofrecer.

Pasó un pulgar por mi barbilla, con mucha suavidad. Yo solo pude fruncir el ceño. ¿Qué estaba insinuando?

—Por Dios, señor Millerfort, con hermanos como usted, no sé quién necesita enemigos. No me interesan las cenas, ni los viajes. Solo estoy reformando la casa. Y que sepa que soy muy capaz de ir solita a por el periódico —me burlé—. Suélteme, y deje de insinuar esas cosas de mí.

Lorcan sonrió, de una forma que le enterneció un poco los rasgos. Quizá relajándose. Me soltó y retrocedió, pero se limitó a sentarse en la vieja mesa de madera que estaba esperando que Gerald y sus obreros tirasen.

—¿Te gusta? —me preguntó de golpe, cuando tenía la esperanza de que dejase el tema.

—Puede que mi familia no sea rica como la suya, señor Millerfort. —Paré de limpiar, para girarme hacia él y asegurarme de que me escuchaba—. Pero en mi familia no dejamos a nadie sufriendo solo. Creo que a su hermano le sienta bien tener compañía, aunque él no lo sepa. También creo que participar en el proyecto de la casa de su madre, es lo correcto. Más allá de eso, cuando acabe mi trabajo, yo volveré a mi hogar.

Me giré de nuevo hacia el marco, porque se me habían nublado los ojos. Echaba mucho de menos a mi padre, y a la vez, la idea de dejar aquel lugar me entristecía. Quizá me hubiera venido bien tomarme un par de días para ir a ver a mi padre. Me planteé pedirselo a Jade.

—No eres la primera que cree que puede sacarle de la habitación —me dijo, en un susurro.

—Yo... no sé si pretendo eso, señor Millerfort. Solo quiero que no se sienta tan solo.

—¿Y cómo puedo saber que no vas tras su dinero?

—Creí que él era el mayor. ¿No debería protegerte él? —bromeé un poco, porque él también había relajado su actitud—. No puedes saberlo, señor Millerfort. Pero si eliges confiar en mi palabra, te aseguro que el dinero no me impresiona.

—Pero seguro que mi padre te paga una pasta.

—Lo hace, dinero que he enviado íntegro a mi propio padre. Puedes preguntarle a Jade, de hecho, ella lo envió. No es lo que busco. William se

porta bien conmigo, me está ayudando con los planos, me gusta compartir tiempo con él. Pero no pretendo vaciarle los bolsillos. Si tuviera que llevarme algo, sería la chimenea de oro —bromeé finalmente—. Y si me disculpas, señor Millerfort, tengo mucho que limpiar.

—Llevas razón, él es el mayor, pero hace mucho tiempo que no se encarga de proteger a nadie. Temo que le rompas el corazón y se encierre aún más en sí mismo —confesó en un susurro.

Dejé el trapo y volví a girarme hacia él. Esta vez, no había frialdad, ni mal gesto. Al contrario, casi parecía un niño tímido. Quizá ese que había llorado a su perro durante semanas. Y me sentí fatal por haber sido borde con él. También debía estar preocupado por William.

—No es mi intención hacerle daño de ningún tipo. Pero... Tienes que haber visto que está mejor. Ahora abre la puerta —le consolé, apoyando la mano en su hombro.

—No vine por mi padre, pese a que me lo pidió, vine porque Jade me contó que estaba mejorando. La última vez que intenté darle un abrazo, me dio un puñetazo. —Movié un par de veces la mandíbula, con la mano sobre ella, como si aún le doliese—. Le haces bien, eso es cierto, pero si le estás usando y eso le hace empeorar...

—Tendrás que confiar en mí —decreté.

—Llámame Lorcan —pidió—. Lo de señor Millerfort me recuerda a mi padre. —Se estremeció sinceramente y no pude evitar reírme un poco—. ¿Empezamos de cero? No quería ser tan capullo.

—Aysha. —Le tendí la mano húmeda del trapo, con una sonrisa divertida.

—Lorcan.

Me estrechó la mano y sus ojos azules brillaron de una forma similar a los de Jade.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? Estoy segura de que William se alegra de que estés aquí, aunque no lo diga.

—Solo hoy, mañana tengo que volver a mi propia vida real. Tengo una empresa de moda que dirigir —bromeó, colocándose la corbata—. Pero si quieres más hermanos, tengo una fila que puedo enviarte.

La actitud de Lorcan cambió completamente y me gustó ese nuevo hombre. Era mucho más amable y menos clasista. Casi me pareció que se

quitaba la máscara para tratar conmigo.

—No es necesario —me reí—. William me ha hablado bien de ti, no del resto —confesé, en un susurro conspirador.

—¡Ah, Aysha! —se rio divertido y me contagió la risa—. Déjame que te cuente la verdad de esas historias, porque seguro que mi hermano siempre se ha puesto de héroe. ¿Comes conmigo para remediarlo?

—Por supuesto —acepté divertida.

Capítulo 13

12

William

No conseguí comer nada, pese a que la señora Bird me había subido una bandeja una hora antes. Era consciente de que Lorcan había logrado incomodar a Aysha, o algo parecido, y se había ido enfadada. Y tenía la sensación de que ese enfado era conmigo, al menos en parte.

Había querido ir tras ella, pero la sola idea de salir a las escaleras, me había hecho temblar. Después de eso había tenido que echar a mis hermanos, de muy mala gana. Porque por un segundo, me sentí como meses atrás. Y, de hecho, horas después, aún no me sentía bien.

Lo intenté todo: hice pesas, abdominales, me duché con agua fría, traté de leer, de dormir... Cosas que siempre me habían funcionado, y que en ese momento no hicieron más que aumentar la desazón de mi pecho.

Lo único que logró pasar un poco la ansiedad, fue apoyarme en el balcón para mirar la ventana de Aysha. Estaba seguro de que mi hermana no le había dado la única habitación que se veía desde mi ventana por casualidad, pero no iba a echárselo en cara. Sin embargo, era difícil saber si estaba allí. Seguramente hasta que no cayese el sol, no podría comprobarlo.

Aunque el misterio se resolvió antes de lo esperado. Oí su risa cerca y, por un segundo, temí estármelo imaginando. Parecía un ruido demasiado bonito para aquel lugar, musical, perfecto.

No me costó dar con ella y averiguar que era real. Paseaba con Lorcan por el jardín que habían empezado ya a limpiar. Aunque como era fin de semana, no quedaban obreros allí, por suerte. Me ponía de los nervios verlos y no poder ayudar. Nunca había sido de los que se quedaban de brazos cruzados. Y saber todo lo que estaban haciendo y no poder moverme... Era una pesadilla. Y verlos, algo parecido a una tortura.

Pero nada tan horrible como ver a mi hermano paseando con Aysha, riéndose juntos de algo. ¿Qué había pasado si esa mañana parecía que no se soportaban? No tardé en ver el plan tan «sutil» de mi hermano. Si no fuera por el vistazo descarado que echó hacia mí, casi me hubiera creído

que pretendía tener algo con Aysha.

Paró en el camino tras mirarme, sujetando la mano de la chica para que parase con él. Incluso desde mi posición pude ver la sorpresa de ella, y su tensión cuando él apartó uno de sus rizos castaños de su cara para engancharlo tras la oreja. Y, cuando se inclinó sobre ella, estuve a punto de ceder al plan maquiavélico de mi hermano para apartarlo de ella de un empujón, pero cuando me agarré a la barandilla el miedo me paralizó.

Tuve que convencerme de que saltar desde allí era una locura. La torre estaba al menos cuatro pisos sobre el nivel del suelo. Más que separarle de ella, conseguiría matarme.

Aysha se apartó de él, sin necesidad de que yo hiciese ninguna locura. Negó un poco con la cabeza, respondiendo a no supe qué, y se giró para volver dentro de la casa. Mi hermano me miró, se encogió de hombros y luego la siguió.

Yo entré de nuevo en la torre, con un suspiro, apartándome el pelo de la cara. Supuse que quizá debía haber funcionado. Obviamente Lorcan no quería que saltase, pero seguramente esperaba que saliese como un novio celoso a reclamarle.

Solo que su plan tenía tres fallos enormes: yo no era celoso, nunca desconfiaría de él y no era capaz de salir de aquella estúpida torre.

Recogí un puñado de libros, los últimos que Aysha me había devuelto, y los estrellé contra la puerta. Como si ellos tuvieran la culpa de mis males. Luego la emprendí con el pequeño escritorio que tenía en el costado. Tiré todo lo que tenía encima y lancé la silla de madera contra la pared, antes de hacer lo propio con la bandeja de la comida intacta y partir una balda con mis manos.

Pero ni rompiendo mis escasas pertenencias me sentí mejor.

Y cuando los ya conocidos golpes en la puerta de Aysha me sacaron de mis cavilaciones me sentí aún peor. Casi sentí que iba a desmayarme, o a vomitar, como si fuera un crío.

—¡Lárgate! —le grité, con pocas ganas de enfrentarme a sus preguntas o reproches.

Sabía que Lorcan pretendía darme ganas de salir, pero solo había conseguido recordarme lo que yo nunca volvería a tener: una vida normal.

Y de ninguna manera iba a condenar a Aysha a una vida similar, por mucho que ella pudiera gustarme. La oía hablar de su padre y de su

granja y sabía que deseaba estar allí. Y yo solo era... un tipo en una torre. Y no iba a permitir que ella fuese eternamente la solterona que visitaba al tío raro de la torre.

Conocía suficientemente bien el pueblo dónde me había criado, para saber que todos se burlarían de ella. Así que iba a ahorrarle el sufrimiento antes de que sucediese.

—Tenemos que revisar los planos de la planta superior, William —me dijo, con cierta timidez.

Yo había dado por hecho que estaba enfadada conmigo, pero parecía... querer convencerme de que no estuviera alterado yo. Y, supuse, que así sería su vida eternamente si se quedaba con alguien como yo. Daba igual lo que ella sintiera, siempre estaría detrás de la puerta esperando que lo que yo sentía, no fuera peor.

Abrí de un tirón para encararla y me miró con la precaución pintada en los ojos. No pude evitar sentir lo mal que estaba aquello. No se merecía algo así. Y, sin duda, yo no la merecía a ella. Era demasiado buena. Seguramente cuando acabase la maldita obra volvería a su casa, conocería a alguien, si no lo hacía ya y podría olvidarse del excéntrico tipo de la torre.

—No. Ya está bien. Eres buena arquitecta y mi padre te paga para ello, señorita Hill —expresé, tratando de poner cierta distancia—. Esto no está bien, no es apropiado y, sin duda, no es lo que deseo. Si el trabajo se te queda grande deberías decírselo a mi padre. Y si sigues incumpliendo su cláusula de no subir aquí, se lo diré yo mismo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, extrañada, tendiendo una mano hacia mí para tocarme la mejilla.

Sin embargo, yo me aparté de su contacto. Y, pese al dolor que brilló en sus ojos, supe que rechazarla me dolía mucho más a mí que a ella. Era la primera persona que toleraba que me tocara sin que me diese un ataque. Con Aysha cerca, incluso había soportado que Lorcan me abrazase.

No era la primera chica que Jade enviaba a la torre con la esperanza de que me «curase», pero sí era la primera que no había huido despavorida. La primera que había llegado a significar algo que aún ni comprendía. Y no iba a dejar que fuese a más. No podía.

—No me pasa nada, es que no quiero que sigas paseando por mi torre. ¿Tan difícil de entender es?

—¿Es por el numerito de tu hermano? Se creía que saldrías de la torre, aunque fuera para pegarle... —resopló y tuve que contenerme para no

sonreír—. No sabía lo que pretendía hasta que me he dado cuenta de que estábamos debajo de tu ventana.

De modo que hasta ella se había dado cuenta de lo sucio que jugaba Lorcan para conseguir lo que quería.

—¿De pronto es tu amigo? —dudé sincero.

—Se ha disculpado por ser un borde y hemos comido juntos. Me ha estado contando cosas de cuando eráis niños —explicó, con una sonrisa dulce.

Y tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no besar sus labios. Cuando sonreía de esa forma era difícil mantenerme a raya a mí mismo. Pero quizá era porque no había estado con una mujer en cinco años. Sí, debía ser eso.

—Tienes que irte de aquí —insistí, sintiendo mi determinación flaquear.

—¿Por qué, William? —me preguntó, con los ojos ligeramente aguados.

Yo lo había intentado, de verdad. La noche antes, me había arreglado para la fiesta. Quería verla. Sabía que ella quería que estuviera allí. Y yo me había dicho que si podía hacerlo por ella... Quizá pudiera ser diferente. Pero en cuanto había cerrado la puerta de la torre tras de mí, la ansiedad me había robado todo el oxígeno y tuve que arrastrarme de vuelta.

No podía.

Aysha se merecía a alguien que al menos pudiera salir a la sala de baile de su propia casa.

—Porque te gusto.

Había tratado de echarla con amenazas, pero sabía que no funcionaría. Tenía que conseguir que se olvidase de lo que sentía por mí. Aunque nos fuese a doler a los dos, porque ese dolor no sería nada comparado con el que sentiría unos meses después, cuando viera que yo no tenía cura.

—¿Y qué tiene eso de malo? —me preguntó, pero sus mejillas adquirieron un tono completamente rojo.

—Nada, supongo. Pero yo no siento lo mismo. Estás bien y eso, eres guapa. Pero no eres mi tipo. No quiero tenerte por aquí revoloteando como una adolescente enamorada, Aysha. Es incómodo.

Ella dio un paso atrás, como si mis palabras le hubieran dolido de verdad. Me pareció que iba a irse, pero entonces sus ojos castaños brillaron con algo parecido al entendimiento y me sentí descubierto. Y ligeramente

expuesto, incómodo.

—Eres un cobarde, Lorcan llevaba razón.

—Dudo que mi hermano me haya llamado cobarde. —Me salí por la tangente.

—No, no lo hizo. Pero le estás dando importancia a lo mismo que él dijo, ¿verdad? Crees eso de que como no puedes salir de aquí... —Lo dejó en el aire y agradecí que no expusiera todo lo que pasaba por mi cabeza.

—No. Es que eres muy pesada y no me interesas. No quiero que te enamores de mí, Aysha. Deberías agradecérmelo.

—Mírame a los ojos y dime que lo de anoche no fue especial para ti —me ordenó—. Que no deseabas besarme esta mañana.

Acortó de nuevo el paso que se había separado y clavó sus ojos en los míos. Yo tuve que esforzarme mucho para no sucumbir a los recuerdos. Y, aun así, se colaron por un recodo: el baile, el beso, su negativa a irse... Intenté portarme como un caballero, pero no pude resistir el impulso a meterme con ella en la cama. Jamás había dormido con una mujer que no fuese de mi familia, sin que aquello fuera antes o después del sexo. Pero me dormí enseguida, aspirando el aroma a rosas de su pelo.

Y por la mañana, cuando me desperté, abrazado a alguien por primera vez en cinco años, pensé que jamás la soltaría. Quizá medio dormido, medio despierto aún, aquello me había parecido lo mejor del mundo. No pude evitar besarla en aquella ocasión. Me olvidé de ser un caballero. Solo sabía que necesitaba sentir que era real.

Pero no estaba haciendo aquello por mí, ya no. Y mucho menos por cobardía. Yo estaba sacrificando lo único que me había hecho sentir realmente bien en cinco años, para que ella pudiera ser feliz. ¿Cómo iba a ser cobarde?

—Bueno, Aysha. —Meforcé por dibujar una sonrisa en mi cara, que no sentía para nada—. Si una chica borracha aparece en mi habitación en medio de la noche, ¿cómo no voy a disfrutarlo?

—Pues no te aprovechaste, precisamente —respondió burlona.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Qué te haga el amor? —La miré de arriba abajo, tratando de parecer esa clase de persona que quizá había sido antes de mi accidente—. Si me prometes que luego no te pondrás más pesada...

Me aparté de la puerta, pero ella no entró. Me miró con los ojos ligeramente aguados de nuevo, pero mantuvo perfectamente la compostura.

—Genial, señor Millerfort. Si lo que pretende es alejar a todos de su alrededor, enhorabuena, va por muy buen camino. Yo solo pretendía ayudar. Pero si no lo desea, entonces será mejor que me marche. Cuando deje de ser tan... capullo y acepte que necesita ayuda, puede ir a buscarme... —Se dio la vuelta, pero luego volvió a mirarme, sonrojada—. Sabes a lo que me refiero, puedes pedirle a alguien que me busque —explicó, ligeramente nerviosa.

Incluso cuando me regañaba o se cabreaba, seguía siendo cortés y atenta.

Tuve que usar toda mi fuerza física para no detenerla. No quería que se fuera y no era justo que yo, que lo había perdido todo, siguiera perdiendo. Sin embargo, volví dentro de la torre y cerré con fuerza.

Deseaba romper algo para sacar toda la frustración, pero allí ya había más cosas rotas que enteras, así que me limité a rugir para tratar de liberarme de la furia y el malestar que yo mismo me había creado.

Jamás volvería a dejar a nadie entrar en mi torre. Porque aquel sentimiento cuando se marchaban era horrible. Y todos acabarían yéndose. Todos, al final, querrían tener una vida real, no una a medias conmigo, encerrados en una torre...

Capítulo 14

13

Aysha

Me desperté como un zombi. Sentía los ojos hinchados y la cabeza embotada. Llevaba casi tres semanas sin dormir bien. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba las palabras crueles de William y su rugido, que había oído desde las escaleras mientras bajaba de la torre.

Sabía por qué lo había hecho, y quizá la certeza era lo peor. Prefería que de verdad no quisiera nada conmigo y por eso me hubiera echado. Pero, llegado el momento de tratar de superar sus problemas, había elegido esconderse. Y eso dolía.

Yo procuraba no mirar la torre, aunque era difícil porque era muy grande y de pronto parecía que se veía desde todos lados. Sin embargo, era un problema que solo tenía cuando conseguía llegar a la cama por la noche tarde, porque durante el día, parecía que todo iba mal.

Habíamos empezado las obras en el piso superior. Yo me había mudado a una de las habitaciones de servicio, desde la que también se veía la torre oeste, por cierto, pero eso es otro tema. Arriba había que rehacerlo prácticamente todo y ya había temido que pudieran salir cosas mal, pero no me esperaba que absolutamente todo se pusiera en nuestra contra.

Era como si hubiera un poltergeist travieso dispuesto a paralizarnos las obras. Uno de los días, estallaron las cañerías de todos los baños, cuando ya estaban casi puestas. Según el fontanero había sido porque la presión del agua había aumentado mucho por culpa de un problema en la caldera. Tuvimos que secar todo el piso superior y paralizar las obras casi una semana para ello. Luego, tuvimos que tirar uno de los muros ya contruidos porque lo habían colocado unos metros más allá y el pasillo iba a quedar ridículamente estrecho. Además, los que tenían que traer los muebles del piso de abajo, los llevaron a la otra punta del país por error.

En cualquier caso, desde el día que se fueron Jade y Lorcan, y William me había rechazado, el contador de incidencias había estado marcando ceros días todo el tiempo.

De hecho, había empezado a temer que no lograríamos tener aquello listo a tiempo. Sabía que teníamos aún tres meses y pico. Es decir, en menos

de la mitad de tiempo habíamos logrado acabar con una planta entera (o lo habríamos hecho cuando apareciesen los de los muebles otra vez), pero empezaba a estar aterrada por aquello. ¿Qué pasaría si no lo lograba a tiempo?

Yo no podía permitirme devolverle al señor Millerfort ni una libra del dinero que ya había cobrado. Era una locura. ¿Me penalizaría si no acababa la obra a tiempo? El optimismo se me fue acabando con el paso de los días, igual que la energía.

Cada mañana me arrastraba prácticamente fuera de la cama con la sensación de que mi cuerpo pesaba mucho más. Y hasta que no me tomaba el primer café del día, ni siquiera sentía que hubiera abierto los ojos del todo. Antes me levantaba con energía y deseosa de empezar un día nuevo. Ahora temía subir dónde estaban trabajando los obreros y encontrarme un nuevo desastre.

Y con diciembre llegó el frío y una nevada muy pronta en el invierno, que acabó de matar los ánimos.

—Tienes mala cara —me dijo la señora Bird cuando entré a la cocina.

Yo no respondí, ni siquiera me molesté en saludar. Cogí una taza y la llené de café hasta arriba y doble de azúcar. Para colmo de males, el día anterior mi padre me había llamado para preguntarme si iría en navidades a casa. Y no me había atrevido a decirle que no tendría forma de salir de aquel lugar.

Me bebí el café caliente de un par de tragos, junto con una pastilla para quitarme el dolor de cabeza y dejé la taza en el fregadero antes de subir al piso de arriba, dónde ya oía el martilleo.

—¿Qué ha pasado hoy? —pregunté a Gerald, que se rio un poco de mi desesperanza.

—Todo marcha en orden, jefa —aseguró—. Las tuberías funcionan y estamos levantando los primeros tabiques de las habitaciones, siguiendo tus medidas.

Asentí un par de veces. La noche anterior me había pasado hasta la madrugada marcando, con ayuda del señor Forks, el yeso del suelo (porque tampoco habían puesto el parqué aún) con tiza, para que supieran dónde tenían que poner los tabiques y que no tuviéramos que volver a tirar una pared recién levantada.

Me di una vuelta, con Gerald detrás, para comprobar que las tuberías de los baños estaban puestas y que todo el mundo estaba colocando los ladrillos dónde eran. El pasillo era perfectamente ancho y todo parecía en

orden.

—Ojalá que con diciembre nos vuelva a cambiar la... —Ni siquiera pude acabar la frase porque una gota de agua helada me cayó justo en la nariz—. ¡¿Qué es eso?! —grité, porque al alzar la vista en busca de la causa me encontré un centenar de manchitas oscuras en el techo, que algún día había sido blanco y ahora estaba amarillento.

—Goteras —explicó Gerald—. Debe ser por la nieve.

—¡No ha nevado tanto! —grité de nuevo, cabreada, frustrada, sin energía—. Ha estado lloviendo todo el otoño y no ha salido una sola mancha.

Según lo decía, un pedazo de techo se desprendió y Gerald me cubrió con sus brazos en un acto reflejo, aunque había caído mucho más allá.

—Vamos, sal de aquí. —Prácticamente me empujó hasta las escaleras, pero bajó conmigo—. Seguramente se ha acumulado y ha acabado cediendo —explicó—. Subiré al tejado, no te preocupes, lo arreglaré. ¿Puedes traer unos cubos?

Asentí, sin ganas de discutir ni nada parecido y fui a buscar a la señora Bird, para ver si podía dárme los. Estaba segura de que no podríamos arreglar esas goteras hasta que el tejado estuviera seco. Ni siquiera entendía como en un día de nieve podía haber pasado eso. ¡Que se había desprendido un trozo de techo!

Entré a la cocina a tiempo de ver a la señora Bird cerrar la puerta de la despensa con brusquedad y girarse hacia mí con cierto nerviosismo culpable. Sin embargo, no estaba para enigmas en ese momento. ¿Estaba comiendo a escondidas? Pues vaya cosa.

—¿Tienes cubos? El techo del piso de arriba se está viniendo abajo.

—Sí, voy, un momento —me dijo, muy rápido, antes de salir hacia el sótano, que se había convertido en el lugar desastre.

Ni siquiera me preguntó, así que la curiosidad me pudo un poco. Di un par de pasos hacia la despensa que, en realidad, era una habitación pequeña anexada a la cocina donde guardaban toda la comida que no caducaba. Oí movimiento al otro lado y una lata caerse y rodar por el suelo.

—Aquí lo tienes, Aysha —me llamó la señora Bird.

Tenía ya la mano en el pomo de la puerta, pero decidí que seguramente no era asunto mío. ¿Quién sabía? Quizá la señora Bird tenía un lío con alguien y los había pillado... En cualquier caso, decidí no entrometerme y

recogí la pila de cubos.

—Gracias.

—¿Puedes hacerme un favor, querida? —me preguntó, cuando cargué todos los cubos en brazos.

—Claro. Dime.

Por un segundo pensé que iba a delatar al que fuera que tenía escondido en el armario, pero sacó un pequeño joyero de uno de los cajones de la cocina de su lado. Menudo sitio más curioso para esconder joyas, la verdad.

—Era de la madre de señor William —explicó—. Lo encontré cuando vaciábamos las habitaciones de arriba. No me he atrevido a dárselo al señor William, pese a que me he dicho un millón de veces que le pertenece y debería tenerlo. ¿Podrías dárselo tú? Contigo siempre es más dulce.

Me lo puso sobre los cubos, sin darme mucha más opción. Aun así, asentí, porque era verdad que él se merecía tenerlo. Yo lo quería si fuera de mi madre.

No estaba segura de si los habitantes de la casa se habían dado cuenta de que entre el señor William y yo se habían «acabado» las cosas, pero nadie había comentado nada, así que yo no había podido charlar de ello con nadie. Ni siquiera me había atrevido a contárselo a Jade o Lorcan antes de que se fueran y como no habían vuelto en el último mes...

Subí de nuevo al piso superior y repartí los cubos por las zonas que vi que se estaba acumulando más agua. Al final, recogí el joyero y lo sequé, porque le había caído una gota, antes de ir a la torre.

No había intentado volver, porque me sentía fatal, pero ambos éramos adultos, ¿no? Debíamos poder hablar como personas civilizadas. Además, me había echado él. Aunque quizá yo le había presionado demasiado y había sido poco comprensiva.

Me lo encontré antes de lo que esperaba y no pude evitar sobresaltarme un tanto. William estaba sentado en el escalón más alto de su torre, con la puerta abierta de su habitación justo detrás. Parecía pensativo, de hecho, tardó en verme. Tenía la barba algo más larga de nuevo y algunos mechones rubios por la cara, pero seguía pareciéndome guapísimo. Incluso así. Y una parte de mí, solo deseaba cuidarle y curarle.

—Hola —saludé con un susurro.

Había clavado la vista en mí un segundo antes de que le saludase, pero pareció sorprendido por mi presencia. Debía creer que me había asustado lo suficiente como para espantarme, pero no era así, solo quería darle espacio para recuperarse a su ritmo. Porque lo haría, tenía que creer en ello. Igual que necesitaba creer que la obra acabaría a tiempo.

—Hola —respondió, con el mismo tono, casi con precaución, como si temiese que fuera a desvanecerme en cualquier momento.

—Quería darte esto, creo que era de tu madre.

Le tendí el joyero, sin delatar a la señora Bird. William siguió la línea de mi brazo y sus ojos azulísimos pararon en el joyero sobre mi mano. Yo no había quitado la vista de él, así que no me costó diferenciar las emociones en su cara. Pareció sorprendido y luego se le aguaron un poco los ojos.

—Lo siento, ¿no debía dártelo? —dudé.

—Sí, gracias —respondió, sin apartar la vista de él, pero no lo cogió.

—Tengo que irme, William —murmuré, agachándome para dejárselo al lado.

—¿Qué pasa? —Apartó la mirada del joyero, para centrarla en mí, parpadeando varias veces.

En realidad, no tenía que irme, es que sentía que me estaba metiendo un medio de un recuerdo infantil, pero la presión a la que llevaba sometida todo el mes, acabó por estallar.

—Todo —repliqué—. Todo pasa, William. No puedes imaginarte la pesadilla que está siendo la obra. Nada va bien. Si no fuera imposible, diría que alguien estropea todo cuando no miro. Se ha roto todo lo posible, se han lesionado cinco obreros, han mandado los muebles al otro lado del país. Oh, y han tirado tres ventanas tratando de ponerlas. Creo que alguien me ha echado un mal de ojo o algo. Y no acabaré la obra a tiempo y tú no quieres hablarme. —Las emociones estallaron al fin, haciéndome sollozar.

Y un mar de lágrimas siguieron al quejido. Me cubrí la cara con las manos, pero no pude hacer mucho más para calmarme. No estaba segura de poder soportar un problema más.

—Tranquila, Aysha —me pidió y de pronto me encontré entre sus brazos,

con la cabeza sobre su pecho duro.

—Tu padre va a despedirme y no tengo forma de devolverle el dinero que me ha dado. Se lo he enviado a mi padre todo —sollocé.

—No te va a despedir y si lo hiciera, no vas a devolverle nada. Yo me encargaré de ello —me consoló.

Sin embargo, dudé que él pudiera hacer mucho desde allí. Aun así, me dejé calmar por él y los sollozos se convirtieron en un pequeño hipido, hasta que logré calmarme del todo. Cuando paré de llorar Will me sujetó de las manos y me llevó al escalón, para volver a sentarse dónde estaba. Cogió el joyero entonces, para que pudiera sentarme a su lado.

—¿Qué más ha pasado? —cuestionó, con tono profesional, pero no soltó el joyero de su madre.

Yo le conté absolutamente todo lo que había pasado durante ese mes, con mucha más calma. Él escuchó atento y asintió un par de veces. Incluso me sonrió cuando le conté alguna solución ingeniosa que se me había ocurrido. Sin embargo, cuando llegué a la parte del agotamiento físico y mental que sentía encima, pareció sinceramente preocupado.

—Y hace un rato, se ha empezado a caer el techo por las goteras. Tú no tienes goteras, ¿no?

—¿Y por qué dices que es imposible que te estén saboteando?
—cuestionó, tras negar un poco.

—¿Quién querría hacerlo? Es absurdo, Will.

—Sí, quizá.

Pese a sus palabras, siguió pensativo. Y yo me lo planteé un momento. ¿Alguien podía estarnos fastidiando aposta? No, la mayoría de esas cosas habían sido casuales, errores o fallos de diferentes personas. Era imposible que nadie estuviera haciendo nada de todo eso, además, ¿qué sacarían de hacerlo?

William no comentó nada más al respecto, pero abrió el pequeño joyerito y una rosa se puso de pie en cuanto lo hizo. Era preciosa, de cristal verde el tallo y rojo la flor. Pero eran colores vivos, brillantes. Empezó a dar vueltas muy despacio al ritmo de una melodía clásica. Lanzando destellos de luces de colores alrededor. Él acarició la flor con un dedo, antes de llevarlo a un lado de esta, dónde enganchado había un anillo de boda.

—Pensé que tus padres nunca se habían casado —murmuré, por no romper la magia de la canción. Al otro lado de la rosa había otro anillo

igual pero más grande y gastado.

—No lo hicieron. No es de mi padre biológico —explicó, pasando el dedo por el otro anillo. Me dirigió una sonrisa triste—. ¿Quieres que te lo cuente, Aysha?

—Claro.

—Con una condición.

—¿Cuál? —cuestioné, curiosa.

—Sube a contarme cualquier otra cosa que salga mal en la obra y no te fíes del todo de nadie. Cualquier cosa sospechosa...

—Está bien —traté de consolarle yo ahora. Estaba segura de que la paranoia era parte de su enfermedad. Nadie allí abajo quería hacerme mal.

—Después de que mi padre nos abandonase, cuando yo era muy pequeño, contrató a más gente para la casa. Uno de ellos, un jardinero, se enamoró de mi madre en cuanto la vio. Él se consideraba insuficiente para mi madre, porque creía que ella tenía el rango de... bueno, tener esta casa. —Me dirigió una pequeña sonrisa, que me contagió enseguida—. El caso es que cada día, dejaba una rosa delante de la puerta de mi madre, sin atreverse nunca a confesar que era él. Mi madre, movida por el misterio, se levantó un día antes del amanecer y se escondió a la espera de su misterioso pretendiente. Él creía que mi madre ni le reconocería, pero mi madre tenía un talento innato para conocer a todos los que estaban a su alrededor. Ella no le dijo que le había descubierto, esperó a que se fuera, y recogió su flor como cada día. Al día siguiente ella se despertó mucho más temprano, para ir a la puerta de él y dejarle una rosa. Al verla y sentirse descubierto, él se armó de valor y confesó todos sus sentimientos.

—¡Qué romántico! —Sonreí cuando paró de hablar, para mirar la rosa que ya había parado de girar.

—Sí, bueno, la realidad es que nunca se atrevieron a casarse de verdad. Mi madre temía que mi padre, el de verdad, se enterase y lo despidiera o nos quitase la casa. Temía que no me mantuviera, así que vivieron su amor en secreto... Un secreto a voces. Creo que a mi padre le daba igual, la verdad. Nunca quiso a mi madre y no lo ocultaba. El caso es que hicieron una ceremonia privada, solo para ellos dos, Lorcan y yo. En el jardín, justo debajo de la ventana de la torre, donde Lorcan te llevó para fastidiarme.

—Lo siento —murmuré, apenada por el juego bajo de su hermano. Yo no había estado de acuerdo y en cuanto había visto que pretendía molestarle me había ido.

—Al final, ese jardinero fue el único padre que conocí. Uno de verdad, que se preocupaba cuando tenía pesadillas, enfermaba o me caía. Quizá él no podía darme lujos, pero estaba ahí. Fuimos una buena familia —dijo, apretando un poco el puño.

Yo sujeté su mano y aflojé la presión enseguida, para rodear mis dedos con suavidad. Tomé aire, porque su contacto parecía hacerme arder la piel y electrizármela. Tuve que concentrarme para poder hablar.

—¿Qué le pasó? Sé que tu madre murió, pero ¿y él?

—No soportó la muerte de mi madre, la amaba demasiado. Ella sufrió un infarto, aunque aún era joven y no nos lo esperábamos. Fue un duro golpe. Solo un año después él se tiró desde la torre oeste.

Me cubrí la boca con la mano libre, horrorizada. ¿Cómo podía haber...? Seguramente no era lo que su amada hubiera querido. Y William tenía que convivir diariamente con esos recuerdos. Viendo el lugar dónde su madre había sido completamente feliz, casándose clandestinamente y el lugar dónde el único padre que merecía tal título para él se había quitado la vida.

—Lo siento tantísimo, Will —gemí, abrazándome a él.

—No llores otra vez, Aysha, no pretendía hacerte eso —se quejó, acariciándome la espalda con suavidad.

—Lo siento, es que esto es demasiado para mí.

—¿Qué tal si te doy un puñado de libros, para que puedas relajarte?
—sugirió.

Me reí un poco, pero aquel era mi talón de Aquiles, así que asentí y me puse de pie. Le seguí al interior de la torre y observé como depositaba con cuidado el joyero sobre un estante. Sacó varios libros y los colocó sobre mis brazos. Luego dudó un poco y se movió casi en círculos.

—¿Qué te pasa? —dudé.

—No quiero verlo, en realidad —explicó.

No entendí de qué hablaba hasta que cogió de nuevo el joyero y lo puso

sobre mi pila de libros. Le miré con las cejas alzadas.

—Quédalo un tiempo —pidió, con un susurro casi tímido.

Yo asentí, antes de darme la vuelta para salir de allí. Tenía que volver al trabajo, a vigilarlo todo, no fuese a venirse abajo la casa entera.

Capítulo 15

14

William consiguió meterme la paranoia. No quería que lo hiciese, pero ya no pude dejar de pensar en ello. ¿Y si alguien nos estaba sabotando? La idea se me metió entre ceja y ceja y veía cosas sospechosas por doquier.

¿Por qué había un obrero sentado en la puerta? Vale, estaba descansando. ¿Y aquel otro con un taladro? De pronto, todo me parecía sospechoso. Entre ello, el incidente con la señora Bird y la persona de la despensa.

¿Qué pasaría si acabábamos la obra y el señor Millerfort vendía la casa? Estaba segura de que el servicio se quedaría sin trabajo. Entonces, ¿quién tenía más interés en que aquella obra no acabase?

Me sentí fatal por desconfiar de la gente que había tratado de ayudarme desde el principio, pero también era verdad que la señora Bird había escondido a alguien en la despensa.

De pronto era como estar en una película de misterio, dónde había aparecido un cadáver y tenía que averiguar quién le había matado... Pero con menos dramatismo. En cualquier caso, mantenerme activa y vigilante me devolvió parte de la energía perdida.

O quizá fue poder volver a la torre con William. No averigüé nada en los siguientes días, pero subí a compartir con él mis ideas. Pareció poco conforme con que señalase al servicio y me aseguró que podía confiar en la señora Bird, pero tuvo que reconocer que yo tenía cierta razón.

—Por esa regla de tres —me respondió él—. Yo también sería sospechoso, soy el primero que no quiero que se venda la casa.

—Lo eres —aseguré divertida—. No descarto que salgas en mitad de la noche para reventar tuberías.

Y después de eso, no habíamos vuelto a hablar en tres días, pero porque volvieron los problemas. El más grave fue que uno de los obreros había picado la pared errónea y abrió una grieta que me hizo plantearme encerrarme en la torre con William.

—¿No ves que es un muro de carga?! —le grité, frustrada.

Me pasé días haciendo y rehaciendo planos para que encajase todo lo que quería poner allí, sin tirar ninguno de los muros de carga y ese iluminado,

no había tenido nada mejor que hacer que tirar la pared.

—Lo siento, señora, es que estaba marcado para tirarlo.

—¿Marcado?

—Aysha, el señor Millerfort te busca —llamó mi atención Gerald.

Me olvidé de la pared, la marca y la grieta, preguntándome a qué señor Millerfort se refería Gerald. Venía de abajo y, además, jamás le había visto interactuando con William. Me pregunté si habría vuelto Lorcan y bajé con una sonrisa a verlo. Sin embargo, el señor Millerfort era el padre, Bill Millerfort. Y se me cortó la risa de golpe y me asusté de verdad. ¿Cómo iba a decirle todo lo que estaba saliendo mal?

—¿Podemos hablar, señorita Hill? —me pidió, poco amable. Supuse que no solían hacerle esperar.

Yo asentí un par de veces, tragando saliva con dificultad, antes de recordar cómo se hablaba.

—Espéreme en la salita de estar —pedí, señalando dicha sala—. Iré a pedirle a la señora Bird algo para beber.

Asintió un poco, así que casi corrí a la cocina. No respiré hasta llegar, pero cuando abrí la puerta de la cocina, la de la despensa se cerró con fuerza, pese a que la señora Bird estaba lavando unos platos.

Miré hacia la despensa y luego hacia la señora Bird que, pese a que parecía estar fregando, realmente tenía el plato a medio metro del agua. Como si estuviera esperando lo que yo iba a hacer.

—¿Necesitas algo, querida? —me preguntó finalmente, cerrando el grifo.

—El señor Millerfort está aquí. ¿Puedes preparar algo para beber? —pedí.

Pero la idea de que tuviera al saboteador escondido, me picó tras la oreja y no pude dejar de pensar en ello. ¿No sería genial si pudiera entregarle al traidor al señor Millerfort? Sin duda eso disculparía un pequeño retraso por mi parte...

—Claro, en seguida os lo llevo —me dijo, con la voz temblorosa. Quizá porque yo había dado dos pasos hacia la despensa.

Abrí la puerta de esta de golpe, sin pensármelo más y me topé con los ojos asustados y enormes de un niño pequeño. No tendría más de siete años y se tapaba la boca como si no quisiera hacer ruido. Miré a la señora

Bird, que se había quedado muy pálida.

—No se lo digas a nadie —suplicó ella.

—¿Quién eres? —pregunté al niño.

—Chad —murmuró, nervioso.

—Es mi hijo —explicó la señora Bird—. Mi hermana lo cuida en el pueblo normalmente, pero está enferma, así que le he traído a pasar unos días. Pero si el señor Millerfort se entera, va a despedirme.

—No os preocupéis. ¿Por qué no le llevas a una de las habitaciones? Tiene que ser un rollo estar en la cocina —me lamenté un poco.

A fin de cuentas, conocía mejor que nadie las condiciones imposibles del señor Millerfort. Y yo no iba a delatar a un niño. Una cosa era al traidor que me sabotaba la obra... Tuve que repetirme que no existía esa persona, pero le recordé a la señora Bird que nos llevase algo a la salita y me fui a enfrentar mi propia sentencia.

El señor Millerfort estaba tecleando algo en su Tablet, pero la apagó y guardó en su maletín en cuanto entré a la sala. Era un sitio no muy grande, con la chimenea de oro y varios sillones rodeando un par de mesas bajas y redondas. Un lugar donde pasar el rato, leer o tomarte algo con los amigos. Lo sería, cuando el hotel estuviera en marcha.

—Este sitio... no parece el mismo lugar que yo dejé —expresó, con una sonrisa amigable.

—No, la verdad. Pero no suba a la planta superior —pedí bromista, tratando de sonar relajada, mientras me sentaba frente a él.

—Sinceramente, señorita Hill, no es una visita de cortesía —replicó él, poniéndose serio. Yo me tensé de nuevo.

La señora Bird entró con unas tazas de té y unas pastas en una bandeja. Se saludó con cortesía con el señor Millerfort y salió tras colocar la bandeja en la mesa baja. Yo no toqué nada, pero el hombre se sirvió un té con toda la calma del mundo.

—Esto es lo que más me gusta de los ingleses —aseguró, como si no acabase de soltarme una bomba un segundo antes.

—¿Usted es americano? —cuestioné, por hablar de algo. La verdad es que a veces me parecía inglés y otras americano.

—Así es, aunque mi madre era inglesa. Mi padre y sus antecesores son todos americanos. De hecho, los primeros Millerfort lucharon por la libertad de América en la guerra de la independencia. Siempre era interesante ver a mi madre y mi padre discutir sobre qué pueblo es mejor.

—¿Y quién ganaba? —curioseé, tratando de relajarme un poco. No iba a despedirme después de hablarme de su familia, ¿no?

—Mi madre, como en toda discusión con un hombre, siempre gana la mujer. —Me dirigió una sonrisa medio bromista, que traté de corresponder aún nerviosa—. Hacía que los ingleses parecieran pobres inocentes asediados por la ira de los desalmados americanos. Hijos rebeldes a los que había que haber dado con el cinturón antes, decía.

—Vaya.

No supe que responder. Quizá a ella también le gustaba educar con el cinturón y por eso el señor Millerfort iba teniendo hijos por el mundo sin control.

—Voy a ser sincero con usted, señorita Hill.

—Claro.

—William me ha llamado.

—Oh.

Me sonrojé entera, porque ya sabía que había incumplido el contrato. ¿Cuánto le había contado Will? ¿Habría cumplido su amenaza y le habría dicho que le molestaba? Sin duda, me había ganado el despido.

—La última vez que me hijo me llamó, fue hace algo más de cinco años. Estaba en una reunión, así que me dejó un mensaje en el contestador que decía: «voy a hacer obras en la casa de mi madre, me da igual lo que tú quieras».

—Siempre ha sido muy hablador, ya veo —traté de bromear, tragando saliva con dificultad de nuevo.

—La semana pasada me llamó y hablamos cerca de una hora.

Parpadeé realmente sorprendida. El señor Millerfort no parecía menos sorprendido que yo.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —cuestioné, preocupada.

—Primero me regañó por haber sido abusivo con su contrato, señorita Hill. Me pidió que se lo revisásemos y que le enviase una copia a él para supervisarlo antes de que usted pudiera firmarlo de nuevo...

—Eso no será necesario —aseguré.

—Lo mismo le dije yo. En cualquier caso, no creo que lo que le preocupase fuera el contrato en sí mismo. Teme que alguien quiera... molestarla.

—¿A mí? —Alcé las cejas, curiosa.

—Sí, dice que alguien parece estar sabotando la obra.

—No es cierto, me quejé de que parecía que nos seguía la mala suerte. Realmente, no creo que nadie trate de hacer nada malo.

Me miró un minuto muy largo, en silencio, antes de beber de su té con calma. Yo no dije nada más, porque ya no estaba segura. Sí, había llegado a pensar que alguien trataba de fastidiarme. Pero también había sospechado de la señora Bird y solo escondía a su hijo... Sin duda, aquello era paranoia.

—Comprenderá, señorita Hill, que si mi hijo me llama después de cinco años... Tengo que tomarme el motivo de su llamada en serio... —Pese a todo, me dirigió una sonrisa calmada.

—Ya me imagino —suspiré, sabiendo que había perdido la batalla. Los Millerfort siempre se saldrían con la suya. ¿Qué había dicho de que las mujeres ganábamos las discusiones?

—El caso, señorita Hill, es que la obra me da igual. No quiero vender la casa. Pensé que, si todo lo que le generaba miedos a mi hijo, que con toda seguridad sea el recuerdo de su accidente en la obra, desapareciese, sería un paso correcto en su recuperación.

—Estoy de acuerdo —asentí.

—Sin embargo, mi hija Jade llevaba razón. Lo único que William necesitaba era una chica. Es decir, no es la obra lo que le ha hecho llamarme.

—No tiene nada que ver conmigo. —Me quité aquello de encima.

—No se menosprecie, señorita Hill. Sin duda, no soy quién para dudar del poder que una mujer puede tener sobre un hombre. Está claro que de alguna forma está ayudando a William y como ya le he dicho, voy a ser

directo: le doblaré lo que va a ganar estos seis meses, si consigue que mi hijo salga de esa torre. No pido mucho, de momento, me vale con que llegue hasta aquí, por ejemplo.

Me tomé un segundo para obviar lo machista que sonaba el hombre, antes de responder.

—No me interesa.

—¿Perdone? Está claro que necesita el dinero. Me temo que la investigué a fondo antes de ofrecerle el trabajo la primera vez.

—Sin duda, el dinero me hace mucha falta, señor Millerfort. —Le dirigí una sonrisa calmada, aunque por dentro estaba temblando de nervios—. Y por supuesto que no me niego a ayudar a William. Lo haré, de todas las formas posibles. Nada me haría más feliz que verle salir de esa torre. Pero no voy a aceptar dinero por ello. No me parecería bien.

—Los principios son lo que hace que la gente no se haga rica —replicó él, pero no pareció querer discutir más el tema—. Y sobre la seguridad en la obra, he contratado a un par de tipos.

—¿A un par de tipos? —dudé, desconfiada.

—Seguridad —insistió.

—No creo que sea buena idea.

—Por suerte, no depende de usted. Es posible que una mujer sea suficiente para sacar a un hombre de su madriguera, pero deje los asuntos de seguridad en expertos.

Tuve que morderme la lengua para no decirle lo que pensaba de su seguridad. Si él y William, iban a quedarse más tranquilos con personal de seguridad, no sería yo quien lo discutiese. En cualquier caso, estaba segura de que no encontrarían nada... Salvo al hijo de la señora Bird. Tenía que buscar una manera de esconderlo en un lugar mejor que la despensa.

—En realidad, sí que me gustaría algo de pago... —pedí con suavidad, sirviéndome un té por no mirarle mientras hablaba.

—Dígame.

—Me gustaría ir a ver unos días a mi padre en navidades.

—No. Eso está fuera de discusión, señorita Hill. Aunque estaría dispuesto a pagar los gastos de su padre para que viniera a celebrar aquí las fiestas.

—No será necesario, señor Millerfort. ¿Deseaba algo más? —Me levanté, alisándome el jersey de punto con ambas manos para que no viera que se me habían aguado los ojos.

—No, señorita Hill, eso es todo.

Había pensado que me lo permitiría por el deseo que tenía de que yo ayudase a William, pero supuse que tampoco era justo y que de cierta forma sería aprovecharme del pobre Will y su mente necesitada de ayuda. Yo quería ayudarle de verdad, no sacar nada a cambio. Si el señor Millerfort no me lo hubiera pedido, lo haría de todos modos.

Fui directa a la cocina, para ver a Chad cerrar la puerta de la despensa con brusquedad. Su madre no andaba por allí, pero no tardó en asomarse, con la cara roja por la carrera y resollando un poco.

—El señor Millerfort va a contratar a personal de seguridad, para asegurarse de que nadie nos sabotea la obra —expliqué, en un susurro rápido—. Será mejor que llevemos a Chad a una habitación. La mía es grande y tengo libros con los que puede entretenerse —sugerí.

—¿Puedo, madre? —preguntó el pequeño niño, asomándose a la puerta muy despacio, con los ojos muy abiertos.

—Supongo... Pero tienes que prometer no hacer ruido, no tocar las pertenencias de la señorita Hill y no liar nada —le aleccionó su madre, señalándole con un dedo.

Supuse que para ellos era difícil estar separados, para mí lo era y eso que yo ya no necesitaba a mi padre como seguro que Chad necesitaba a su madre. Dejé que la señora Bird llevase al niño a mi habitación y yo subí a buscar unos libros más apropiados para su edad.

William me miró sorprendido cuando llamé a su puerta. No debía esperarme aquel día, pero yo me colé bajo su brazo y entré en su preciosa biblioteca. Había recogido un poco aquello y me di cuenta de que realmente esperaba a su padre.

—Está aquí —le dije, mientras paseaba el dedo por los lomos gastados de los libros, en busca de títulos apropiados.

—¿Qué haces? —me preguntó, mientras yo seleccionaba un par de libros.

—Caray, William, ¿no es obvio? —bromeé, sacando otro más—. Tu padre,

está aquí —insistí.

—Lo sé, he visto su coche.

—Dice que tú le has llamado.

—No pretendía que viniese. ¿Qué más te ha dicho?

—Me ha intentado sobornar para que te saque de la habitación.

—¿Intentado? —gruñó, mientras yo sacaba un par de libros más.

—Caray, William —repetí, haciéndole reír—. ¿Crees que me lanzará unas monedas al sombrero y entonces yo vendré, te cargaré sobre mi hombro y te llevaré a la calle? —bromeé.

—Mi padre tiene esa clase de monedas mágicas, aunque diría que a ti te falta músculo para eso —se rio un poco.

—Llevas razón. Lo he rechazado, Will. —Me giré hacia él para dejarle la pila de libros seleccionada sobre los brazos y me subí a la escalerilla para sacar algunos más de las baldas más altas—. Sin embargo, no es porque no piense sacarte de aquí, William, porque cuando esa obra esté acabada, vas a ir a verla con tus propios ojos.

—Lo dudo.

—Con esa actitud está claro —resoplé—. Pero no importa, yo tengo actitud positiva por los dos.

—Estos libros no son de los que sueles leer. ¿Dónde está el romance aquí? —cambió de tema burlón.

—Llevas razón. Este es de los míos. —Apoyé uno más sobre la pila inestable—. Sería un detalle que los bajases a mi habitación, pero no voy a pedirte tanto de momento —bromeé—. Aún me planteo cómo sacarte.

—No tiene gracia, Aysha.

—No, no la tiene. ¿Sabes que tu padre ha puesto seguridad? Me parece de una paranoia innecesaria.

—A mí no.

—Pues bien. Lo que los fuertes hombres Millerfort digan, las mujeres lo acataremos en silencio —me burlé.

Pero ni William ni su padre tenía ni idea de lo poco que pensaba acatar en silencio.

Saqué dos libros más de la estantería, bajé de la escalera de un salto y le hice una reverencia bromista. Él se rio un poco y agitó la cabeza.

—Es un hombre de otra época —aseguró, sin tener que preguntarme—. ¿Te ha molestado mucho?

—Lo justo.

No quise decirle que no me dejaba ir a ver a mi padre, porque sin duda discutiría con él y estresarle era lo último que quería. Recogí la pila de libros con dificultad y me despedí con una sonrisa, antes de salir de allí.

William se quejó de mi rápida visita, pero no hizo nada por detenerme. Mientras bajaba los escalones con cierta dificultad me crucé con el señor Millerfort que subía. Pero me limité a despedirme de él con un gesto de la cabeza.

Sin duda, por mucho que los hombres Millerfort pensasen que dominaban el mundo, yo tenía un par de cosas que enseñarles.

Capítulo 16

15

William

No vi a Aysha en los siguientes tres días y empezaba a desesperarme. Sabía que ella no creía que pudiera pasarle nada malo, pero...

La señora Bird me había asegurado que estaba bien, pero muy ocupada. Estaba seguro de haber dado un susto de muerte a la pobre mujer al abrir la puerta de golpe, cuando oí que subía por las escaleras.

Sin embargo, no logré tranquilizarme. ¿Y si le pasaba algo? No conseguí dormir apenas, y me dolía un punto en la nuca, dónde tenía la cicatriz de mi accidente. El médico dijo que era un milagro que no hubiera muerto y yo no lo dudaba. No quería que Aysha tuviera que pasar por algo así, solo porque alguien no quisiera acabar la obra.

En cierto momento, me pregunté si aquella era su manera de hacerme salir de la habitación, porque sin duda era muy efectiva. Llegué hasta el quinto escalón, aunque allí tuve que darme la vuelta. Y la frustración me hizo golpear la pared de piedra de la torre, hasta desgarrarme los nudillos.

Aysha apareció esa misma noche, después de que la señora Bird se llevó la bandeja con la cena intacta. No tenía hambre, pero me aseguré de pedirle que informase a Aysha de que, si no aparecía, iba a sabotearle la obra personalmente. Y la señorita Hill apareció media hora después.

Llevaba una sonrisa divertida, o eso me pareció, porque no logré verla mucho. Estaba como diez escalones por debajo de mí. Había llamado a la puerta y había vuelto a bajar.

«Tramposa», me dije con un gruñido.

—Buenas noches, señor Millerfort. La señora Bird me ha informado de que no se encontraba de buen humor —se burló de mí, con cierto tono malicioso, aunque sin crueldad—. También dice que no comes mucho, así que me he tomado la libertad de traer un té y una tableta de chocolate. ¿Bajas?

—No —gruñí, cerrando de un portazo.

¡Me había torturado tres días enteros solo por el placer de hacerlo, sabiendo que estaba preocupado! No pensaba ceder a su chantaje, o lo que fuera. Sin embargo, pasados un par de minutos, no subió a la torre, así que volví a abrir la puerta.

Se había sentado de medio lado, aún demasiado lejos de mí, y saboreaba un pedazo de chocolate con los ojos cerrados y cara de placer. Me pregunté si se daría cuenta de lo tentadora que parecía de esa forma. Seguramente, de acortar la distancia, sería para besar sus labios manchados de dulce, no para tomarme un té.

—No puedo bajar hasta ahí, Aysha —me quejé.

—No lo has probado.

—No soy un perro —repliqué—. No puedes darme comida por darte la patita.

—Claro que no. Esto sería más bien como traerme el periódico —bromeó, divertida.

—Me alegro de que disfrutes de todo esto y espero que seas consciente de que para mí es una tortura.

—No lo es, porque ni lo intentas.

—No eres psicóloga.

—Lo sé. Pero los psicólogos no te han ayudado, ¿no? Deja que lo intentemos los aficionados... —Me dirigió una sonrisa amable.

Resoplé y volví a cerrar de un portazo. Sin embargo, quería salir. Quería el chocolate, aunque fuera un premio de amaestramiento. Y quería ser normal para hacer sonreír a Aysha de verdad. Quería poder volver a pasear por mi casa, revisar la obra, cuidar del jardín como mi padrastro me había enseñado a hacer... Quería enseñarle los terrenos a ella. Estaba seguro de que no había descubierto ni la mitad de los secretos que se escondían más allá de los estúpidos muros que se habían convertido en mi cárcel. Y, sobre todo, quería saber si estaba en peligro y protegerla de todo.

Y echaba de menos a mis hermanos, poder salir a visitarlos personalmente. Trabajar en otros lugares. Viajar. Poder hablar con desconocidos. Tener una vida normal.

En definitiva, quería volver a ser William Millerfort y no el extraño de la torre.

Abrí la puerta una vez más, sintiéndome algo tonto. Aysha seguía sentada en el mismo sitio, rodeando su taza de té con las manos, como si necesitase darse calor. Seguramente estaba helada sentada directamente sobre la piedra. Y lo hacía por mí.

—Está bien, Aysha —me rendí—. Ayúdame —supliqué—. Quiero ser libre.

—¿Hasta que escalón puedes llegar, Will? —preguntó, con ternura en su voz.

—El segundo. Llegué hasta el quinto esta mañana, porque quería ir a buscarte, pero tuve que volver corriendo a mi dormitorio.

—Está bien. Si tú bajas uno, yo subo otro. ¿Qué te parece?

Se puso de pie, recogiendo la bandeja con las tazas de té y el chocolate. Yo asentí un poco, pero volví a la torre a por una manta. No quería que enfermase.

Aysha cumplió su palabra y cuando bajé el primer escalón, ella subió uno. Con ella allí, no parecía tan horrible alejarme de la seguridad de mi torre, pero la ansiedad empezó a agobiarme al tercer escalón. Cogí aire y cerré los ojos, porque empezaba a marearme y ver borroso. Tuve que apoyarme en la pared y usé toda mi fuerza de voluntad para no salir corriendo de vuelta a la torre.

Sentí la mano caliente de Aysha sobre mi mejilla y apoyé la mía encima. Su contacto parecía tan diferente a la realidad... Era como un ángel luminoso que espantaba toda la oscuridad de mi alma. Asustaba a los demonios de mi interior con su sola presencia.

—Estoy aquí, Will, no te pasará nada —murmuró.

Me aferré a ella. Aún con una mano sobre la suya, rodeé su cintura con la otra para acercarla a mi cuerpo. Quería sentirla de verdad. Dejé de temblar un tanto en cuanto su calor me invadió. Y no pude evitarlo. Era mi salvavidas, lo había sido desde que se había colado en mi habitación el primer día para gritarme e insultarme. Porque pese a todo, no me había provocado nada de ansiedad, no como el resto de personas del mundo. Y, a su lado, todo parecía luminoso y seguro.

No se quejó, aunque estaba seguro de que la estaba abrazando con más fuerza de la necesaria. Tampoco se apartó cuando busqué sus labios y los profané con los míos impuros. Sin duda, Aysha Hill merecía un templo, no una torre/prisión. Pero era como si la llave de mi salvación estuviera en

ella y quería adorarla hasta que fuera digno de que me abriese la puerta.

El ataque de ansiedad pasó en algún momento, mientras la besaba con tanta rudeza, que cuando la solté, vi que tenía los labios ligeramente hinchados y rojos. Debía haberla pinchado con la barba, pero no se quejó.

—Caray, William —bromeó, con los ojos brillantes—. Si llego a saber que ibas a reaccionar así, te hubiera hecho salir antes.

—Lo siento. Creo que ya me encuentro bien. No quería pagar mi ataque de ansiedad contigo... —Me aparté el pelo de la cara, avergonzado por mi reacción.

—¿Te ha ayudado al menos? —preguntó, ligeramente sonrojada.

—Eso creo. Sigo aquí parado, así que supongo que sí.

Extendí la manta en el cuarto escalón y me senté a su lado. Sabía que le había trampeado uno, dónde ella había dejado la bandeja. Pero no se quejó, al contrario, se sentó a mi lado y recuperó su té, antes de pasarme el chocolate.

—¿Cómo estás? —insistió preocupada.

—Mejor si no lo pienso. ¿Qué tal la obra?

—La mitad de las tablas de parquet para el piso superior han llegado rotas —explicó, mientras yo degustaba un pedazo de chocolate—. Además, uno de los obreros se ha caído de la escalera mientras pintaba el techo. Me da miedo que tu padre quiera pararnos la obra por tanto accidente. En cualquier caso, ya no tenemos goteras, Gerald hizo un buen trabajo.

—Gerald —reliqué burlón, partiendo un trozo de chocolate y tendiéndoselo.

—Sí. Si no fuera por él, no podría con todo eso —reconoció.

Y yo solo pude apartar la mirada. Dolía que tuviera que ser precisamente Gerald el que se encargase de mi obra. Sabía que era bueno, había sido capataz en varios de mis trabajos y por eso le contrataba. Pero no me gustaba la confianza que Aysha tenía con él. Y, sobre todo, no me gustaba que él se encargase de la obra de mi casa. Aquello debía ser cosa mía, pero seguía atrapado.

—¿Qué más ha pasado?

—Nada. Deberías ver los grifos de los baños, son lacados en dorado. Preciosos, con ornamentos variados. Parecerá una habitación de lujo a un precio asequible. Estará lleno siempre. Instalaremos un mostrador junto a la entrada. Quizá tengas que contratar más gente.

—Ya —murmuré.

Dudaba mucho que fuera a poder salir de allí para dirigir nada, pero era bonito pensar que así sería. Seguramente, mi madre hubiera querido aquello. Adoraba la casa.

—Hablé con mi padre. Haremos unos establos en el terreno. Tu padre también está de acuerdo. Ofreceremos multiaventura. Tiro con arco, hípica... Mi padre nos ayudará a montar la parte de los animales, porque él es el experto, la verdad. Además de conseguírnos unos caballos.

—¿Mi padre está de acuerdo en eso?

—Le conté tus planes para el lugar, Will. Dice que, si lo diriges tú, pagará lo que sea.

—Y tú confías en tus habilidades para conseguir que lo dirija... —resoplé, ligeramente burlón.

—No. Confío en ti.

—Me dijo el dinero que te ofreció. ¿Por qué lo rechazaste?

—Porque no lo quiero. Está bien que me paguen por hacer mi trabajo, pero no por ayudarte. Eso no me parece justo.

—¿Por qué no te quedas a dirigir el hotel? —pregunté, en un susurro, pasando un par de dedos por su mejilla.

—No. Yo... Mi padre me necesita. Él no tiene a nadie y el trabajo en la granja es muy duro para una persona sola.

—Está bien.

No insistí, porque podía entender aquello perfectamente por duro que fuese a ser separarme de ella. No quería que se marchase, no quería perderla. Era egoísta por mi parte, pero la sola idea de que volviera a su casa, hacía que mi mundo pareciera más gris de nuevo.

—¿Por qué has tardado tres días en venir? —cuestioné entonces, sin acritud, solo curioso.

—¿Has contado cada segundo, señor Millerfort? —me picó bromista, con una sonrisilla.

—Sí, sin duda. Sé que yo te eché, pero me gusta que me visites, por egoísta que suene.

—No lo hace. Es lógico. No hace falta que te sientas mal por ello, lo entiendo. No he venido antes porque he estado muy ocupada. Uno de los obreros dijo algo... —suspiró un poco, como si no quisiera contármelo.

—¿Qué dijo, Aysha?

—Verás, no quería contártelo para no aumentar tu paranoia, pero dijo que uno de los muros de carga estaba marcado para que lo tirase.

—¿Marcado? —dudé.

—Sí, así que he estado investigando. Al parecer, se comunican así entre ellos. Son demasiado, así que unos colocan marcas y esas cosas. Cuando acaban su parte indican a los demás por dónde seguir.

—¿Así que todo el mundo decide como seguir? —pregunté horrorizado—. Eso es un desastre, no me extraña que todo salga mal. Si hay jefes es por algo.

—No es que lo hagan siempre, pero si uno pone las tuberías, por ejemplo, le indica al siguiente dónde poner el suelo.

—Seguro que necesita unas instrucciones muy concienzudas para eso —me burlé—. Y, ahora, respóndeme al respecto. ¿Por qué no hace eso tu querido Gerald? No poner el suelo, Dios le libre de trabajar. Pero sí que podría decirle a los demás cómo avanzar.

—No seas malo —se quejó con un puchero.

—¿Y has estado tres días para averiguar eso?

—No. Estuve tres días para averiguar quién había puesto la marca en un muro de carga que nos provocó una grieta.

—¿Y quién fue?

—Aquí viene lo mejor. Todos me dijeron que fue uno de los obreros que el día antes, supongo que después de poner la marca, estuvo a punto de cortarse un dedo con una radial. Está de baja. Como tu padre no me deja salir, no pude ir a preguntarle personalmente, mandé a uno de los de «seguridad» impuestos por la cabezonería Millerfort. El hombre no estaba en su casa, ni en el hospital, ni nadie sabía de él. Su familia ni siquiera

sabía que estaba accidentado.

—Menuda desaparición más oportuna.

—Eso pienso yo. Tu padre está intentando dar con él. Está claro que es el culpable.

—¿Eso piensas? —No pude evitar una sonrisa condescendiente—. A mí me parece el perfecto chivo expiatorio.

—Yo no lo creo. —Frunció el ceño—. Estoy segura de que él sabotó la obra, seguramente sin querer. No debía ser muy bueno. Gerald dice que nunca antes había trabajado con él. Tuvo que buscar muchos obreros nuevos, porque tu padre quería más de los que él suele usar.

—¿De verdad piensas eso, Aysha? Sin duda, eres demasiado buena.

—Y tú un desconfiado —replicó, aunque me sonrió—. ¿Puedo preguntarte algo, Will?

—Claro.

Tragué saliva, ligeramente nervioso porque se había puesto seria repentinamente. Dejé la taza de té que ya debía estar helada y me cogió la mano con suavidad. Yo no hice intento de devolverle el apretón, porque la preocupación por su pregunta me encogió el estómago.

—¿De verdad quieres salir de esa torre, William? No por mí, ni por tu padre. ¿Quieres hacerlo por ti?

—Sí, sí que quiero salir, Aysha. Estoy harto de estar en una celda sin barrotes. Quiero volver al mundo real —respondí, sincero, en un susurro.

—¡Genial, mañana te traeré el desayuno!

Se puso de pie, muy animada y me dio un beso en la mejilla antes de recoger la bandeja e irse de allí.

Yo me quedé solo, iluminado solo por la luz encendida que salía de la puerta de mi habitación. Sin embargo, no me moví en un buen rato. Aysha había conseguido en solo un rato que bajase dos escalones más que en los últimos cinco años.

Y no me sentía mal. Al contrario. Era revitalizante estar fuera. Me planteé tratar de seguir, avanzar un poco más... Pero al final me dije que no era buena idea. Al parecer, Aysha sabía lo que hacía, prefería ir a su ritmo, no

fuera a estropear sus avances.

Recogí la manta del suelo y volví a mi habitación pensando en lo que me había contado. Había algo en todo aquello de marcar las cosas... Es decir, no era del todo raro, eran muchos obreros y Gerald no podría estar pendiente de todos, no era raro que se dividieran el trabajo de esa forma. Pero algo no me cuadraba en todo aquello.

-O-O-O-

No dormí. Me pasé toda la noche mirando las estrellas a través de la claraboya del techo, esperando que amaneciese para ver a Aysha. Había dicho que iba a llevarme el desayuno y yo esperaba como un niño la navidad.

Me levanté un rato antes del amanecer y me peiné y afeité. Quería parecer una persona normal, así que hasta me aparté los mechones rubios de la cara. Luego me puse unos vaqueros y una camisa ancha y esperé.

El golpeteo en la puerta llegó al amanecer. Abrí con calma, para que no se notase lo ansioso que estaba por su llegada. Aysha estaba esperando, con una bandeja en las manos, dos escalones más abajo que la noche anterior.

—¿Yo bajo y tú subes? —lo intenté.

—No. Yo voy a quedarme aquí.

—Venga ya, eso son como doce escalones, y yo no paso del cuarto.

—Está bien.

Subió y yo solo pude mirarla con los ojos muy abiertos. ¿Iba a ceder tan fácil? Dejó la bandeja con el desayuno en el cuarto y luego volvió al doceavo. Resoplé un poco. Sabía que me estaba dando la opción de coger la bandeja sin más, pero yo quería...

Bajé hasta el segundo y me incliné para coger la bandeja, lanzándole una mirada de victoria que la hizo reír. Llevé el desayuno dentro y luego volví a salir, no quería que volviéramos a comer congelándonos en la escalera. Ella esperaba con los brazos cruzados.

—¿Crees que llegarás hasta aquí de la misma forma? —se burló divertida.

—Creo que lo justo es que subas.

—¿Justo para quién? ¡Deja de quejarte y baja! Dices llegar hasta el cuarto, pero estás parado en el primero, Will. Nunca sabrás dónde está tu límite si no lo exploras —me regañó.

Tuve que reconocer que llevaba razón en que yo seguía en el primero. Logré bajar hasta el cuarto, pero las manos me sudaban y temblaban cuando apoyé los pies en él. Aysha se descruzó de brazos y me miró con una sonrisa tranquila.

Traté de centrarme en su gesto. Me dije que, si llegaba hasta ella, lograría calmarme. Ya ves, ocho escalones horribles y luego una buena recompensa.

—Si bajas dos, yo subo uno —me ofreció.

—Uno y uno —negocié, alzando la vista borrosa que había vuelto a centrar en los escalones sin querer.

—No, Will. Dos tú, uno yo.

Tomé aire con fuerza, pero obedecí, aferrándome a la barandilla. La vi subir un escalón, pero las escaleras me parecieron inmensas entonces. Era como si estuviera a un millón de escalones de distancia. Tan cerca y tan lejos... Traté de bajar uno más, pero pese a que creí haberme movido, me di cuenta de que estaba clavado en el suelo...

—No puedo... —murmuré.

—Vale, tranquilo, estoy aquí.

Sentí sus brazos rodearme y me aferré a su cintura. La levanté en brazos sin esfuerzo y casi corrí hasta mi habitación, sin soltarla, escondiendo la cabeza en el hueco de su cuello. Ella me envolvió con sus piernas y repartió besos por mi pelo.

—¿Qué haces cuando estás así para calmarte? —preguntó en un susurro.

—Ducharme —expliqué, tratando de respirar con normalidad, pero sin sacar la nariz de su cuello.

—Pues ve —ofreció.

Pero yo no quería soltarla, sin embargo, obedecí, ligeramente ciego aún, con sus piernas aferradas a mis caderas y mis manos rodeando su

estrecha cintura. Entré en la ducha sin molestarme en cerrar la mampara y abrí el agua que nos empapó desde arriba.

—¡Aaah, William! —se quejó Aysha, mientras yo regulaba la temperatura—. ¡Yo no necesitaba una ducha!

No pude evitar reírme un poco, mientras la apoyaba en la pared para atrapar sus labios. Me sentí bien de inmediato, escondido en mi baño, en mi ducha. Allí no había más que un ventanuco, con cristal opaco. Era el lugar más seguro de la torre, y la ducha, el más relajante. Y los brazos de Aysha, el mejor consuelo del mundo.

Pese a su queja por la ducha se aferró a mí y se dejó besar. De hecho, no tardó en responderme con la misma ansia que sentía yo, mientras rozaba mi cuello con sus uñas haciéndome cosquillas.

—¿Mejor? —me preguntó, cuando rompí el beso para poder respirar.

El agua chorreaba por su cara y yo no pude evitar acariciar su labio inferior, empapado y ligeramente hinchado por la fuerza de mis besos.

—¿Te he molestado? —pregunté temeroso.

—No. Si tenemos que darnos diez duchas al día a cambio de que salgas de la torre, lo haremos. Pero la próxima vez vendré preparada —aseguró.

—Me refería con los besos —expliqué—. Siempre te dejo los labios rojos.

—Oh. No. Es agradable —aseguró con una sonrisa divertida.

—¿Tienes que irte?

—Sí.

—¿Volverás?

—Siempre, por mucho que quieras espantarme.

—Gracias.

—Tengo que ir a trabajar —me recordó.

Apagué el agua y di un paso atrás para que pudiera irse. Aunque supuse que no podía dejar que se pasease por ahí empapada, o enfermaría. Yo me quité la camisa chorreando y la tiré a un lado, antes de tenderle una toalla blanca, que cogió sin dejar de agitar la cabeza, entre divertida y

horrorizada.

—Al menos hemos avanzado dos escalones más. ¿Cuántos tendrá la torre?
—dudó.

—Unos cincuenta, si no recuerdo mal.

—Eso son unas veinticinco duchas, si me vas a mojar cada vez que avances dos... Pero piensa en todo el ejercicio que harás —bromeó, haciéndome reír.

—Te dejaré algo de ropa seca —ofrecí, antes de ir a la habitación.

Capítulo 17

16

Aysha

Las siguientes semanas avanzamos paso a paso. Literalmente. William consentía bajar un escalón más, pero enseguida tenía que volver a su torre. Logramos llegar hasta la mitad de la torre y no solo eso, una noche nos sentamos allí, riéndonos, charlando de todo y nada. Me encargué de contarle anécdotas divertidas de la granja. Él solía mirarme, en silencio y sonriendo. Y yo no sabía cómo interpretar aquello.

Tampoco sabía cómo interpretar sus besos o aquel viernes que volvió a llevarme a su ducha, después de bajar tres escalones más de golpe. Estuvimos un buen rato bajo el agua. Will acarició mi cuerpo húmedo sobre la ropa, tocando mis costados, aplastándome contra la pared, sin permitirme moverme. Aunque no hubiera podido hacerlo. Jamás había hecho nada parecido y era increíblemente agradable.

Aquel día Will me dio una de sus camisas enormes y me quité mi ropa empapada para quedarme solo con la suya. Cenamos juntos, sentados en el suelo y luego me pidió que me quedase a ver las estrellas. Me dormí entre sus brazos, sin que importase nada más que nosotros y aquella torre. Él decía que era una cárcel, pero a mí me parecía una liberación de cierta forma. Cuando estaba allí, todos los problemas de la obra, que parecían multiplicarse cada día, desaparecían.

—¿Señorita Aysha? —me llamó uno de los obreros, sacándome de mis ensoñaciones.

No pude evitar sonrojarme, por el camino de mis pensamientos. Pero le dirigí una sonrisa, tratando de parecer casual. Quizá debería centrarme en lo que estaba haciendo en lugar de fantasear con William Millerfort.

—¿En qué puedo ayudarte? —cuestioné, porque él me devolvió la sonrisa sin decir nada.

Dejé de fregar el suelo, arrodillada como estaba, para ponerme de pie y mirarle de frente. Habían puesto el parqué nuevo un par de días antes y estaba asegurándome de que no tenía ningún tipo de mancha, frotando con un trapo con un líquido especial para limpiarlo. La señora Bird se había ofrecido a hacer aquello, pero prefería hacerlo personalmente. Solo

quedaba una semana para navidades y la obra estaba prácticamente acabada. Quedaban los últimos detalles y luego el montaje de los muebles. Yo apenas podía creerme lo bien que íbamos, para lo mal que estaba saliendo todo.

—Me gustaría enseñarte algo que ha pasado —me dijo finalmente el obrero.

—¿Qué ha pasado? —dudé, pero echó a andar, así que le seguí.

Bajé las escaleras con él. En el vestíbulo aún faltaban algunos detalles para embellecerlo. Si era la primera impresión que la gente que fuese al hotel se iba a encontrar, quería hacerlo más bonito. Además de cambiar las barandillas de la escalera. Sin embargo, el obrero no quería enseñarme nada de allí, porque salió a la calle.

Era un poco tarde y estaba anocheciendo. La mayoría de los empleados ya debían haberse ido a casa. Tampoco vi a Gerald por allí, que solía ser el encargado de darme las malas noticias.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistí.

—Prefiero que lo vea, señorita Aysha.

Yo solo pude poner los ojos en blanco, mientras me abrazaba a mí misma, porque allí fuera hacía frío. Rodeamos la casa y me llevó al jardín. Allí aún faltaban algunos arreglos y teníamos que montar detrás el establo y todo lo demás. Quizá dos meses era poco, pero supuse que Bill Millerfort no iba a echarme ahora que había conseguido que William llegase hasta la mitad de la torre.

—Dime qué tengo que ver, o me vuelvo dentro —ordené, cansada de tanto secretismo.

Dos obreros más salieron de entre las sombras del jardín. No me gustó aquello, porque el que me había llevado hasta allí también se giró hacia mí y me miró con una sonrisa muy oscura que no supe interpretar. De hecho, no quise hacerlo. Ni siquiera conocía muy bien a esos hombres, habían entrado cosa de una semana antes, porque con todos los lesionados nos habíamos quedado escasos de personal.

Me di la vuelta para largarme de allí, quería volver a la seguridad de la casa, pero al girarme casi me choqué con un cuarto obrero, el más grande de todos, que me estaba cortando el paso.

Los tipos que el señor Millerfort había contratado para vigilarme debían estar cenando en la cocina. Yo los había mandado a ello, prometiéndoles que no pararía de fregar en toda la noche para que me dejaran en paz,

porque me agobiaban un poco. En ese momento, me arrepentí mucho. La casa era tan grande que estaba segura de que ni gritando me oirían.

—¿Qué queréis? —pregunté, girándome de nuevo hacia el que me había llevado hasta allí.

—Venga Aysha, a nosotros no nos engañas. Llevas toda la semana provocando... —me dijo, quitándose el cinturón.

—¿De qué hablas? —pregunté, dando otro paso atrás.

Mi espalda chocó contra el grandullón, que me «abrazó», inmovilizándome con una fuerza que pensé que me rompería los huesos. Me atrapó mis propios brazos contra mis costados y no pude hacer nada para soltarme de él.

—Tanta sonrisita... —El tipo se acercó a mí y me pasó un dedo por la mejilla. Yo aparté la cara como pude, asqueada—. Tanto tonto... Vas pidiendo a gritos que te follen, Aysha.

—Soltadme y solo haré que os despidan —prometí, pero temblaba tanto que apenas sonó como una amenaza.

Su amigo me soltó la cintura un momento, para agarrarme ambos brazos a la espalda, inmovilizándome de una forma muy dolorosa y con una fuerza férrea.

—Claro, te soltaremos... Después.

Pasó un dedo sucio por mi blusa y me arrancó un botón tras otro. Yo traté de patearle, pero se pegó tanto a mí que no conseguí hacer ninguna fuerza.

—Dejadme... —insistí, con lágrimas chorreándome por la cara.

—Eres preciosa y sé que te encanta esto, Aysha. ¿Por qué si no ibas a estar calentándonos las pollas a todos los de ahí dentro? —se burló él, tirando de mi blusa para exponer el sujetador—. Te aseguro que todo el que trabaja en esa casa ha pensado en follarte alguna vez. Solo que nosotros tenemos más huevos que ellos. Eres una zorra, pero te daremos lo que vas suplicando.

—¡Yo no provocho a nadie! —le grité.

Alcé la rodilla para golpearle y acerté en su muslo. Estaba segura de que no le había hecho daño, pero aun así alzó la mano y me dio una bofetada en la mejilla. El ruido resonó en el silencio de la noche y me ardió la cara

y se me escapó un sollozo.

Supe que nadie podría ayudarme entonces. No tenía que haber salido con un hombre que apenas conocía. No tenía que haberme librado de la seguridad. No tendría que estar allí... Sin embargo, ya no podía cambiar nada y mientras me desabrochaba el botón de los vaqueros, me di cuenta de que nadie me encontraría...

Nadie iba a salvarme.

Y la certeza me dio fuerzas, salidas de alguna parte que no supe. Alcé la pierna como pude de nuevo y le atiné en la entrepierna. Él gimió y retrocedió un par de pasos. Sin embargo, no sirvió de nada. Mientras él se recomponía, los otros dos se acercaron a mí. Uno de ellos apoyó una navaja helada contra mi cuello, con una clara amenaza que no necesitó poner en palabras. El otro me tocó por todas partes.

Yo cerré los ojos y supliqué en silencio por ayuda.

Entonces me di cuenta dónde estábamos. En el jardín, debajo de la ventana de Will. Mi primera idea al respecto, fue una súplica silenciosa porque él no viera aquello. No quería que sufriera más ni que su hogar se convirtiera en un lugar más insoportable para él... Luego me di cuenta de que, si él me veía, podía pedir ayuda...

Abrí los ojos para alzar la vista al balcón de la torre, que estaba vacío. Sin embargo, la puerta estaba abierta. ¿Era posible que no hubiera oído nada aún?

—¡Socorro! —grité, preguntándome por qué no había intentado gritar antes.

—¡Cállate!

Al que había dado el rodillazo, que estaba delante de mí con sus otros dos amigos de nuevo, alzó la mano para darme otro golpe. Sin embargo, no llegó a mi cara. Alguien al que no pude ver, porque los cuatro tíos me rodeaban demasiado cerca de mí, sujetó su muñeca. Le dobló el brazo hacia atrás, que chasqueó al partirse, como si fuera una rama.

El grande me soltó, empujándome a un lado, para pegar al recién llegado. Yo me caí de culo, con la espalda contra la pared de la torre. Y le vi.

Era William Millerfort.

Me parecía tan imposible que no lo creí. Debía estar muerta o inconsciente. Esquivó un puñetazo del tío enorme y golpeó al segundo en

la nariz, tirándole al suelo.

Era Will.

Sin camiseta, con unos pantalones anchos de chándal. Debía haber estado haciendo ejercicio, pero estaba allí fuera, en el jardín. O quizá yo estaba alucinando.

Parpadeé un par de veces, por si mi vista me estaba engañando. Pero era William. Esquivó otro golpe del grandullón y golpeó al tercer hombre, al que tenía la navaja. Le dio con la rodilla en el estómago y el otro se dobló por la mitad. Luego se giró hacia el grande, como si le hubiera dejado a propósito para el final.

En realidad, al lado de Will el otro no parecía tan grande. Eran igual de altos y William estaba en forma, no como el matón que solo estaba gordo. Sin embargo, temí por Will. Llevaba cinco años en una torre, por mucho ejercicio que hiciera no debía estar acostumbrado a pelear.

Aunque me equivocaba. Paró un puñetazo con su brazo izquierdo y devolvió el golpe con el derecho. El otro ni se tambaleó, pero Will no paró. Consiguió encadenar un par de puñetazos seguidos, antes de llevarse uno en la cara. Dio un paso atrás, pero mantuvo el equilibrio y consiguió cubrirse para evitar dos golpes más.

Y entonces, un tirón de pelo me devolvió brevemente a la realidad. Grité sin pretenderlo, por la sorpresa, justo cuando volvía a notar el tacto frío del metal contra mi garganta. El de la navaja se había repuesto y me obligó a levantarme del suelo, tirándome del pelo con una mano para inclinar mi cabeza hacia atrás y con el arma apoyado en mi garganta de forma amenazadora.

—Deja a mi hermano —ordenó a Will—. Nos vamos a ir de aquí y no te vas a poner en medio. La dejaré irse cuando estemos fuera de la casa.

—No voy a dejar que te la lleves.

—¡Se suponía que tú no tenías que salir de esa puta torre! —le gritó el que me sujetaba, fuera de sí.

Will paseó su mirada azul entre él y yo. Se detuvo brevemente en mi cuello y me pareció que estaba calculando las posibilidades de que aquello saliera bien. Yo solo pude mirarle aterrada.

Y, entonces, se movió muy rápido. El grandote estaba distraído también mirando a su hermano, quizá creyéndose ganador. Will le dio una patada en la parte de atrás de la rodilla, haciendo que cayese sobre ella y sujetó su cuello con un brazo y su barbilla con la mano, en la dirección contraria.

—Si no la sueltas, le partiré el cuello —le amenazó.

—Creo que estamos en tablas —aseguró el de la navaja.

—No tengo interés en matarlo. Déjala en paz —insistió, mirándome de nuevo—. Mis hombres llegarán enseguida, no tienes tiempo para pensártelo. Puedes irte de aquí solo o con tu hermano, pero no con la chica.

—Está bien, suéltalo.

Desenredó la mano de mi pelo y me empujó a un lado. Pensé que estaba a salvo, pero entonces vi al tipo lanzarse sobre Will y no pude evitar gritar de nuevo. Ambos rodaron por el suelo. Vi la navaja brillar un momento entre sus cuerpos, pero no lograba ver quién ganaba.

Los dos se quedaron quietos entonces, con las manos entre sus cuerpos. El tipo de la navaja estaba sobre Will y me llevé las manos a la boca, temiéndome lo peor. Sin embargo, salió un segundo después, empapado de sangre que no debía ser suya.

—Ya era hora —le dijo a alguien a mi espalda, antes de acercarse a mí.

Estaba temblando tanto que apenas pude mirar hacia atrás para ver a los de seguridad correr hacia nosotros. Los cuatro atacantes estaban en el suelo, el único que se movía era el de la navaja, que se retorció, tratando de sacarse el metal del costado. Y no quise saber si el resto estaban vivos.

Will me levantó entre sus brazos y yo escondí la cabeza en su pecho manchado de sangre y sudoroso. No me importaba, solo quería volver a sentirme a salvo. Le comentó a uno de los de seguridad que me había atacado y le ordenó llamar a la policía. Luego entró en la casa.

—¿Dónde duermes? —me preguntó.

—Llévame a tu torre, contigo —pedí, en un susurro.

Capítulo 18

17

No conseguí dejar de temblar ni siquiera cuando llegamos a la torre y Will cerró la puerta tras nosotros. De hecho, tardé unos segundos en darme cuenta de que seguía llorando, no podía pensar con coherencia siquiera.

Will trató de soltarme, pero yo me había abrazado a su cuello y no hice intento de separarme. Así que decidió hacer lo que él hacía siempre cuando tenía un ataque de pánico, aunque no lo comprendí hasta después, cuando sentí el agua helada empaparme.

Me quejé un poco, pero me sentí algo mejor, mientras él regulaba la temperatura para que saliese templada. Me movió para que apoyase los pies en el suelo y yo no pude evitar un puchero. Me quitó entonces los restos de la blusa y yo me aparté un poco con un gemido lastimero, aunque no pude ir muy lejos porque me choqué contra la pared.

—No —le pedí en un susurro.

—Solo voy a comprobar que estás bien, Aysha, no te haré nada —prometió.

Y me fiaba de él. Sus ojos azules brillaban muchísimo más que las bombillas de la habitación. A fin de cuentas, me había salvado la vida, no tendría sentido que ahora tratase de hacerme daño.

Dejé que acabase de sacarme la blusa y que pasase los dedos por mis brazos y mi estómago. Luego me ayudó a darme la vuelta y me acarició la espalda también y me masajeó un poco los músculos tensos. Yo lloré un buen rato mientras él me calmaba.

—Ya estás a salvo —susurró a mi oído—. No dejaré que te pase nada jamás, Aysha, no temas. Estoy aquí.

—Has salido —murmuré, girándome de nuevo hacia él.

Me sujetó la barbilla con suavidad y pensé que iba a besarme. Sin embargo, observó mi mejilla y me la acarició con un par de dedos. Me dolió un poco, pero no demasiado.

—Te saldrá un moratón.

—A ti también.

Pasé mis propios dedos por su pómulo que ya estaba amoratándose y por su mandíbula que parecía algo hinchada.

—Lo soportaré, la verdad es que siento bien —bromeó, con una sonrisa.

Fue mi turno de acariciar su pecho para comprobar que estaba bien y cuando pasé los dedos por su costado me di cuenta de que tenía un arañazo bastante largo. No era profundo, pero le llegaba desde el pectoral hasta la cintura.

—Estás herido. —Le miré horrorizada. Debía haber sido en el forcejeo con el de la navaja—. Y aun así has cargado conmigo, insensato...

—Soy un loco —bromeó, antes de darme un beso en la nariz—. No es grave, no te preocupes.

Salió de la ducha y se quitó el pantalón empapado de espaldas a mí, para quedarse en ropa interior. Fue a la habitación entonces. Yo me quedé allí, esperando a que el temblor de mi cuerpo parase. William volvió un par de minutos después y me dejó algo de ropa seca y una toalla.

—Cámbiate, Aysha —me pidió, antes de volver a la habitación.

Yo me quedé allí un par de minutos más, pero luego me quité la ropa empapada, apagué el agua y me sequé bien, antes de meterme en la ropa enorme de Will. Me había dejado un chándal que por suerte tenía cuerda para ajustar, pero que aun así me venía muy grande y una sudadera negra. Me sequé el pelo como pude con la toalla y salí con él.

Estaba hablando con alguien en la puerta de la torre y me quedé parada, nerviosa de nuevo. No tardé en reconocer la voz de la señora Bird, aunque no entendí muy bien de qué hablaban.

Cerró de nuevo unos segundos después y se giró hacia mí. Seguía sin camiseta, aunque también se había puesto pantalones y llevaba una toalla apretada en el costado.

—¿Qué haces ahí plantada? —preguntó con falso tono serio.

Me estremecí un poco sin pretenderlo y me encogí de hombros, antes de acercarme a él.

—¿Tienes un botiquín? Deberíamos curarte esa herida.

—Está en el baño, tras el espejo.

Volví a por él. No era muy grande, era más una caja que un botiquín, pero supuse que tendría que valer, porque no quería salir de allí esa noche. Quizá al día siguiente, con el sol, consiguiera verlo de otra manera...

—Quizá tenga que quedarme aquí a vivir también —murmuré, tratando de sonar bromista, aunque no debió salirme del todo bien—. Es posible que tú estés curado y puedas irte a ver mundo...

—No estoy curado, Aysha. Yo... necesitaba protegerte. No pensé en nada. Pero eso no lo cambia todo de golpe —explicó.

Me senté sobre las mantas y él lo hizo a mi lado, mientras abría el botiquín. Le desinfecté la herida y él se dejó hacer, con un quejido.

—Gruñón... —le regañé—. Quizá necesites un médico.

—Tonterías. He tenido heridas peores.

—Creí que nos matarían —murmuré y se me quebró la voz.

—Eran unos mierdas. No eran rivales para mí —se vanaglorió, haciendo que le apretase un poco más la gasa con alcohol de lo que pretendía—. Tú, sin embargo, acabarás conmigo, mujer —bromeó.

Soplé un poco para calmarle y al mirarle de nuevo, vi la risa en sus ojos y sus labios ligeramente curvados hacia arriba, así que decidí parar de soplar y seguir desinfectando y limpiando la sangre seca.

—Ha sido impresionante, Will —le felicité.

—¿Nunca te he dicho que boxeaba en la universidad? —cuestionó, ligeramente divertido.

—¿Boxeabas? —pregunté boquiabierto.

—Sí, había que hacer algo para matar el tiempo y desestresarme de exámenes... —Se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo.

—El arquitecto boxeador. —Puse gesto pensativo, aunque se me escapó una sonrisa muy pequeña—. Debías ligar mucho.

—Muchísimo —reconoció como si nada—. Por desgracia, no coincidí contigo en la carrera —bromeó.

—No te habría gustado. Yo siempre tenía la nariz metida en algún libro, no tenía tiempo para boxeadores. Además, trabajaba en dos sitios mientras estudiaba. Para mi desestresarme era servir cervezas.

—Si me hubieras servido las cervezas, me habrías encantado —aseguró, fingiendo seriedad.

Me reí, agitando la cabeza, pero me concentré en mi tarea de taparle la herida con unas gasas y pegarlas con esparadrapo, para evitar que se le ensuciasse o rozase con nada. Will se observó un poco cuando acabé y luego alzó la vista hacia mí. Consiguió que se me acelerase el corazón. Alguien llamó a la puerta cuando me estaba inclinando hacia él y volví a tensarme.

—Será la cena —me dijo, apretándome la mano un segundo antes de levantarse para abrir.

Era la señora Bird, efectivamente, cargada con una bandeja que le pasó a Will. Yo no miré a la mujer demasiado, seguramente a esas horas todos en la casa supieran lo que me había pasado, y yo no quería enfrentarme a su compasión en aquel momento.

No vi lo que tenía la bandeja hasta que Will la dejó delante de nosotros, antes de sentarse a mi lado. Aparte de un par de tazas de té humeante hasta arriba, el resto eran chucherías, chocolate y pastas. Nada que pudiera considerarse una cena.

—Es el menú estándar para pasar la noche aquí —aseguró, divertido.

—Querías una excusa para comer guarrerías, ¿verdad? —me reí, cogiendo la taza de té para que me diese calor.

—Sí. ¿Qué te parece? Me moría por una tableta de chocolate. El resto es tuyo.

—¿Qué pasará ahora? —pregunté, tras coger una bolsita de cereales con miel.

—¿Ahora mismo? Vamos a ponernos a tope de azúcar.

—¿Y mañana? —pregunté.

—Nada. ¿Qué quieres que pase?

—¿Saldrás?

—No lo sé. ¿Y tú?

—No lo sé.

—Empate —se rio, quitándome una bolita de cereal para comérsela.

—¡Oye! —me quejé, antes de sujetarle la mano para dar un bocado a su tableta de chocolate.

—No volverás a ver a esos tipos, te lo prometo y me aseguraré personalmente de que esos inútiles de seguridad no vuelvan a dejarte sola ni aunque tú se lo supliques... —me regañó, porque tuve claro que sabía que yo los había despachado—. No volverá a pasarte nada.

—No me ha pasado nada —le corregí—. Gracias a ti.

—Olvídalo. Es mi casa, es mi deber. —Me dirigió una sonrisa muy pequeña y yo solo pude beber del té—. Mañana te sentirás mejor, ya lo verás.

Acabamos de «cenar» en silencio y William sacó la bandeja fuera cuando lo hicimos y apagó la luz de la torre. Luego se tumbó sobre la montaña de mantas y tiró de mi mano para que me apoyase en su hombro del lado sano. Nos arropó y paseó sus dedos por mi mejilla, con suavidad.

Me sentía tan a gusto a su lado que apenas parecía real lo que casi me había pasado allí abajo. Sin embargo, temía lo que pudiera pasar al día siguiente. ¿Y si me llenaba de miedos como él? No quería quedarme encerrada en ningún lado, ni temer a nadie...

—Dijeron que los provoqué —le confesé en un susurro, avergonzada por si era verdad.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—Esos tipos, dicen que los provoqué, que tonteaba con ellos... Pero yo...

—Lo sé, Aysha. Eres demasiado cercana y algunos hombres pueden malinterpretar eso. Pero no es tu problema, es el suyo.

—Es mío si me atacan —murmuré.

—Lo siento —susurró, besándome la frente—. No volverán a hacerte daño.

—¿Crees que de verdad me lo merecía...?

—¡Claro que no! —Elevó un poco el tono—. Nadie se merece que le ataquen, Aysha y menos por ser agradable, es absurdo. Esos tipos

estaban locos. No sigas pensando en ello.

—Está bien —murmuré.

Pero no pude dejarlo pasar mucho rato. ¿Y si ya no soportaba que nadie me tocara? Alcé la cabeza lo justo y junté mis labios con los de William, con algo más de brusquedad de la que pretendía.

Si le sorprendió mi ataque, no lo dijo. Bajó el brazo hasta mi cadera y me abrazó mejor, profundizando el beso. Sentí muchas cosas en ese momento: calor, alegría, necesidad... Pero no miedo y me separé de él con un suspiro de alivio.

—¿Eso significa que no quieres dormir? —dudó él, bromista.

—Caray, William, me muero de sueño —me reí, bastante más relajada, acurrucándome de nuevo en su hombro.

—Creo que la gente menosprecia el poder de los besos... —murmuró, antes de darme otro en el pelo.

Yo sonreí, pero no pude evitar quedarme dormida casi en el acto, acunada por los brazos y el calor de Will.

Capítulo 19

18

Me desperté al amanecer, pese a que la claraboya del techo se oscurecía cuando le daba el sol para que los rayos de este no entrasen directamente y no estropease los libros ni los decolorase. Así que entraba claridad, pero no el calor y los destellos. Sin embargo, estaba sudando. Y tardé unos segundos en despertarme lo suficiente como para entender el motivo.

William tenía un brazo sobre mí y me pegaba a su cuerpo, mucho. El calor que me había despertado era el que emitía su cuerpo, que parecía un calefactor. Me pregunté cómo era posible que siempre estuviera tan caliente y luego no pude evitar sonrojarme yo sola por aquel pensamiento inocente.

Me moví en un intento de coger algo de aire frío, pero solo conseguí despertar a William, que primero me apretó más contra él, como si estuviera sorprendido por mi intento de «huida» y luego abrió sus ojos azules.

Tenía los rasgos muy relajados por el sueño y, de hecho, me pareció que no podía abrir los ojos del todo, más dormido que despierto. En cualquier caso, era guapísimo siempre, pero en aquel momento, parecía no tener preocupaciones y me pareció aún más atractivo.

—Buenos días —saludó finalmente.

—No —me quejé, enterrando la cabeza en su pecho—. Quiero quedarme.

—No te he dicho lo contrario —se rio un poco—. Pero pensaba que podíamos intentar bajar a desayunar juntos... a la cocina.

—¿No es pronto?

—Sí, podemos dormir un par de horas más.

—¡No me refiero a eso!

Alcé la cabeza para mirarle y por su media sonrisa oculta ligeramente por la barba supe que me había entendido perfectamente.

—He dicho intentar —recalcó—. Me gustaría ver mejor lo que le estás

haciendo a mi pobre casa.

—Está bien, intentar, dentro de un rato.

Volví a acurrucarme contra él. En realidad, no tenía ninguna gana de salir de allí. William enterró la mano que tenía bajo mi cuerpo en mi pelo y me acarició con cariño la cabeza, relajándome aún más, si es que era posible.

—Cuéntame algo —me pidió.

—¿Estás nervioso? —dudé.

Me lo planteé en ese momento, pero debía pasarlo mal por la sola idea de tener que salir de allí.

—Sí. Así que háblame para que no lo piense.

—¿Qué quieres que te cuente? —pregunté, algo nerviosa por tener que hablar de mí.

—Lo que sea. Anoche dijiste que tenías dos trabajos... ¿cuáles eran?

—Sigo teniéndolos en realidad. Ya sabes que mi padre tiene una granja. Suelo levantarme al amanecer para ayudarle con todo lo que hace falta allí. Generalmente limpiar los establos y eso, recoger los huevos, ordeñar vacas... Y también trabajo en un bar por las tardes.

—¿Por qué sigues trabajando en un bar? —Sonó tan extrañado que no pude evitar reírme.

—Acabé la carrera, pero no podía permitirme buscar trabajo de lo mío y seguir con mi padre. Él no puede llevar la granja solo. Ni me imagino como estará haciéndolo todo sin mí.

—¿Y volverás al bar y con tu padre y dejarás la arquitectura? —cuestionó confuso.

—Supongo. No me lo he planteado mucho. Ni siquiera sé muy bien por qué tu hermana me eligió a mí. No sé ni cómo me encontró —reconocí—. El caso es que acepté solo por el dinero. Era mucho. Podré volver a mi vida normal después —expliqué—. Con todas las deudas que tenía saldadas.

—¿Cómo es tu padre? —cambió de tema.

—Muy bueno, cariñoso, mayor, sabio. Siempre está inventando cosas para que la vida en la granja sea más fácil. Sistemas de limpieza o de regadío... Me necesita, creo que sin mi madre la mitad de los días estaba tan

concentrado en sus cosas, que olvidaba comer incluso.

—¿Cómo era ella? —preguntó en un susurro.

—Dulce, sonriente, siempre preocupada por los demás.

—Como tú —resumió.

—Ojalá, me sentiría muy orgullosa de parecerme a ella. Cuando era pequeña no tenían mucho dinero para hacerme regalos, así que mi madre me fabricaba juguetes con madera. Creo que el sótano de la granja está lleno de casitas de madera que me hacía. Eran verdaderas obras de arte, así que cuando acabábamos de fabricarla, no me atrevía a usarla. La guardábamos y empezábamos otra. Creo que por eso me hice arquitecta. Pensé que podría hacer aquellas casas para que la gente fuera tan feliz viviendo allí como yo haciéndolas con mi madre.

—¿Y qué opina tu padre sobre que quieras quedarte en la granja en lugar de hacer esas casas?

—Mi padre no opina sobre lo que hago. En cualquier caso, no será fácil para mí conseguir trabajo. Hace tiempo que acabé la carrera y nunca he trabajado de ello.

—Estás construyendo una casa para los Millerfort, Aysha, podrás trabajar dónde quieras, te lo aseguro.

Se levantó sin darme tiempo a responder y cogió una camisa del mueble para ponérsela. Yo no pude evitar un puchero.

—¿Te vas? —cuestioné, poco dispuesta a moverme.

—Me muero de hambre —confesó, tendiéndome una mano.

Dejé que me ayudase a levantarme y me alisé el pantalón con manos ligeramente temblorosas.

—¿Te importa que te lo devuelva luego? —pregunté, señalando la ropa que me quedaba demasiado grande.

—Tranquila, todo tuyo. ¿Vamos?

Cogió mucho aire y me tendió una mano de nuevo, haciendo apretar un poco los labios. Luego no pude evitar una carcajada, que le hizo mirarme con una ceja alzada.

—¿De qué te ríes?

—Nada, me preguntaba quién estaría más nervioso y me ha hecho gracia. Lo siento.

—No te disculpes por reírte, Aysha, jamás. Además, yo estoy tranquilo si tú lo estás.

Me dirigió una sonrisa despreocupada, que no me convenció del todo, pero cogí aire, me puse las deportivas y salí con él de allí. Bajamos la escalera de la mano, dándonos ánimos mutuamente. Y agradecí que fuera sábado y que no fuésemos a encontrarnos obreros por allí.

Will me apretó la mano con algo más de fuerza cuando llegamos al último escalón dónde habíamos llegado el último día y cuando me giré para comprobar si estaba bien, me di cuenta de que estaba pálido y ligeramente tembloroso.

—Puedo ir yo a buscar el desayuno, quédate aquí —ofrecí.

—No. Vamos a ir juntos a la cocina —me dijo, con los dientes algo apretados.

Yo asentí, no quería discutirlo. Quizá era demasiado apresurado obligarse a salir así, pero de cierta forma entendía su necesidad de curarse, aunque fuera a la fuerza. Llegamos juntos al piso superior de la casa, fuera de la torre, y no pude evitar dirigirle una sonrisa orgullosa.

—Creo que necesito fuerzas —me dijo cuando le miré y tiró de mi mano para besarme.

Ni siquiera me había planteado qué significaba aquello. ¿En qué nos convertía dormir juntos y no dejar de besarnos? Pero, en aquel momento, no estaba para decidir nada. Solo pude rodearle con los brazos y responder a su beso. Aquello era genial, ¿qué más daba lo que significase? En cualquier caso, había una barrera enorme entre nosotros y era muro de carga de nuestras vidas: que él pudiera salir de la torre no garantizaba que pudiera salir de la casa y yo no podría irme de la granja. Así que no habría manera de llevar aquello a «otro nivel».

—Creo que podemos seguir —aseguró, apoyando su frente en la mía—. Porque me muero de hambre y no quiero comerte —bromeó finalmente.

—Sí, claro, sigamos —respondí, aún atontada por el beso.

Will volvió a cogerme de la mano y entramos en el pasillo del segundo

piso. Miró a su alrededor sorprendido, abriendo los ojos mucho.

—Vaya, Aysha, esto está quedando genial.

Incluso se asomó a algunas habitaciones, sin soltarme la mano. Yo solo pude darle las gracias, sonrojarme y reírme un poco por su emoción. Casi parecía haberse olvidado de sus problemas. En cualquier caso, no le había dado un ataque de ansiedad, así que íbamos bien.

—¿Quieres ver tu habitación? —le pregunté, divertida.

—¿Mi habitación? —dudó.

—Claro, no vas a vivir en esa torre, así que te he hecho una habitación especial.

—Tengo miedo —aseguró bromista, pero yo tiré de su mano para llevarle allí.

—Imagínatela con muebles, ¿vale? —pedí, luego me paré en la puerta cerrada—. Quizá debería esperar a tener muebles para enseñártela.

—Tengo mucha imaginación —aseguró, antes de rodearme la cintura para quitarme de la puerta y poder entrar.

—¡Que no! —me reí, encantada con el jueguito del «tira y afloja».

Sujeté el pomo para que no pudiera abrir la puerta y le di un mordisquito en el cuello, porque no alcanzaba a más.

—¡Pero que quiero verla! —se partió de risa también.

Me cargó sobre su hombro, como si yo no pesara nada y solo pude soltar una carcajada. Luego recordé su costado herido, pero no me dio tiempo a advertirle antes de que se colase en la habitación.

—¡Joder! —murmuró alto. Y fue como un piropo, porque él no solía perder las formas.

—Bájame, señor Millerfort, que estás herido —le regañé.

—Estoy bien, señorita Hill —aseguró, pero me dejó en el suelo.

Recorrió la habitación como hipnotizado y yo me sonrojé un poco. ¿Era demasiado? Lo mejor del sitio era el balcón que daba directamente al jardín de su madre. El resto era normal, más grande que las demás habitaciones, con un armario vestidor y un baño privado con una bañera-ducha en la que cabían cómodamente dos personas. No pude evitar

sonrojarme de nuevo al pensarlo, porque a William le encantaba meterme en la ducha, al parecer.

—Me encanta —aseguró, cuando acabó de cotillear lo poco que había que ver—. Muchas gracias, Aysha.

—De nada, Will.

—Pero sigo teniendo hambre. ¿Me llevas a mi cocina o tengo que cargar contigo? —bromeó.

—Te acompañaré encantada —asegué, tendiéndole una mano.

Bajamos juntos las escaleras, en silencio al principio, pero William acabó con él.

—Me mudaría hoy mismo si estuviera acabada, Aysha. Estoy harto de esa torre y lo que has hecho aquí... Apenas parece el mismo lugar y, a la vez, conserva su esencia.

—Me alegro de que te guste. —Le dirigí una sonrisa.

—Y la bañera abre todo un mundo de posibilidades —bromeó, haciendo que me sonrojase entera.

No supe que contestarle, así que aceleré un poco el paso para no tener que mirarle a la cara. Aunque como seguía aferrado a mi mano con fuerza, no pude alejarme mucho. Me pregunté cuánto le estaría costando realmente estar allí. Estaba segura de que era capaz de fingir que estaba bien solo para asegurarse de que no me pasaba nada.

Cuando entramos a la cocina, juntos de la mano aún, hubo una reacción muy variada. Chad trató de esconderse y me di cuenta de que me había olvidado del pobre niño. Quizá tenía que haberme preocupado más por él, pero estaba segura de que, en cualquier caso, a William no le molestaría. La señora Bird, por el contrario, se llevó las manos a la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción. Y a la señorita Brown se le cayó el vaso que tenía en la mano.

—¡Wil... señor William! —se corrigió Grace, antes de sonrojarse muy favorecedoramente. La piel roja de sus mejillas contrastó contra su palidez y su pelo rubio como una antorcha en medio de la noche.

Solo necesité echar un vistazo a Will para saber que, en algún momento, entre ellos había habido algo. Solté su mano algo picada, celosa o molesta porque no me lo hubiera dicho antes y pasé de largo a todos para acercarme a la tetera. Por suerte los demás no estaban por allí. El servicio

se dispersaba mucho los fines de semana.

—¿Qué quieres desayunar, señor William? —pregunté, sin poder ocultar un tono ligeramente burlón.

—Lo que quieras preparar, señorita Aysha —replicó él, aún más burlón que yo.

Y que me lo pidiera a mí y de esa forma, me pareció casi otra forma de reírse de mí. Podía habérselo dicho a la señora Bird, que era la que le preparaba el desayuno a diario, pero me miraba a mí, casi retador, como si esperase que le dijera algo al respecto de su aventura con la señorita Brown. O quizá me lo estaba imaginando todo. ¡Pero aquello me había molestado!

—Prepararé unas tortillas y bacón —se ofreció la señora Bird, ajena a mi drama—. ¿Por qué no vais al comedor?

—Vamos a la salita de estar, mejor —sugerí en general, pero esta vez no cogí la mano de William para ir hacia allí.

Sin embargo, oí sus pasos a mi espalda por el sitio, hasta la pequeña salita de estar. Me senté en uno de los sillones, junto a la chimenea con adornos de oro. William se sentó a mi lado y me di cuenta de que estaba sudando y bastante pálido. Me sentí fatal en el acto por mi ataque de celos. Él estaba allí, pasándolo mal por estar conmigo, y yo celosa de alguien a quién no había visto en cinco años. Porque la señorita Brown no había sabido que Will estaba allí hasta unos días atrás.

—Estás molesta —me dijo, justo cuando yo decidí que no debía estarlo.

—¿Te acostabas con ella? —cuestioné.

—¿Con Grace? —se rio un poco—. No, Aysha. Es una cría. Creció aquí, prácticamente. Además, Lorcan y ella tienen una historia.

—Pues parece que le gustas.

—Es posible, no puedo controlar mi gran atractivo —bromeó, haciéndome reír.

La señora Bird no tardó en traernos el desayuno y cuando se fue, William volvió a alabarme. Le había enseñado aquella habitación en fotos con mi móvil, pero, aun así, aseguró que en persona era mucho mejor.

Y estábamos acabándonos el desayuno, cuando la puerta se abrió con una brusquedad que la hizo golpear la pared. Yo quise quejarme, porque todo

era nuevo, pero al ver al señor Millerfort guardé silencio.

—¡William! —exclamó sorprendido—. No podía creérmelo cuando me han dicho que estabas aquí.

Jade entró detrás de su padre y casi se lanzó sobre su hermano, o me dio la sensación de que pensaba hacerlo, pero él interpuso una mano entre ellos y ella frenó en seco.

—Aún no, Jade —suplicó, tembloroso de nuevo.

—¿Estás bien? —La chica pasó de su hermano y se acercó a mí. Me sujetó la barbilla con sus dedos largos y finos y me giró la cara para verme el moratón de la mejilla.

—¿Cómo te enteras de todo? —me quejé un poco. No quería hablar de aquello, la verdad.

—Nos avisaron esos chuchos inútiles que a mi padre se le ocurrió poner a protegerte... Hemos venido en cuanto hemos podido. ¿Estás bien?

—Sí. Gracias a William. —Me la quité de encima como pude, pero Will me lanzó una mirada asesina.

—¿Nos dejáis hablar a solas? —nos preguntó el señor Millerfort a Jade y a mí.

—Aquí no, vamos arriba —pidió William, algo tembloroso aún.

—Claro, como quieras —aceptó él, algo confuso.

—¿Te veo luego? —me preguntó Will, parándose en la puerta.

—Sí, luego... —murmuré, nerviosa porque se fuese.

Hubiera preferido que no nos separásemos, pero supuse que aquello no era muy realista. Tarde o temprano, tendría que volver a mi vida normal y mejor hacerlo cuanto antes.

—¿Le has curado? —me preguntó Jade, ocupando el lugar que había dejado libre su hermano y comiéndose un trozo de bacón que había sobrado, con los dedos.

—No.

—Pero estaba aquí sentado, fuera de esa torre.

—Lo sé, vamos por buen camino. Sin embargo, aún lo pasa mal fuera.

—¿Estás segura de que no te hicieron daño? ¿Estás bien? No me puedo creer que esos salvajes te atacasen...

—Estoy bien, tranquila, no voy a denunciaros —aseguré bromista—. ¿De qué va a hablar tu padre con William? —curioseé.

—Seguramente de poner un ejército a tu espalda. Mi padre no va a permitir que te pase nada ahora que has conseguido... Bueno, eso.

Señaló la puerta, para indicar que eso era William fuera de la torre. Yo me reí un poco, pero no comenté nada. Estaba segura de que yo no había conseguido eso, había sido cosa de William y su esfuerzo.